

# Artífices de dos mundos

Novela histórica

JULIO C. POCE



M

V

J



Julio César Poce nació en la ciudad de La Plata el 19 de diciembre de 1921. Estudió en la Escuela Graduada Joaquín V. González, en el Colegio Nacional "Rafael Hernández" y en la Facultad de Ciencias Médicas de la U.N.L.P. Fue médico pediatra desde 1944, trabajó en el Hospital de Niños de La Plata, donde fue Jefe de Departamento de Clínica Pediátrica. Fue miembro de la Sociedad de Pediatría de La Plata y de la Sociedad Argentina de Pediatría, presidente de la Asociación del Htal. de Niños de La Plata y cofundador del Colegio de Médicos, titular del primer Consejo Directivo del Distrito; y secretario de la Agrupación Médica de La Plata. En 1976 fueron secuestrados y desaparecidos sus dos hijos Julio y Ricardo y su nuera Graciela Pernas. Reclamó activamente por su aparición con vida en el país y en el extranjero. Fue presidente de la A.P.D.H de La Plata.

Escribió un ensayo titulado *Historia No Oficial de la Dictadura del Proceso*. Su primera y única novela es *Artífices de dos mundos*. Julio César Poce murió en la ciudad de La Plata en junio de 2003.

# ARTÍFICES DE DOS MUNDOS

---

NOVELA HISTÓRICA



Julio C. Poce

# ARTÍFICES DE DOS MUNDOS

---

NOVELA HISTÓRICA

**M V J**  
EDITORIAL  
**MeVeJu**  
Derechos Humanos PBA

Poce, Julio César

Artífices de dos mundos: novela histórica / Julio César Poce; editado por Ramon Oscar Inama; Clara Becerra; diseñado por Luciana Civit; director editorial: Pablo Roesler; prólogo de Matías Facundo Moreno.  
- 1a ed. - La Plata: MEVEJU, 2023.  
213 p.; 24 x 17 cm.

ISBN 978-631-90009-0-0

1. Memorias. 2. Novelas Biográficas. 3. Dictadura. I. Inama, Ramon Oscar, ed. II. Becerra, Clara, ed. III. Moreno, Matías Facundo, prolog. IV. Título.  
CDD A863

Fotos de tapa, contratapa y página 9:

La imagen de tapa corresponde a Julio César Poce en Plaza Moreno, La Plata, durante los años 60. En la fotografía de contratapa aparece también Julio junto a sus hijos Julito y Ricardo, retratados por el reconocido fotógrafo platense Matalastra. Y en la página 9 también corresponde a Julio con sus dos hijos en la entrada del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Todas las imágenes que se utilizaron en esta edición fueron cedidas por Ramiro Poce, nieto de Julio César.



EDITORIAL  
**MeVeJu**  
Derechos Humanos PBA

©2023, Poce, Julio César  
Todos los derechos reservados

Editorial MeVeJu, 2023.

ISBN 978-631-90009-0-0

1000 ejemplares

Impreso en DiPIDE Dirección Provincial de Impresiones y Digitalización del Estado  
Buenos Aires, en el mes de mayo de 2023.

Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires ; Editorial MeVeJu, 2023.

**Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires**  
**Calle 53 N°653 esq. 8**  
**La Plata, Buenos Aires CP 1900**  
**(221) 4893960/63**  
**editorial.meveju@gmail.com**

## PRIMERAS PALABRAS

---

Este libro llegó a nuestras manos gracias a Ramiro Poce, nieto del autor de esta historia. Con él iniciamos juntos el camino de Memoria, Verdad y Justicia en la agrupación H.I.J.O.S, desde su nacimiento a mediados de los noventa. Pero no fue eso lo que convirtió el ejemplar mecanografiado por Julio Poce en el año 2.000 en este libro, sino que fue la necesidad de recuperar para las y los bonaerenses, fragmentos fundamentales de su historia y para fortalecer nuestra democracia.

*Artífices de dos mundos* es mucho más que un libro póstumo del padre de dos jóvenes víctimas del terrorismo de Estado de la ciudad de La Plata. Se trata de una novela que parte de un episodio desgarrador durante la dictadura cívico militar, para reconstruir a través de la trama familiar, la historia de un siglo en nuestro país.

Hijo de una familia de inmigrantes italianos, Julio César Poce nació y creció en la capital bonaerense donde fue un reconocido médico pediatra que llevó adelante su tarea en el Hospital de Niños Sor María Ludovica, y fue galardonado por sus conciudadanos como Ciudadano Ilustre. La desaparición de sus hijos Julio y Ricardo Poce en 1976 lo convirtió además, como ocurrió con cientos de madres, padres y familiares de víctimas de la dictadura, en un luchador por los derechos humanos y la democracia. Por eso fue también presidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) de La Plata.

Es un orgullo que el libro de Julio Poce se incorpore al acervo cultural e histórico de nuestra provincia gracias a una política pública de derechos humanos. Porque creemos que es importante que esta y las generaciones

venideras puedan conocer nuestra historia. Y porque estamos convencidos que un pueblo con memoria es garantía de democracia para siempre.

**Matías Facundo Moreno**  
Subsecretario de Derechos Humanos  
de la provincia de Buenos Aires







*En memoria:  
de mis abuelos, inmigrantes italianos que contribuyeron a construir nuestro país,  
de mis padres por todo lo que me brindaron,  
de mi mujer Elena, luchadora por la libertad, por su afecto, estímulo y  
colaboración,  
de mis queridos hijos Julio y Ricardo y de Graciela mi nuera, que soñaron  
con un mundo mejor.*



*A mi nuera Carmen y a mi nieto Ramiro, con todo cariño.*



# PRÓLOGO

---

Esta novela refleja la historia de un grupo de inmigrantes que llegaron al país a fines del siglo XIX, y de sus descendientes hasta nuestros días; cuyas vidas transcurrieron teniendo como telón de fondo, una nación convulsionada por los desencuentros políticos, inmadura por falta de integración, y con un destino incierto.

Se inicia con la vida de esos hombres y mujeres que lucharon trabajando de sol a sol, sufrieron toda clase de padecimientos para obtener un lugar en el mundo y con su esfuerzo contribuyeron a edificar el país.

Muchos de ellos accedieron a la movilidad social y lograron que sus hijos y nietos llegaran a las Universidades. Pero su esfuerzo no bastó para lograr plena justicia social y políticas más progresistas, se agotó en la politiquería y en la desigualdad económica y pese a que sus descendientes integraron una amplia clase media, la marginación fue creciendo y con ello todo tipo de injusticias.

Este desarrollo desigual del país y la influencia de sucesos políticos, sociales y económicos acaecidos a nivel mundial y local, determinaron en la década de los años setenta, que los bisnietos de aquellos inmigrantes, cerradas las posibilidades de participación en la construcción de una sociedad que estuviera a la altura de sus ideales en pro de justicia e igualdad, se comprometieran con las necesidades populares, sin tener en cuenta los riesgos que ello implicaba.

Marginados por las dictaduras militares que tomaron el poder en Argentina con harta frecuencia, sufrieron una represión inhumana que dejó un saldo de treinta mil desaparecidos.

Los ideales y padecimientos de los personajes, vivos o muertos, se exponen en esta novela, que pretende afirmar la memoria histórica de los acontecimientos que, la población aún enferma, no ha podido metabolizar.

Si bien la identidad de los protagonistas no se consigna en esta obra, los hechos que padecieron y aquí se relatan, fueron reales y deben conocerse.

La novela alude también a los acontecimientos políticos mundiales y nacionales que, desde fines del siglo XIX y en el transcurso del XX, gravitaron en nuestro desenvolvimiento.

Espero que el conocimiento de estos testimonios contribuya a fortalecer nuestra incipiente democracia, a mantener la memoria histórica apoyada en la verdad y la justicia, y apuntalar los procesos espirituales del hombre.

**Julio César Poce**

*Julio de 2000*



# EL OPERATIVO

---



---

La madrugada del 19 de octubre de 1976, el señor Molak, comerciante que vivía en un departamento de la calle Granaderos de la ciudad de Buenos Aires, no había logrado aún conciliar el sueño. Permanecía recostado leyendo cuando escuchó fuertes golpes, gritos y ruidos de pasos provenientes de un local de su propiedad que daba a la calle. Con temor se levantó lo más rápido que pudo, y envuelto en una bata descolorida, se dirigió guiado por el estrépito, hacia el depósito donde almacenaba algunos motores que tenía en reparación.

Atravesó un corto pasillo, abrió la puerta trasera del taller y de pronto quedó cegado por un potente haz de luz proveniente de la calle, pues el portón de entrada había sido abierto. Cuando se recuperó de la impresión, vio a varios hombres, algunos uniformados, fuertemente armados, revisando el lugar. Uno de ellos, al advertir su presencia, le dio la voz de alto y de inmediato le apuntó con un arma y le obligó a colocarse de cara a la pared, con los brazos arriba y los pies separados.

Mientras lo palpaban de armas, acudieron a su mente imágenes de la violencia que sufrió durante la juventud en Varsovia, cuando los nazis ocuparon la ciudad a fines de septiembre del año 1939.

–¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me tratan así? Yo no hice nada –musitó Molak en tono de queja.

–¡Callate y bajá la cabeza! –le contestó una voz ronca y autoritaria. En ese momento se escucharon disparos de armas automáticas, que Molak intuyó provenían de un departamento vecino.

Se produjo una sucesión de órdenes, gritos y corridas, y el grupo invasor abandonó el lugar. Lentamente, con mucho temor, giró la cabeza y comprobó que lo habían dejado solo. Caminó hacia el portón de entrada y desde allí pudo observar que en la calle se hallaban estacionados dos automóviles y una camioneta cubierta, y en las esquinas soldados y policías que procedían a desviar el tránsito.

Del pasillo que conducía a los departamentos internos, vio salir a varios hombres arrastrando dos cuerpos que tenían las cabezas cubiertas con capuchas de color negro y las manos esposadas en la espalda, que fueron introducidos en los baúles de los coches sin identificación, estacionados junto a la acera con las luces apagadas. Escuchó los gritos de una vecina que pedía angustiosamente que no los mataran, súplica velada por el brusco arranque y aceleración de los vehículos, que rápidamente se alejaron del lugar.

Observó luego que algunos policías sacaban, de la residencia de un médico vecino, otro cuerpo encapuchado. La gente de los alrededores que se acercó al lugar fue obligada a alejarse o introducirse en los domicilios mediante amenazas. El profesional se hallaba ausente y la mujer clamaba por el hijo secuestrado. Molak se dirigió hacia ella, que desesperada preguntaba:

– ¿Por qué se llevaron a mi hijo? ¿Qué hizo? ¿A dónde se lo llevaron? Molak trató de consolarla, la acompañó hasta la casa y desde allí telefoneó al marido.

Terminado el episodio, la gente comenzó a salir de sus casas, se formaron corrillos para comentar lo sucedido. Alguien dijo: “Son los militares que reprimen a los opositores haciéndolos desaparecer”. Otros contaron que allí vivía una pareja de estudiantes, que hacía poco que se habían instalado y que no molestaban a nadie.

Molak y algunos vecinos se dirigieron por el pasillo al departamento de los jóvenes, todavía percibían el olor a pólvora quemada. La puerta había sido violentada y estaba asegurada por una cadena. Por un resquicio pudieron observar el interior del monoambiente, en el que reinaba un gran desorden; las puertas del placard estaban abiertas, los cajones yacían en el piso, en el que se encontraban esparcidas ropas, utensilios de dibujo y envases de pintura. Alcanzaron a ver una heladera con perforaciones ocasionadas por proyectiles de grueso calibre. En una de las paredes se leía una inscripción que rezaba: “Vivan las fuerzas conjuntas”.

Al volver al local de su propiedad, Molak comprobó que le habían robado algunos motores. Era común que los represores se apoderaran de pertenencias ajenas, en carácter de botín de guerra.

Retornó al dormitorio, se acostó, pero ya no pudo dormir, su cabeza era un caleidoscopio de las imágenes del secuestro. Esperaba ansioso que amaneciera. En la mañana habló con la mujer del médico, que más tranquila le comunicó que el hijo había regresado durante la madrugada, muy golpeado y con signos de haber sido sometido a torturas; que habían tenido que sedarlo y se hallaba descansando. El joven relató a la madre que lo agredieron a golpes en el vehículo que lo condujeron, mientras lo interrogaban acerca de sus movimientos, tareas y actuación política. Luego fue abandonado en las proximidades de la Dársena Norte. Los padres no podían creer que hubiera retornado con vida. Al atardecer el médico y su familia dejaron la casa y partieron con rumbo desconocido.

Así comenzó la odisea de Graciela y Julio, joven pareja de estudiantes universitarios cuyo delito fue pensar que un país libre, con justicia e igualdad de posibilidades para todos, era posible; utopía que los llevó a resistir a la dictadura.



# EL OLIMPO

---





---

Durante los últimos días de noviembre de 1976, las fuerzas represivas del ejército que operaba desde el campo de concentración denominado “Olimpo”, estuvieron muy activas, cometiendo secuestros y asesinatos de hombres y mujeres que militaban en la resistencia, y que estaban relacionados de alguna manera con Ricardo, joven estudiante de Ciencias Naturales perseguido por su ideario democrático.

El nombre “Olimpo”, que según la mitología griega era la mansión donde moraban y celebraban sus asambleas los dioses, fue utilizado como una burla sangrienta por los sicarios de la dictadura, para denominar a uno de los tantos campos de concentración de entonces. Ubicado en el barrio porteño de Floresta, oeste de la ciudad de Buenos Aires, en la intersección de las calles Ramón Falcón y Lacarra, era un antiguo depósito de tranvías. Luego utilizado para guardar automotores de la Policía Federal, que fue reformado para adaptarlo a las funciones de centro clandestino de detención de prisioneros políticos. Fue inaugurado en agosto de 1978, con detenidos derivados de otro campo de concentración llamado “El Banco”, por entonces inhabilitado.

Se accedía al “Olimpo” por un portón de metal blindado. Bajo un tinglado de chapas situadas a diez metros de altura, se construyó una planta con techo de cemento que oficiaba de cárcel, y un entepiso destinado a dependencias del personal de custodia. El campo tenía un sector de calabozos incomunicados alineados en tres pasillos. Contaba con dos salas de tortura, comedor, cocina, lavadero y duchas que se reducían a un caño de agua perforado. En otro sector estaban las oficinas de operaciones especiales, el laboratorio fotográfico, el archivo de documentación, la enfermería y un taller de reparaciones de artículos electrónicos provenientes de los saqueos domiciliarios.

El “Olimpo” dependía del comando del primer cuerpo del ejército situado en Palermo y lo dirigía un mayor conocido por el alias de “Rolando”, quien era secundado por otro mayor. El personal se hallaba integrado por efectivos del ejército, policía, gendarmería y servicio penitenciario, que componían las secciones: “Política”, encargada de determinar los blancos operativos; “Logística”, que llevaba a la práctica las concepciones estratégicas y tácticas; y la “Fuerza de Tareas”, encargada de las operaciones externas.

En los primeros días de diciembre de 1978, la “Fuerza de Tareas” del campo secuestró a una joven militante de la resistencia, y mediante torturas logró información acerca de los movimientos de Ricardo, con quien debía reunirse en una calle de la localidad de Ezpeleta. La sección “Política” del campo decidió capturar a Ricardo para interrogarlo. Informado del propósito, el jefe elevó una planilla con informes del caso, al sector denominado “Base” de la Jefatura de la zona militar, señalando el blanco.

Obtenida la autorización, el jefe de operaciones del campo designó a la brigada que debía ejecutar el procedimiento. El jefe de la brigada marcó en el plano, un área de varias cuadras a la redonda del lugar en el que se realizaría el secuestro. El oficial de guardia fue citado a la sala de situación “Logística” y con él discutieron las tácticas a adoptar para llevar a cabo el procedimiento. Decidida la acción el oficial se comunicó por teléfono con la comisaría de la zona, para que ordenara a sus patrullas dejar libre el lugar y evitar enfrentamientos o problemas de jurisdicción.

El día señalado, un oficial de la Policía Federal apodado “Alacrán”, llamó a un gendarme y ordenó que comunicara a los oficiales “Paco” y “Rodilla”, a los suboficiales “Gordo Rey”, “Foca”, “Harry”, “Coco” y a los auxiliares, que en 15 minutos salían a ejecutar el operativo previsto. Era habitual que los agentes destinados a operaciones represivas encubiertas utilizaran apodos para ocultar su identidad.

Rápidamente fueron dispuestos los vehículos correspondientes. Los conocidos y temidos Falcon verdes, a los que se agregó un camión especial con caja cerrada, al que obligaron a ascender a un joven médico que tenían secuestrado, para atender necesidades de urgencia que pudieran producirse.

El sábado 9 de diciembre de 1978, en horas de la tarde, los represores arribaron al lugar previsto con una anticipación de dos horas. Allí recibieron la orden de desplegarse, convenientemente camuflados, a lo largo de una calle de Ezpeleta a la espera del “blanco”.

Ricardo, que tenía prevista una cita con una compañera de militancia ese día, decidió concurrir aún cuando no había confirmado el encuentro.

Al obviar esa precaución, cometió un error grave, atribuible a un exceso de confianza en sí mismo.

Se despidió de su mujer con un beso. Carmen se hallaba muy angustiada, pese a la tranquilidad que él le transmitía. El pequeño hijo dormía; no quiso perturbarlo y sólo atinó a alargar la mano y tomar una cintita celeste que se hallaba a los pies de la cuna. Para evitar que lo despertara el ruido de la puerta de la cerca, saltó la verja y se alejó, levantando el brazo a modo de saludo.

Durante el trayecto no dejó de pensar en los suyos con un dejo de melancolía; comprendía que la lucha en la resistencia a la dictadura ponía en riesgo la vida de sus seres más queridos, pero estaban muy arraigados en él los ideales de libertad y justicia. Tenía la visión de un país diferente, con igualdad de oportunidades, derechos y garantías para todos y estaba plenamente convencido de que se podía alcanzar esa utopía. Tenía además presente el ejemplo de sacrificio de su hermano Julio y de la esposa Graciela, que habían dejado la vida en el intento. Este dolor afirmaba la necesidad de continuar con la lucha. Se recompuso, retomó la serenidad y continuó su camino. Era un hermoso día de primavera; contempló un cúmulo de nubes como islas flotantes o copos de algodón, que se desplazaban lentas, totalmente ajenas a los designios de los hombres.

Cuando Ricardo llegó al lugar previsto, fue identificado por la patota y uno de los grupos intentó secuestrarlo. Advirtió que había caído en una trampa, pero logró zafar y emprendió veloz carrera. Otro grupo inició la persecución. Alcanzó a oír los gritos que ordenaban que le dispararan a las piernas para agarrarlo vivo. En su mente, en rápida secuencia, aparecieron las imágenes de los seres queridos, sus padres, su mujer y el hijo. No se entregaría, prefería la muerte en un acto de valor infinito, para no revelar su domicilio en la mesa de torturas, que hubiera significado la desaparición de su mujer y del hijo. Por ello continuó la carrera.

Se escucharon nuevas detonaciones y algunas balas alcanzaron a Ricardo, que aminoró la velocidad de la marcha, para finalmente caer una cuadra más adelante, de rodillas y luego de bruces, sobre la vereda herido de muerte. De la mano derecha se desprendió la pequeña cinta celeste que apretaba entre los dedos.

Rápidamente los represores subieron el cuerpo al camión y emprendieron la marcha hacia el "Olimpo". Pese al tratamiento que le dispensó el médico para frenar la hemorragia torácica, llegó sin vida al campo de concentración. Su cadáver fue depositado en un patio, donde le tomaron fotografías, que luego exhibieron a otros secuestrados para confirmar su identidad. El

suboficial de la Policía Federal alias “Coco”, se jactó que fue su disparo el que mató a Ricardo.

Años después, durante una de las audiencias del “Juicio a los Comandantes del Proceso”, testimonió una mujer joven, ciega, que estuvo secuestrada y fue torturada en ese campo estando embarazada. Relató que ese día, cuando la llevaban a la enfermería luego de una sesión de interrogatorio, escuchó comentarios acerca de un hombre que había muerto al tratar de escapar de un operativo y se refirió a un diálogo mantenido por dos carceleros:

–¿Qué hacemos con el cadáver?

–No sé. –fue la respuesta–. Tiralo arriba del camión y después vemos.

Este episodio coincidió en fecha y hora con la llegada del cadáver de Ricardo al “Olimpo”.

El campo de concentración “Olimpo” fue cerrado al año siguiente por la indisciplina de los integrantes de los denominados “Grupos de Tareas”, quienes se enfrentaron entre ellos por el control del campo, y la participación en el botín de guerra. En octubre del 78, un oficial alias “Siri”, fue asesinado por los propios compañeros para contar con uno menos, en el reparto de 150.000 dólares robados durante un secuestro.

# ESPERANZAS A TRAVÉS DEL OCÉANO

---



---

Un atardecer de fines de septiembre de 1888 partía del puerto de Génova el vapor *Caffaro*, con decenas de italianos que emigraban a Sudamérica, entre los que se encontraban Egidia y Germán. Dejaban atrás esa soberbia ciudad de marineros, asentada en semicírculo sobre la vertiente marítima de las últimas estribaciones de los Apeninos Ligures, con sus antiguas murallas y poderosos fuertes, amplio anfiteatro ocupado por construcciones que escalaban las colinas circundantes, con calles tortuosas que señalaban el crecimiento desordenado de la gran ciudad.

Resaltaban, como postales del esplendor de otros tiempos, la catedral de San Lorenzo, la iglesia gótica de San Mateo, la Santísima Anunciata de Portorio y los palacios Ducal, Balbi, Senarega y Rossi. Distantes se recortaban los Apeninos, que dos mil años atrás estuvieron cubiertos de bosques cuya madera, en época romana y cuando reinó el papado, fue utilizada para construir buques de guerra y también sirvió de combustible.

Los pasajeros saludaban desde la cubierta a los familiares, que en el muelle agitaban los brazos y los pañuelos. Atardecía y comenzaron a ver las luces del puerto reflejadas en las aguas, percibiendo el olor particular del mar mezclado con el de los humos desprendidos de las chimeneas de la ciudad y de los barcos. Años después, el sentido del olfato conservaría aún ese típico olor de aceite quemado. Se escuchaban las sordas bocinas de los remolcadores que regresaban al puerto, acentuando la melancolía de los viajeros. El barco comenzó a alejarse y los edificios fueron perdiendo nitidez, hasta semejar solo manchas oscuras a la distancia.

Todos permanecían en silencio, sólo quebrado por el bullicio de algunos niños en sus juegos. Las lágrimas corrían por las mejillas de toscanos,

piamonteses y de los hombres y mujeres provenientes del Véneto, Umbría y Lacio, trasuntando la angustia de quienes marchaban hacia lo desconocido.

Pocos meses antes de partir, los jóvenes campesinos Germán y Egidia se habían casado en el municipio de Cividale del Friuli. Ella era una hermosa muchacha, alta y delgada, de rasgos delicados; tenía el tipo de las mujeres austríacas y posiblemente entre sus antepasados había algo de esa sangre. Él era un joven fornido, de baja estatura y ojos celestes, impresionaba su rostro sereno y comunicativo.

La pareja encontró cerradas las posibilidades de trabajo por la crisis que afectaba al país debido a los vaivenes políticos. Sabían de italianos emigrados y recibían noticias de Viena, donde agentes promotores ofrecían ocupación en Argentina y algún tipo de ayuda para que pudieran lograrlo. Era una solución para las estrecheces económicas, aunque los padres, arraigados a la tierra de los ancestros, desaprobaban la opción.

Los jóvenes comenzaron a planear el viaje con la energía y tenacidad común de los italianos, desbordante como el agua que fluye de las fuentes. Con ayuda de familiares y amigos, accedieron a pasajes de tercera clase. El mes de septiembre de 1888 comenzó la aventura.

Mientras el buque se alejaba se mantuvieron en silencio, los embargaba una profunda tristeza y no pudieron contener las lágrimas. Los pensamientos evocaron el pasado y las preguntas, que temían exteriorizar, comenzaron a agolparse en sus mentes. ¿Cómo sería el lugar de destino? ¿Qué trabajos podrían desempeñar? ¿Dónde vivirían? ¿Lograrían desempeñarse con el idioma? ¿Tendrían éxito? Si fracasaban, ¿podrían retornar al país?

Finalmente, Egidia se sobrepuso.

—¿Cuánto tardaremos en cruzar el mar? —le preguntó a Germán. Este, aún taciturno, no respondió.

Egidia lo escrutaba:

—¿Qué piensas?

—Todo me resulta extraño, no puedo dejar de pensar en la familia y en nuestra tierra, que no sé si volveremos a ver —concluyó él.

Germán no podía olvidar a Cividale del Friuli, el hermoso pueblito de la provincia de Udine situado en la llanura Adriática, lindante con Austria y Yugoslavia, en las orillas del río Matisone, que tantas veces surcaron en bote y en cuyas aguas cristalinas reverberaban los rayos del sol durante el verano, época en la que los campos se cubrían de vegetación y de flores. Una tierra bucólica de pastores y labradores que heredaron la fortaleza de los añejos



árboles, cuyas copas se mecían al viento, rompiendo la monotonía lugareña. Allí residían en vetustas casas construidas por los bisabuelos, en cuyos patios crecían rosas y dalias.

Se abrazaron para alentarse y trataron de conciliar el sueño, pero les fue imposible por el cúmulo de emociones que los embargaba. Otros paisanos, más alegres y comunicativos, los invitaron a reunirse con ellos y en medio de canciones tradicionales los convidaron con pan, salame, aceitunas negras, y les sirvieron vinos de Orvieto, esa región del norte de Roma famoso por su mosto y por la Azucena de Oro, la hermosa catedral gótica situada al borde de un precipicio.

Al principio la travesía no fue placentera, por el hacinamiento y los mareos. Ya repuestos observaron la naturaleza vecina, contemplaron la arrugada piel del mar que los rodeaba hasta donde alcanzaba la visual, y la espuma blanquecina del oleaje que azotaba el casco del buque; ese inmenso mar que sólo habían conocido a través de los relatos bíblicos.

Nunca hubieran imaginado que el navío de gran porte que los cruzó durante la travesía y que navegaba en dirección a Génova, llevara en su pasaje a ricos hacendados argentinos que periódicamente visitaban los centros europeos de la moda o viajaban para adquirir muebles u obras de arte destinadas a adornar sus mansiones. La vida a bordo les permitía mucho tiempo libre y la posibilidad de establecer relaciones con otros inmigrantes, abrirse al diálogo y cosechar nuevas amistades.

Por la noche el mar adquiría un aspecto tétrico y sólo se oía el chapoteo del agua en derredor. En una ocasión padecieron los efectos de una intensa tormenta que agitó fuertemente las aguas, conmoviendo la estructura del buque, obligado a cabecear permanentemente, en tanto que lívidos resplandores iluminaban el mar embravecido. Finalmente llegó la calma y los invadió un gran silencio. Pero también disfrutaron de momentos placenteros de mar calmo y del suave golpeteo de las olas contra el casco; gozaron de la inmensidad marina y del cielo que la cubría.

La actitud contemplativa exaltó sus emociones. Recordaron relatos de los padres, testigos de las revoluciones europeas de 1848, cuando se produjeron los levantamientos de los estados italianos contra sus gobernantes, que concluyeron con la ocupación del norte del país por la potencia militar austríaca. Ellos les narraban que posteriormente sobrevino la lucha por una Italia unificada e independiente, que llevaron adelante tres nortehños visionarios: Giuseppe Mazzini, abogado genovés, fundador en 1931 de la Sociedad Revolucionaria Joven Italia, sostenedora de la teoría radical de iniciativa popular que luchó para que el país se liberara de la ocupación

francesa y austríaca y de la opresión papal; y sus dos extraordinarios discípulos Giuseppe Garibaldi, activo marino nacido en Niza y el Conde Camilo di Cavour, aristócrata piemontés que resultó ser buen estratega y estadista. Mazzini se convirtió en héroe romántico de los italianos. Para alistarse en sus legiones llegaron hombres de otras tierras, desde el hijo de un ministro del gabinete británico, hasta sudamericanos. Los padres también les habían relatado cómo, tras *il risorgimento*, Víctor Manuel II de Cerdeña, se convirtió en rey de la Italia Unida.

Finalmente concluyó la prolongada travesía, cuando el vapor *Caffaro* atravesó las oscuras aguas del Río de La Plata y los inmigrantes avistaron el puerto de Buenos Aires, pegado a la ciudad.

# **UN LARGO CAMINO POR RECORRER**

---



---

Corría el mes de noviembre de 1885, cuando en el pueblo de Carlantino, situado en la llanura pullense de la región sur adriática italiana, en la provincia de Foggia, se unían en matrimonio civil dos hijos de agricultores: Ángela, una joven de dieciocho años y José, seis años mayor.

Los padres habían sido testigos de las luchas que precedieron a la unidad italiana, cuando en el sur Garibaldi y su ejército de voluntarios, los camisas rojas, tomaron Sicilia en 1860 y avanzaron hacia Roma. Durante muchos años la región de Foggia pasó por las manos de Carlos de Anjou, Alfonso de Aragón y Carlos V, hasta que entró finalmente a formar parte del reino de Nápoles.

Ángela era una mujer de baja estatura, esmirriada, de ojos claros y cejas pobladas; muy activa y decidida. José, algo más alto que ella, era un joven delgado de mirada penetrante, escudriñadora, y nariz aguileña; capaz de realizar cualquier tipo de tareas manuales. Los afectos les permitieron sobrellevar la crisis económica de entonces. Sin posibilidades de trabajo, carecían de futuro y sólo les quedaba el camino de emigrar.

Habiendo tenido noticias de un tío que los precedió y residía en Buenos Aires, se animaron a embarcarse con destino a Argentina y lo hicieron en el buque *Santa Margherita*, que partió del puerto de Barletta, en la costa adriática, hacia el que presumían era el país de la esperanza. La travesía insumió aproximadamente un mes.

De este mismo modo, en la década de los años 80, arribaron al país 850.000 inmigrantes provenientes de diferentes países, porque la “República exportadora” se hallaba en expansión y buscaba trabajadores en Italia y España, a través de agentes comerciales que llegaban a ofrecer hasta pasajes gratuitos;

aunque en ocasiones se trataba de falsas promesas de trabajo, que determinaron que muchos inmigrantes desertaran.

Por entonces los habitantes del país superaban los dos millones y medio de personas, mientras que la población extranjera sumaba un millón, o sea el 30% de la población total. Las dos parejas de inmigrantes italianos, Egidia y Germán y Ángela y José, llegaron casi simultáneamente a Buenos Aires, pero aún no se habían relacionado.

El puerto de Buenos Aires, proyectado por Eduardo Madero, estaba compuesto por solo cuatro diques situados en Dársena Sur. Se abrió al tránsito marítimo en enero de 1889 y terminó de edificarse diez años después. A raíz del planteo de objeciones a su funcionamiento y de la pérdida de operatividad, luego de diez años se inició la construcción de otro puerto al norte de la ciudad, según el proyecto concebido años antes por el ingeniero Huergo.

Cuando Ángela y José llegaron, observaban que los muelles estaban atestados de cueros, lanas, carnes y cereales, listos para ser exportados. Además, muchos productos importados esperaban ser enviados por ferrocarril al interior del país.

En el puerto los concentraron en una enorme barraca donde bullía el amontonamiento de inmigrantes con sus enseres. El lugar carecía de las mínimas comodidades para albergar a tanta gente. Por entonces los porteños reclamaban la construcción de un hotel de inmigrantes que fuera digno de la ciudad. Pasarían más de veinte años antes que se construyera.

Los inmigrantes en su mayoría llegaban solos, para buscar un lugar de trabajo y enviar luego por las familias. En general ignoraban dónde dirigirse para poder establecerse. Por otra parte, el gobierno no facilitaba la adquisición de tierras fértiles a bajo precio, ni con facilidades y menos aún los medios para instalarse en el campo, como pregonaban los agentes comerciales en Europa. Esto determinó que muchos de ellos se quedaran en las ciudades de Buenos Aires o Rosario, mientras otros partieron hacia el interior del país. La colonización fue improvisada; las mejores tierras estaban en manos de latifundistas, herederos de quienes fueron compensados luego de la guerra de la independencia.

Fue así que en la década de 1880, la ciudad de Buenos Aires era un conglomerado humano en el que se estratificaban la riqueza y la pobreza. Residían en la capital cuatrocientos mil habitantes, de los cuales el veinticinco por ciento eran extranjeros. Las ciudades recién comenzaron a industrializarse con la llegada de capitales, que en su mayoría eran dirigidos a la agricultura y a la ganadería; de modo que frente a tanta oferta de trabajo y con escasa demanda, existía mucha desocupación. La situación se agravó por la escasez

de viviendas y los alquileres elevados. Estas circunstancias favorecieron la explotación de mujeres y menores, en tanto que los ocupados trabajaban muchas horas por escasos salarios, que a la vez se desvalorizaban por la depreciación monetaria. En los ingenios azucareros de Tucumán la paga promedio era de treinta y cinco pesos mensuales. El gobierno nada hacía por mejorar la situación y el poder económico obtenía más beneficios.

Frente a esta injusticia social, los inmigrantes comenzaron a organizarse en movimientos obreros y si bien en algo lograron mejorar las condiciones laborales, no contaron con la decisión política de hacerlas cumplir y además fueron reprimidos los dirigentes; esto determinó que hacia el año 1910, los movimientos perdieron fuerza y se frustraron.

Pese a todo, los inmigrantes introdujeron hábitos nuevos, con su ritmo de trabajo, costumbres y ansias de libertad, que incidieron a la postre en el desenvolvimiento del país.

Empleadores particulares ofrecieron trabajo a los chacareros en las colonias agrícolas de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. En ellas arrendaron tierras muchos lombardos y piamonteses, pero sólo unos pocos. Con grandes sacrificios, obtuvieron el título de propiedad. En la provincia de Buenos Aires se implementó un sistema de arrendamientos por el que accedían a doscientas hectáreas de tierra durante tres años.

Inmigrantes españoles, vizcaínos, asturianos y gallegos se ubicaron en los servicios de la Capital. Polacos y ucranianos se establecieron en Misiones. Los judíos que huían de los progroms de Rusia, fueron conducidos por el barón Mauricio Hirsh a colonias rurales de Entre Ríos y Sante Fe. Los árabes, vendedores ambulantes, fueron obligados por la crisis a trasladarse a las provincias norteañas. Los galeses se establecieron en Puerto Madryn y otras localidades de Chubut; marineros genoveses residían en la Boca y los alemanes se instalaron en colonias de Olavarría.

A José le ofrecieron trabajo en una ciudad en construcción, La Plata, cercana a la Capital, pero hasta no obtener confirmación de este empleo, decidió con Ángela, su mujer, alojarse temporariamente en Buenos Aires.





# EL CONVENTILLO

---



---

Cuando Ángela y José completaron los trámites de inmigración, dejaron sus bártulos en la calle de tierra del puerto, a la espera de un carro que los condujera a algún alojamiento. El conductor les recomendó una casa, que al igual que otras en Buenos Aires eran llamadas popularmente conventillos, que rentaban habitaciones baratas.

En el trayecto hacia el barrio de Flores, atravesaron calles empedradas por las que circulaban carruajes y tranvías a caballo. Observaron los típicos faroles a gas del alumbrado y las suntuosas propiedades de la burguesía porteña, enriquecida durante la década de prosperidad de los años 1880.

Ya en el inquilinato atravesaron el zaguán y el pasillo que le seguía, para llegar a un gran patio en el que jugaban y gritaban niños harapientos. Allí había cajones con ropa sucia y basura, próximos a un depósito de agua. Percibían en el ambiente un olor especial por la escasa higiene del lugar, ocupado por treinta familias. Se dirigieron a la mujer que salía de una de las habitaciones que daban al patio y José le preguntó en italiano, lentamente para que le entendiera, dónde estaba el encargado de la casa. La mujer, acostumbrada a convivir con inmigrantes, entendió la pregunta y le respondió:

—Allí está, en este momento llega —y dirigiéndose al hombre agregó— Venga Don Juan, lo buscan a usted—. El encargado, un sujeto canoso, mal entrazado, se acercó con paso lento y saludó.

—Necesitamos alojamiento —dijo Ángela y agregó— ¿Podríamos ver las habitaciones?—. El hombre, descendiente de italianos, comprendió.

—No hay inconveniente, pasen por aquí —respondió y abrió la puerta de uno de los cuartos.

Entraron a una habitación de aproximadamente doce metros cuadrados, sin ventilación ni luz, cuyo mobiliario se reducía a dos camas con patas de hierro, una mesa de pino, tres sillas de paja y un cajón que oficiaba de aparador. Luego les mostró los lugares comunes, cocinas, baños y piletones para el lavado de ropa, que se tendía en el patio compartido.

—¿Cuál es el precio del arrendamiento? —demandó José.

—Barato, cinco pesos con setenta y seis centavos —replicó el encargado—Tengan en cuenta que en San Cristóbal o en San Telmo, se cobran hasta quince pesos. Por lo demás no se preocupen porque todo está bajo mi control.

José consultó con la vista a su mujer y ésta se encogió de hombros asintiendo

—Bueno, aceptado. ¿Hay que pagar por adelantado?

—Sí, un mes —respondió el hombre; mientras se disponía a entrar los bultos a la pieza.

Por entonces había en Buenos Aires 22.000 conventillos en los que vivían 94.000 personas, en su mayoría italianos y españoles, seguidos por turcos, eslavos, portugueses y criollos.

Ángela y José se consolaron pensando que residirían allí por pocos días, ansiaban llegar a la nueva ciudad de La Plata y establecerse definitivamente. Disimularon el comportamiento de algunos inquilinos, sólo buscaban paz, trabajo y un lugar en el mundo donde vivir.

Llegado el momento partieron hacia su destino, en compañía de un contingente de inmigrantes del que también formaron parte, por extraña coincidencia, Egidia y Germán.

Los gobernantes de entonces, Julio A. Roca y Juárez Celman, de tinte liberal, estaban empeñados en sustituir la sociedad colonial por estructuras sociales similares a las de los países más desarrollados, y llevar adelante la actividad agroganadera y la industria.

# LA MISIÓN

---



---

Un día de noviembre de 1904 el padre Samuel, cura párroco de San Gregorio, y dos jóvenes muchachas, la hermana del cura y Antonina, compañera de ella, tomaron el tren en Pagánica, una población cercana a la ciudad de L'Acquila en la comarca de los Abruzos; con destino a Savona, ciudad marítima de la Liguria situada a poca distancia de Génova. Las jóvenes se dirigían a la casa madre de la Orden Hijas de la Misericordia, que fundara la religiosa María Josefa Roselló, para postularse como novicias. El cura había tomado a su cargo la dote de las aspirantes.

Cuando el tren partió, una rara mezcla de alegría y tristeza se apoderó de Antonina. Pensó en los padres que tanto quería, que se opusieron a su decisión y le negaron ayuda; en los hermanos menores que se encargaba de cuidar; en los trabajos de granja que realizó durante la adolescencia y en el sacrificio de concurrir luego a la ciudad, para vender los productos de la tierra. En su mente estaba grabado San Gregorio, su pueblo, situado en un valle de los Apeninos centrales, cuyo macizo más elevado era el Gran Sasso, coronado por el monte Corno, siempre nevado. Nadie hubiera imaginado entonces que muchos años después, en 1943, sería recluso en el Gran Sasso, el dictador Benito Mussolini, luego de su caída. Conservaba en la retina la visión del valle donde naciera, que semejaba un girón de cielo caído en un pliegue de la montaña.

Con sus 24 años, Antonina era una mujer interesante, de baja estatura, más bien gordita, modesta, intuitiva, laboriosa, dulce, jovial y muy querida en el pueblo pues a todos ayudaba, cuidando ancianos y enfermos. Comulgaba profundamente con la doctrina cristiana, por ello el párroco de San Gregorio la había puesto al frente de las Hijas de María. Numerosos jóvenes soñaron con ser su pareja, pero ella no deseaba casarse. Nada podía quebrantar su fe.

Cuando el tren se acercaba a su destino, atravesando cultivos de vid, olivos y cereales, avistaron la ciudad de Savona, en el fondo de una ensenada. En el trayecto hacia el Instituto Religioso Hijas de la Misericordia, contempló la torre Brandale, el palacio del Papa Julio II y la catedral. Ésta despertó en ella el sentimiento de la unidad con Dios, como una luz misteriosa que brotaba de su ser y le prodigaba un dulce consuelo.

Vistió el hábito en 1905 y con el nombre de Sor María Ludovica inició el noviciado dirigido a la atención de niños, enfermos y ancianos. Dos años después, junto con otras cuatro religiosas, fue enviada por la Orden a Sud América, embarcando en el vapor *Lombardía*, que llegó a Buenos Aires en diciembre de 1907, cuando un caluroso y húmedo verano se abatía sobre la ciudad. Desde la Capital viajó a San Nicolás y se instaló en la casa provincial. A principios del año siguiente fue destinada al Hospital de Niños de la ciudad de La Plata. Llegó a la capital de la provincia cuando la ciudad sólo tenía 26 años, casi su propia edad.

Cuál no sería su sorpresa y angustia al ver lo que era el Hospital de Niños. Dos galpones de madera oficiaban de salas de internación. La institución contaba con muy pocos médicos y sólo dos enfermeras. Al ingreso la destinaron a hacerse cargo de las tareas domésticas. Pese a que no hablaba bien el castellano y carecía de educación secundaria, el Director valoró la contracción al trabajo, su discreción, la bondad que irradiaba y su inteligencia natural, y dispuso que se ocupara de efectuar las curaciones e inyecciones. Por la capacidad exhibida pasó a ser ayudante de cirugía donde se desempeñó como anestésista. En 1915 fue designada Superiora del Hospital, más tarde sería nombrada en el cargo de Administradora.

En esas tareas demostró capacidad ejecutiva; no trepidaba en solicitar ayuda a funcionarios, empresarios, organizaciones de beneficencia y a toda la ciudadanía. Gracias a sus desvelos y tenacidad logró que se construyeran nuevas salas de clínica; más tarde los pabellones de cirugía, lactantes, consultorios externos y lavadero. Sin ajustarse a las formalidades burocráticas, emprendió la construcción de un solarío en Mar del Plata, para la recuperación de niños débiles y convalecientes. Además, organizó una granja en la localidad de City Bell, para contar con alimentos para el hospital. Por otra parte, efectivizó todo tipo de obras de caridad, entre las que se destacaron la crianza de niños abandonados y el apoyo para que adquirieran educación secundaria y universitaria.

Cuando el Dr. César ingresó al Hospital hacía ya 38 años que ella era toda una institución en la casa; tenía más de treinta años de hospital y



aproximadamente 56 años de edad, pero mantenía una actividad y una voluntad espiritual similar a la de su ingreso.



# FORJANDO SU DESTINO

---



---

Olmedo de Camaces era por entonces un pequeño municipio español de no más de cuatrocientos habitantes. Pertenecía al partido judicial de Vitigudino, a sólo sesenta y seis kilómetros de Salamanca, en la provincia más meridional del antiguo reino de León. El suelo irregular, regado por los afluentes del río Duero, favorecía el cultivo de cereales, vid, olivares y la crianza de ganado. Allí no prosperó la revolución industrial porque los habitantes eran muy conservadores. En aquellos tiempos muchos españoles vivían fuera de las grandes ciudades, pese a que la vida en el campo entrañaba soledad, trabajo intenso y escasa recompensa, situación que no amilanó al campesino español pues en su cerebro se reflejaban la tierra, el país, la religión y la historia.

En ese medio nació Gerardo, un día de agosto de 1880, quien en la mayoría de edad se vinculó en matrimonio con Serena. Gerardo era un hombre de estatura regular, con tendencia a la obesidad, muy vital e inteligente, sin términos medios, decidido y dotado de un agudo sentido del humor.

Su mujer, Serena, de la misma edad, era delgada, de estatura normal. Su carácter introvertido y propenso a la depresión, la mostraba melancólica y silenciosa. Si bien la situación económica era modesta, vivían decorosamente.

La vida de la pareja, de raigambre católica, giró alrededor de la familia y del cariño de los hijos, cuyos abuelos los entretenían con relatos de la primera “Guerra Carlista” entre monárquicos y liberales y de la segunda versión, que dio por tierra con el gobierno republicano y provocó la restauración de la monarquía.

Los tiempos variaron y las economías regionales agrarias se debilitaron, y dado que el horizonte que vislumbró la pareja no les confería seguridad, luego de largas conversaciones para convencer a los padres, muy arraigados al terruño, decidieron emigrar.

Munidos de sus pertenencias y en compañía de parientes y amigos, viajaron hacia Vigo, dejando atrás las ciudades de Salamanca, Zamora y Orense. Finalmente se presentó ante sus ojos el hermoso puerto, situado sobre la costa meridional de una atrayente ría gallega de costas recortadas, bordeadas por montañas cuyas laderas penetraban en el mar. Pisaron el suelo de la ciudad y recorrieron con la mirada la hermosa ensenada de San Simón, extendida en un ancho de cuatro kilómetros. El puerto se mostraba en toda su actividad; gran cantidad de barcos pesqueros surcaban la ensenada y observaron el movimiento de grandes buques cargueros.

Se embarcaron en el vapor *Leopold*, junto con otros connacionales que también emigraban. Su destino era la ciudad de Bahía Blanca, situada al sur de la provincia de Buenos Aires.

Tras el tedio de veinticinco días de navegación, los niños, que contemplaban el paisaje marino, llamaron a los padres a cubierta. Habían avistado a la distancia, dos altas construcciones que parecían centinelas. Se hallaban frente al puerto de Ingeniero White. Pronto se dibujarían con mayor nitidez dos grandes elevadores de granos, exponentes de la capacidad productiva de la zona. Luego visualizaron el amplio muelle de forma de T.

Finalmente descendieron en el puerto cerealero, uno de los más importantes del país, al que acudían decenas de vagones abarrotados de granos.

Un ómnibus naftero, tras un trayecto de poco más de siete kilómetros, los condujo a la ciudad de Bahía Blanca. El aspecto de la propiedad urbana les sugirió sensación de riqueza, pero no de la riqueza legendaria, todo era nuevo y moderno. Observaron suntuosos edificios públicos y magníficos locales de importantes casas comerciales e instituciones de crédito. Se notaba el progreso en la celeridad puesta en marcha para construir nuevos edificios. Un pueblo sencillo contribuía con gran esfuerzo al progreso de la ciudad.

Históricamente, el núcleo de la ciudad de Bahía Blanca lo constituyó un fortín construido para combatir a los indios Pampas, que asolaban la región. Fue fundada durante la gobernación de Manuel Dorrego, por el coronel Ramón Estomba y denominada la “Nueva Buenos Aires”; en medio de un campo de pastoreo y a orillas del río Sauce Chico. Las principales casas de comercio se alineaban en la calle O’Higgins. A los recién llegados les atrajo la plaza Rivadavia y el ambiente social del parque, con su perímetro arbolado y su lago.

Al día siguiente de la llegada, Gerardo se dirigió a la Asociación Española de Socorros Mutuos y por intermedio de esa institución tomó contacto con el vice cónsul de España, Don Gervasio Díaz Fernández. Gerardo impresionó gratamente al representante consular, quien lo recomendó al director

del diario *La Nueva Provincia*, Sr. Enrique Julio. Desde entonces comenzó a trabajar en la empresa editora.

La familia residió en Bahía Blanca varios años, luego se trasladaron al pequeño pueblo de Martinetas, para finalmente radicarse en la localidad de Laprida, donde Gerardo fue designado jefe de la delegación del Correo. La zona agrícola ganadera, de tierras fértiles, le recordaba las llanuras septentrionales del reino de León, donde pasara su juventud.

Gerardo llegó a ser muy querido en la zona, donde vivía decorosamente con su mujer y seis hijos. Como buen español era locuaz, apasionado y hacía un culto de la amistad. A su mesa siempre se sentaba algún visitante y era proverbial el sentido del humor que desplegaba. Fotografías de la época, conservadas por su hija Elena, lo muestran en reuniones importantes de dirigentes de la zona; en otras estampas de la época se lo ve, bastante obeso, en mangas de camisa, con los codos apoyados sobre la mesa, jugando una partida de naipes en compañía de amigos y del infaltable vino Jerez.

Por entonces la población de Laprida no llegaba a los cuatro mil habitantes; contaba con una sucursal del Banco de la Nación, una escuela primaria, un hospital y un club social. Fue su intendente hasta 1928 don Benito Martínez, antiguo político conservador, que brindó su amistad a Gerardo.

Los hijos varones ayudaban al padre en las tareas del correo en tanto que las mujeres secundaban a la madre en los quehaceres o ejecutaban labores. En los ratos de ocio los varones practicaban deportes, en tanto las dos hermanas mayores, amantes del teatro, protagonizaban algunas obras que se daban en el Club Social. La hija menor Elena, una muchacha fina, delicada y muy sensitiva, si bien tenía afición por el teatro, la timidez le impedía participar, pero pasaba muchas horas leyendo novelas clásicas. Seguiremos más adelante sus pasos porque constituye una pieza importante en este relato.





# EL TABLERO DE AJEDREZ

---



---

Luego de un trayecto de cincuenta y cinco kilómetros en ferrocarril atravesando un terreno llano y verde, los inmigrantes avistaron la ciudad. Ignoraban que La Plata había sido fundada pocos años antes de su llegada, por impulso de un proyecto progresista, en una planicie situada en las proximidades del antiguo pueblo de Tolosa, en los llamados altos de la Ensenada.

La ciudad surgió el 19 de noviembre de 1882, en un momento crítico de la historia argentina, como prenda de paz entre la Nación y la provincia de Buenos Aires, luego de años de guerras civiles.

Los inmigrantes que llegaron a fines de 1888 encontraron una ciudad agradable, recostada sobre la orilla derecha del Río de La Plata, moderna, cruzada por amplias diagonales, con vastas plazas y dotada de bellos parques y paseos. Se enteraron que el autor del plano, con un trazado similar al de un tablero de ajedrez, había sido el ingeniero Pedro Benoit, que también había dirigido la construcción de la majestuosa catedral de estilo gótico, la iglesia de San Ponciano, el Observatorio astronómico, el Teatro Argentino y otros edificios públicos.

La paz y el silencio, sólo quebrado por el canto de numerosas especies de pájaros autóctonos, caracterizaban al Bosque y al Paseo del Lago. En La Plata no se advertía la vida intensa de los grandes núcleos humanos, los gobernantes no habían logrado aún imprimirle el ritmo del trabajo. El moderno puerto se hallaba inmovilizado por falta de medios. Las calles eran transitadas por transportes y vehículos traccionados a sangre. Recién en agosto de 1890 inició la marcha el primer tranvía a vapor, que llegaba hasta la localidad de Los Talas.

Los inmigrantes de raigambre católica, luego de alojarse, se dirigieron a encomendarse a Dios, a la capillita de San Pedro, situada en el vecino pueblo

de Villa Garibaldi, fundado en 1878, de estilo gótico romano. Entraron en ella con gran emoción y recogimiento, pisando las baldosas blancas y negras, de origen francés, y luego de persignarse, se reclinaron en los bancos de madera.

Un día, como si despertara de un sueño, brotaron las fuerzas latentes de la ciudad y La Plata se incorporó al movimiento del país; el puerto adquirió vida y se agilizó la exportación de cereales y carnes. Los inmigrantes fueron convocados para trabajar en nuevos emprendimientos. Germán y José iniciaron sus tareas de albañiles, en la construcción de nuevos edificios, como la Universidad y el Colegio Nacional, que aportarían a la ciudad, además del rango educativo y cultural, el bullicio de la vida estudiantil. Desde 1905 continuaron trabajando en la edificación privada.

La crisis financiera del 90 interrumpió abruptamente la economía de la ciudad y del puerto, obligando a emigrar al diez por ciento de la población. Más adelante las pequeñas empresas independientes, reactivaron la economía de la región. El país continuó su crecimiento y se inició la prolongación de las líneas ferroviarias en un todo de acuerdo con la política económica liberal de entonces.

La provincia de Buenos Aires y su capital La Plata, perdieron influencia política, en tanto que en la ciudad de Buenos Aires los partidos Liberal, de Bartolomé Mitre y José Manuel Estrada y el Autonomista, de Sarmiento, Alsina y Avellaneda; fueron superados por el vasto Partido Autonomista Nacional, liderado por Julio A. Roca, aliado de las oligarquías provinciales.

Por entonces había comenzado a perfilarse la Unión Cívica Radical, dirigida por Alem e Irigoyen. Con anterioridad había nacido el Movimiento Popular Obrero; en 1889, surgió FORA y al año siguiente obreros alemanes fundaron el Club Socialista. Estos acontecimientos movilizaron a los inmigrantes, así Germán adhirió al socialismo, en tanto que José se sumó al autonomismo.

Corría el año 1890, cuando en el país se produjo una gran especulación, que provocó la pérdida del valor real del dinero, con las consiguientes penurias para la población, que protestó contra la política del presidente Juárez Celman. Fue entonces que el abogado Leandro N. Alem y un grupo de amigos entre quienes se contaban Hipólito y Bernardo de Irigoyen y Aristóbulo del Valle, intentaron derrocar al presidente mediante un movimiento revolucionario, con la finalidad de terminar con la corrupción administrativa, efectivizar las libertades públicas y acceder al sufragio libre. Se produjeron cuatro días de lucha. Cuatro mil civiles, comandados por Alem, que se distinguían por usar boinas blancas, apoyados por la escuadra Fusileros del Parque de Artillería mas algunas tropas del general Campos,

enfrentaron a las fuerzas del gobierno al mando del general Lavalle y del vicepresidente Carlos Pellegrini; quienes resistieron el embate en el Cuartel de Retiro, y posteriormente atacaron a los rebeldes. Los que pese a haber logrado un triunfo moral, fueron derrotados por carecer de municiones. Fue entonces que el general Roca logró el desplazamiento del presidente Juárez Celman y su reemplazo por Pellegrini. El nuevo mandatario logró estabilizar las finanzas, recobrar el crédito y la confianza de la gente, con lo cual el país reinició la marcha.

En La Plata se enteraron del intento de golpe a través de los periódicos que llegaban desde Buenos Aires, causó gran preocupación entre los platenses, y mayor aún fue el temor de los inmigrantes que arrastraban una historia de luchas en sus países de origen.

Con el regreso a la normalidad, en la capital se organizó la primera central obrera. Años más tarde, Juan B. Justo creó el Partido Socialista Argentino.

El comienzo del siglo encontró a las dos parejas de inmigrantes italianos, sólidamente afincados en la ciudad de La Plata. Germán y José, sin conocerse aún, trabajaron juntos en la construcción del Colegio Nacional, que inauguró en 1910 el ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. Joaquín V. González.

Ángela y Egidia se ocupaban de las tareas domésticas y de la crianza de los hijos y los domingos concurrían con ellos al principal paseo de la ciudad, el Bosque, poblado por añosos eucaliptus. El Parque Iraola era un verdadero pulmón ciudadano. Los hombres preferían el Teatro La Plata, donde presenciaban la actuación de payadores y cantantes populares.



# LOS INMIGRANTES Y EL RÉGIMEN

---





---

La unidad nacional se selló el 5 de octubre de 1862, cuando Bartolomé Mitre fue elegido presidente de la nación. Quedaban atrás desencuentros, revoluciones y guerras externas e intestinas que generaron, además de derramamientos de sangre y exilios, una buena dosis de autoritarismo, intolerancia e injusticias.

La “Argentina Liberal”, que Alberdi y Urquiza proyectaron en la década 1850–60, fue concretada por los presidentes Mitre, Sarmiento y Avellaneda entre 1862 y 1880, período durante el cual el país se estabilizó, pese a que en el transcurso de la presidencia del primero, se inició la guerra con Paraguay.

La necesidad de defender el esquema liberal, dio lugar a un tipo de poder político denominado “El Régimen”, que gobernó entre 1880 y 1916. El más conspicuo representante de la llamada “Generación del Ochenta” fue el general Roca, al que sucedieron Miguel Juárez Celman, Carlos Pellegrini, Luis Sáenz Peña, José Evaristo Uriburu, nuevamente Julio A. Roca, Manuel Quintana, José Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza. Casi en su totalidad, elegidos por medio del fraude y la violencia. Eran los representantes de la oligarquía criolla y desarrollaron una política liberal conservadora, en desmedro de la Unión Cívica de Alem e Irigoyen, quienes trataron de desplazar al régimen mediante la fuerza en los años 1890, 1893 y 1905, sin lograr éxito. La “Argentina Liberal” perduró hasta la depresión mundial de 1929.

Hasta 1913 hubo importantes inversiones de capitales británicos, franceses, alemanes y norteamericanos, que se ligaron a la oligarquía terrateniente, erigida en formidable aristocracia, y condujeron la economía nacional. Optaron por la producción agropecuaria y de alimentos destinados al mercado mundial y en cuanto a manufacturas, se limitaron a elaborar productos primarios. Pero no

solo esos intereses manejaron el comercio exterior, sino que también administraron el crédito, los servicios públicos y orientaron el sistema monetario, según el cual el peso equivalía a un valor de 44 centavos oro. Además, los capitales externos ejercieron influencia en la formación política e intelectual del país y hasta penetraron en las estructuras jurídicas y sociales, que se desarrollaron de acuerdo con las orientaciones ideológicas europeas.

Esta política dominante provocó la pauperización y la exclusión de las mayorías populares, que vieron bloqueadas sus aspiraciones de participación y de justicia, en tanto que la mayoría privilegiada se benefició con mayor crecimiento económico y el acceso a los conocimientos científicos y culturales.

Ya en el siglo XIX, los sectores agrícola-ganaderos, apoyaron la expansión monetaria porque beneficiaba sus operaciones. Desde entonces la historia económica argentina ha sido una crónica de devaluaciones, inflación y descenso de los salarios.

Entre 1883 y 1891, la moneda se desvalorizó un 332%, perjudicando a los trabajadores. El Estado mantuvo la vigencia del sistema, subsidiando a los dueños del capital y vigilando el comportamiento político social, para evitar desequilibrios. Argentina nunca experimentó una revolución industrial, ni agraria, tampoco hubo conflictos entre el agro y la industria, en razón de que los ligaban intereses comunes.

Muchos inmigrantes que al igual que los protagonistas de esta historia, arribaron entre 1857 y 1895, enfrentados a una realidad que cerró sus posibilidades, tuvieron que amontonarse en las ciudades portuarias o regresar, cuando podían hacerlo. Durante ese período ingresaron al país 1.653.000 inmigrantes, pero solamente se incorporaron a la población 988.600, el resto regresó. Al comenzar el siglo XX, arribaron nuevos inmigrantes, 161.000 en 1904 y en 1913 llegaron 364.000, pero retornaron a sus países de origen 191.000.

Muchos años debieron luchar los trabajadores para organizarse y obtener mejoras laborales. Se agruparon con la llegada de revolucionarios socialistas y anarquistas, desplazados de Europa. A comienzo del siglo XX lograron nuclearse en dos entidades, la FOA (luego FORA), de tendencia anarquista y la UGT, socialista. La primera huelga general contra el sistema se produjo en 1902 y desde entonces los movimientos se intensificaron.

En 1907, la población de La Plata estaba preocupada por el alza del costo de vida que afectó al país y se tuvieron noticias de que en Rosario se había producido una huelga general y manifestaciones de protesta por la elevación de los precios del pan, la carne y los alquileres. Al año siguiente se produjeron atentados anarquistas. En 1909, en Plaza Lorea chocaron obreros y policías, hubo represión y como consecuencia varias muertes. Ese año fue muerto

en un atentado el jefe de la Policía, Ramón Falcón. En 1910 recrudecieron los conflictos obreros y se fundó la Federación Obrera.

El gobierno actuó con violencia en defensa de los intereses industriales y comerciales, luego vendría la represión legal, mediante la aplicación del estado de sitio y las leyes de Residencia y Seguridad Social. Contra todas estas medidas se pronunció el dirigente socialista Alfredo Palacios, en tanto que Juan B. Justo fustigó a las autoridades desde el periódico *La Vanguardia*.

La división entre los ganaderos dependientes de los mercados americano y británico concluyó al imponerse los primeros, agrupados en la Sociedad Rural y en consecuencia, los proyectos de ley anti *trust* no prosperaron. La producción agropecuaria ocupó un decisivo lugar en la economía del país hasta el año 1930, debido al desarrollo de los ferrocarriles y de las cargas marítimas refrigeradas.

En 1914 se produjo una grave crisis financiera que afectó a todos los sectores. En 1916, centenario de la independencia, un anarquista atentó contra la vida del presidente Victorino de la Plaza, sin lograrlo. Canalizó por este medio la protesta contra el régimen.

Este fue el telón de fondo histórico en el que se desarrollaron las vidas de los protagonistas aquí noveladas, los inmigrantes y sus descendientes, quienes como consecuencia de los vaivenes políticos y económicos del país, debieron luchar con todas sus fuerzas para sobrevivir.



# **UNA VIDA ENTRE EL CANTO Y EL TRABAJO**

---



---

Pedro fue el segundo de los nueve hijos de la pareja de inmigrantes italianos integrada por Ángela y José. De regular estatura, delgado, de cabello castaño oscuro, pobladas cejas y ojos pardos, vivaces, de mirada penetrante, el rostro de Pedro tenía gran parecido al de la madre. Su aspecto era agradable y tenía sentido del humor. Pese a no tener más que estudios primarios, era un hombre inteligente y detallista, cualidades que le permitieron progresar en el oficio de sastre y llegar a ser oficial en una acreditada sastrería de La Plata.

El local de la sastrería se transformó en un ámbito de encuentro y diálogo de clientes y amigos. El tema de las conversaciones giraba en torno de los acontecimientos políticos que se desarrollaban en la república, pues con los presidentes liberales Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza, la situación económica continuaba empeorando, circunstancia que motivó que entre 1911 y 1913 se produjeran más de doscientos movimientos huelguísticos.

El estallido de la Primera Guerra Mundial preocupó a todos y especialmente a los inmigrantes, por el riesgo que corrían sus familiares. El desastre de Caporetto en 1917, provocó una conmoción en la colectividad italiana. Entre tanto, las bases populares agrupadas alrededor del radicalismo y del socialismo, proseguían luchando para que la población tomara conciencia de la ilegitimidad del “Régimen”.

En 1916, merced a la vigencia de la Ley Electoral promulgada por Roque Sáenz Peña, resultó electo presidente Hipólito Irigoyen, jefe de la Unión Cívica Radical, que fundara su tío Leandro Alem. Por primera vez un partido político llegaba al poder apoyado por el voto de las clases media y popular de las ciudades y del campo.

Irigoyen, si bien se opuso a la oligarquía en materia política, administró el país de acuerdo con los intereses de la burguesía terrateniente y de Gran

Bretaña. Su política obrera fue contradictoria; mientras por un lado estableció para los trabajadores un sueldo mínimo, el arbitraje en casos de huelga, rebajó los alquileres y reglamentó el trabajo a domicilio; por el otro no les facilitó el acceso a la tierra y desarrolló una estrategia tendiente a frenar el accionar del movimiento obrero.

En 1918 se firmó la paz en el bosque europeo de Compiègne. Pese a que durante el año se inició un período de crecimiento económico, el mayor costo de los alimentos y de los productos importados repercutió en el nivel de vida de la población, generando una nueva escalada de tensiones y huelgas que fueron reprimidas en forma violenta por las fuerzas armadas.

Pedro se abstraía de los acontecimientos cuando se introducía en el mundo del canto lírico, una de sus pasiones, que satisfacía concurriendo a las funciones del Teatro Argentino, el segundo en importancia del país. Ocupaba un hermoso edificio construido en pleno centro de La Plata, en 1915. Contaba con una sala semicircular de excelente acústica. La cúpula había sido decorada por dos grandes artistas plásticos, José Speroni y Atilio Boveri, y de ella pendía una araña que era el orgullo platense. En los comienzos no sólo fue un teatro lírico, se utilizó también para reuniones de carácter social; pasaron por él payadores, ilusionistas, conferencistas, pero además se realizaron bailes de carnaval, banquetes y campañas proselitistas de partidos políticos. Pero en la faz lírica le dieron fama artistas ilustres de la talla de María Barrientos, Titta Ruffo, Tetrizzini, Yehudi Menuhin y Arturo Rubinstein.

A la edad de treinta años le ocurrió lo mejor de su vida, se casó con una de las hijas de Egidia y Germán, de nombre Mariana. Así se relacionaron las dos familias italianas que llegaron simultáneamente a La Plata, sin conocerse, y el vínculo lo establecieron los descendientes en su momento de mayor felicidad.

El 19 de noviembre de 1921, Pedro llamó a la partera para que asistiera a Mariana en el domicilio, como se estilaba entonces, ese día nació César. La alegría del acontecimiento pronto fue opacada por la muerte prematura de Germán, el padre de Mariana, uno de los soñadores que llegó al país en pos de una ilusión.

Por entonces Marcelo T. de Alvear sucedió a Irigoyen en la presidencia de la nación. Pese a que la deuda pública superaba el billón de pesos, el país comenzó a recuperarse de la crisis de posguerra con el lema reinante de prosperidad, orden y progreso. El nuevo mandatario lanzó un vasto plan de obras, pero la política social siguió siendo injusta.

En La Plata repercutió la lucha entre frigoríficos y ganaderos y posteriormente se desarrolló la guerra de la carne entre los frigoríficos británicos y



norteamericanos, por las cuotas de exportación. Fue la época en la que el diputado Lisandro de la Torre defendió a los consumidores que pagaban las consecuencias de esa lucha de intereses.

Los días festivos, muchos platenses concurrían al Teatro Olimpo, que era a la vez centro de arte y de reuniones bailables. Pedro y Mariana, en ocasiones asistían a las funciones del Teatro del Lago, que exhibía una de las primeras películas argentinas *La muerte de Dorrego*. Otro de los esparcimientos de la ciudad eran las noches de retreta, a cargo de la banda municipal, que ejecutaba obras clásicas y populares en la glorieta de la Plaza San Martín.

Un mediodía de 1923 visitó la ciudad el exquisito poeta de habla castellana, Federico García Lorca; nadie hubiera imaginado entonces que trece años después sería fusilado en Granada por los sicarios franquistas.

Al año siguiente La Plata se conmocionó al recibir la visita del príncipe Humberto de Saboya y los festejos se repitieron en 1925 con el arribo del príncipe de Gales. El mismo año, la universidad inauguró los cursos con la presencia del sabio Alberto Einstein, en un acto realizado en el Colegio Nacional.

Por entonces los desfiles conmemorativos, hacia los que se volcaban los platenses, tenían lugar en la espaciosa avenida Monteverde, bordeada de tilos, que emulaban la avenida berlinesa Unter den Linden.

El 25 de mayo de 1928, nació el segundo hijo de Mariana y Pedro, que se llamó Jorge Pedro.

En aquel tiempo se había desatado la euforia radical, al triunfar en los comicios, la fórmula Irigoyen-Beiró sobre la de Melo-Gallo, que apoyaban los conservadores.



# UN SOÑADOR

---



---

Egidia y Germán tuvieron en Argentina cuatro hijos: Antonio, Aldebrando, Juana y Mariana. Aldebrando, luego de la instrucción primaria, ingresó al Colegio Nacional de la Plata, fundado en 1885 por el entonces gobernador Dr. Carlos D'Amico, como parte de un plan tendiente a mejorar la educación secundaria. El colegio inició sus actividades en una casa ubicada en las calles 9 y 47; posteriormente funcionó como internado en un edificio que se levantó en la calle 51 entre 17 y 18.

Completado su bachillerato, Aldebrando ingresó a la Facultad de Ingeniería y si bien no pudo terminar la carrera, obtuvo el título de agrimensor.

Desde joven, influido por las ideas libertarias de Juan B. Justo, Del Valle Iberlucea y de José Ingenieros, abrazó el ideario socialista que no abandonaría hasta su muerte. Fue un activo militante que sufrió prisión por sus ideas. Como muy bien lo expresara Ingenieros: “Todo progreso es variación e implica rebeldía”. Idealista, de conducta ética intachable y defensor de los derechos humanos, anheló salir de la injusta organización social imperante y lograr un país mejor a través de una plena educación y del perfeccionamiento moral, libre de dogmatismos.

Su voluntad se expresó en la acción que emprendió con valentía y libre iniciativa. Estos principios lo condujeron a ser un activo cooperativista. Fue cofundador del Hogar Obrero, la primera cooperativa obrera de La Plata. Tuvo una hermosa familia con su mujer Enriqueta, hija del destacado artista plástico de la ciudad José Speroni, con ella tuvieron cuatro hijos.

Su sobrino César, hijo de Mariana, siempre recordaría sus expresiones acerca de que la dependencia pasiva era incompatible con la dignidad, y que el derecho a la vida estaba condicionado por el deber del trabajo, que era emancipador de la personalidad.

Cuando Aldebrando visitaba a Mariana, la hermana preferida, mantenía largas conversaciones con César, que lo admiraba y que recibió de su tío el ejemplo de lucha y la fuerza moral que irradiaba. Pero fue Mariana quien llevó primero a la práctica la filosofía y el sermón laico de su hermano, a quien quería entrañablemente.

# **INTELIGENCIA, DECISIÓN Y CAPACIDAD DE TRABAJO**

---





---

Mariana, la hija mayor de los inmigrantes italianos Egidia y Germán, nació en 1890 en un hogar muy modesto porque su padre era obrero de la construcción. Excelente alumna primaria, ingresó a una escuela secundaria con salida laboral, la Escuela Técnica del Hogar, de la que fue alumna fundadora, egresando muy joven con mención de sobresaliente.

Era una muchacha de estatura mediana y rasgos delicados, cabellos castaños, frente amplia y profundos ojos celestes; de una belleza diáfana expresada por la tersura de su piel. Afable, servicial, exenta de antipatías, su espíritu traslucía gran serenidad producto de una intensa vida interior.

Aún adolescente, al fallecer el padre tomó a su cargo a la madre y a la hermana y con la ayuda de ésta, estableció un pequeño taller artesanal de confección de ropa femenina. Por su firme voluntad e iniciativa y la capacidad técnica que poseía, progresó rápidamente teniendo que tomar personal para afrontar las crecientes demandas de ropa. Su casa de modas llegó a ser de las más acreditadas en la ciudad de La Plata.

Pero las cosas no eran fáciles, pues en esa época el trabajo manual era muy mal remunerado y para poder mantener el taller, luego que se retiraba el personal, continuaba con la labor hasta las primeras horas de la madrugada.

En los comienzos continuó ocupando una modesta vivienda que la familia rentaba, pero su espíritu de progreso la hacía soñar y cuando transitaba con su madre por la avenida Monteverde, se detenía a mirar una casa que ambicionaba poseer y le decía, pese a la incredulidad de ella: –Madre, me agrada mucho. Algún día la compraré, será nuestra.

Logró su sueño con mucho tesón y trabajo, pese a la mala situación económica reinante.

La otra faz de Mariana fue su formación política. Siguiendo el pensamiento de su hermano Aldebrando, activo militante socialista, participó desde muy joven de las reuniones que el partido realizaba en el Centro Socialista de La Plata, donde escuchó la palabra y el pensamiento de los líderes más conspicuos, entre los que se contaban: Korn, Bravo, Repetto, Palacios, Solari, Dickman y Rozas. Llegó a cautivarla la sencillez, claridad intelectual y el carisma de la doctora Alicia Moreau de Justo, siempre preocupada por los temas de educación, trabajo, igualdad e independencia de la mujer. Esta dirigente llegó a dispensarle su amistad, afecto del que Mariana se sentía orgullosa.

El socialismo era por entonces un partido ideológicamente vigoroso y fiel al programa; la preocupación de los dirigentes apuntaba a la educación, que constituía el instrumento de liberación social y el logro de una concepción elevada de vida; pero además era incesante la prédica contra la corrupción, el fraude y la violencia.

Mariana era toda una mujer, había cumplido treinta años cuando conoció a Pedro, de su misma edad, uno de los hijos de la otra familia de inmigrantes italianos que formaron Ángela y José. Se casaron por civil un día de marzo de 1921. La unión sólo era explicable por el amor que se profesaban, pues eran dos seres totalmente diferentes en carácter y en la forma de pensar. Sin embargo, fueron felices y en diciembre nació su hijo César.

Corría 1928, año en que finalizaba el período presidencial de Marcelo T. de Alvear, cuando el 25 de mayo, aniversario de la revolución, nació Jorge, el segundo hijo de Mariana. La madre como buena socialista tampoco bautizó al segundo hijo. Sí se preocupó siempre porque ambos tuvieran la mejor educación y logró que ingresaran a la Escuela Joaquín V. González, anexa a la universidad y a cargo de profesoras de humanidades.

El paso de ambos por la enseñanza secundaria del Colegio Nacional en el que había estudiado su hermano Aldebrando, fue para Mariana una de las grandes satisfacciones de su vida. Había soñado siempre con que logran seguir una carrera universitaria y ya estaban en camino. Mayor agrado experimentó cuando lograron los mejores promedios. Su deseo de que contaran con todos los medios a su alcance no tenía límites; si necesitaban un texto que no era posible conseguir en La Plata, abandonaba el trabajo, tomaba el tren hacia la Capital y regresaba con el libro al caer la tarde. Sus actitudes, y en especial la contracción al trabajo, constituían un ejemplo que comprometía aún más la aplicación de sus hijos.

Años más tarde se cumplirían sus sueños cuando César primero y Jorge unos años después, obtuvieran el doctorado en medicina.

Cumplido el objetivo de su vida, cuando ambos ejercían en las especialidades elegidas: pediatría y cirugía, hizo demoler la casa que tanto sacrificio le había costado adquirir y levantó allí un nuevo edificio con departamentos para ella y la hermana y para cada uno de los hijos y además un espacioso consultorio médico para ambos. Luego dejó en manos de su personal la numerosa clientela que había logrado cosechar.



# EL AUTORITARISMO Y LA DÉCADA INFAME

---



---

Cuando Hipólito Irigoyen ejerció la segunda presidencia, las condiciones económicas no le favorecían. Luego de la guerra el país fue alcanzado por la crisis mundial de 1929. Disminuyeron las exportaciones y el oro no ingresó tan fácilmente. Aumentó la desocupación y la miseria golpeó a los más pobres. César recordaba que Mariana se quejaba pues las clientas se retrasaban en los pagos y ella tenía dificultades para pagar al personal de su taller.

La depresión, unida al descontento por la corrupción administrativa, generó malestar. El presidente Irigoyen cayó en el desprestigio, recibió críticas despiadadas y muchos pidieron la intervención militar para evitar males mayores a la “República”, argumento que siempre esgrimieron los reaccionarios. Se produjeron huelgas y manifestaciones estudiantiles y el 5 de septiembre de 1930 Irigoyen delegó el mando en el vicepresidente.

El 6 de septiembre se produjo un golpe militar nacionalista encabezado por el general José Félix Uriburu, exaltado germanófilo e integrista católico, que recibió el apoyo de importantes grupos económicos y de sectores conservadores.

En la ciudad de La Plata, centro político de la provincia de Buenos Aires, el golpe provocó gran conmoción porque el antagonismo entre radicales y conservadores era muy vehemente. La discusión o el comentario surgían en cada lugar de reunión. Algunos opinaban que la revolución había sido apoyada por la Standard Oil y por los sectores agrícolas ganaderos, que se consideraban despojados por la política de Irigoyen. A todo ello se sumó el anhelo de protagonismo de los grupos militares nacionalistas, que generaron un nuevo factor de poder, que con el tiempo constituirían un nuevo grupo de presión: el partido militar.

Uriburu gobernó mediante el estado de sitio y la Ley Marcial, encarceló y torturó a políticos, obreros y estudiantes opositores contando con el apoyo de la denominada Liga Patriótica Argentina, de extrema derecha. Los socialistas como Aldebrando, uno de los hijos de los inmigrantes Egidia y Germán y hermano de Mariana, fueron muy perseguidos.

Las actitudes fascistas de Uriburu lo condujeron muy pronto al descrédito. La opinión pública no vio con buenos ojos a la dictadura y cuando convocó a elecciones el 5 de abril de 1931, triunfó el radicalismo, razón por la cual el dictador anuló los comicios. En La Plata se produjeron manifestaciones estudiantiles que derivaron en enfrentamientos con la policía.

Finalmente, el general Agustín P. Justo, que no era partidario de la instalación de un gobierno corporativo, logró unir a distintas fracciones políticas en la denominada “Concordancia”, representada por el Partido Demócrata Nacional, que no era más que el viejo Partido Conservador disfrazado con algunos aditamentos.

En las elecciones de noviembre triunfó la fórmula Agustín P. Justo y Julio Roca (hijo), apelando al fraude y la violencia y por la abstención del Partido Radical. Había comenzado lo que se denominaría la “Década Infame”.

Frente a las arbitrariedades políticas del gobierno, Pedro, que no admitía esos manejos, se alejó del Partido Demócrata con el que simpatizó en los comienzos. Años después dejó la profesión de sastre y se empleó en la Dirección de Rentas de la Provincia, en la que tuvo como compañero de tareas al Dr. Vicente Solano Lima, que más tarde sería vicegobernador del Dr. Moreno. Desde entonces contó con más tiempo para dedicarse a su vocación, el canto lírico.

Las pasiones políticas volvieron a actualizarse en ocasión del acto electoral del 4 de mayo de 1934, destinado a renovar la Legislatura. En la ocasión los radicales volvieron a abstenerse, y los candidatos socialistas triunfaron sobre la “Concordancia”.

César recordaría con emoción que ese año concluía el sexto grado de la escuela primaria, cuando por sus calificaciones fue elegido para leer el discurso de despedida de promoción.

Corría el año 1935 cuando se agudizó la inestabilidad política en la provincia de Buenos Aires. El equipo gobernante montó un aparato represivo con la ayuda de caudillos locales y de comisarios, para consolidar el fraude en la provincia. Se suscitó un entredicho con el gobernador Federico Martínez de Hoz y la Legislatura lo suspendió en sus funciones. Lo sucedió el Dr. Manuel A. Fresco, quien había triunfado en la elección interna de los conservadores,



marginando a los sectores liberales representados por Vicente Solano Lima, Rodolfo Moreno y Antonio Santa María.

Fresco era un hombre de la extrema derecha política, integrista católico, admirador del fascismo y partidario del sistema electoral del “voto cantado”. Inició una etapa autoritaria de corte uriburista. En una ocasión presidió en el Bosque de La Plata, un desfile de “jóvenes camisas negras”, que colaboraban con él en la represión ejercida contra los gremios, como ocurrió con el perteneciente a los obreros de la construcción. Estos elementos parapoliciales frustraron en Plaza Italia un acto en el que iba a hacer uso de la palabra el diputado socialista Dr. Alejandro Korn. Creó, además, un registro de vecindad con el objeto de controlar la identidad de las personas y envió a la Legislatura provincial un proyecto que condenaba los delitos de imprenta.

El partido Socialista bonaerense rechazó la metodología de los planes de Fresco y lanzó una campaña para defender la enseñanza laica en los colegios estatales y en ella, participó Alebrando.

Durante el gobierno de Justo se acrecentó la industrialización con intervención del Instituto Movilizador de inversiones y los terratenientes y ganaderos fueron favorecidos por la instalación de las Juntas Reguladoras de carnes, granos y vid.

Para aumentar la participación de terratenientes y ganaderos en el mercado inglés, Justo firmó el Pacto Roca-Runciman, que acrecentó el control británico sobre la economía del país.

En el Congreso hubo debates memorables que apasionaron a la opinión pública, suscitados por Mario Bravo sobre la adquisición de armamentos y por Lisandro de la Torre referidos a la política de carnes. Por su parte, Alfredo Palacios denunciaba las torturas aplicadas a los presos políticos.

Los militares mantuvieron la categoría de élite apoyando una democracia fraudulenta, carente de participación popular. Por entonces, Arturo Jauretche fundó el grupo FORJA integrado por jóvenes intelectuales preocupados por el destino nacional.

La Convención Radical de 1935, influenciada por Alvear, levantó la abstención del Partido y en las elecciones de legisladores realizadas al año siguiente los radicales obtuvieron la mayoría en la Cámara de Diputados.

Los intereses políticos y económicos de los gobernantes se desplazaron hacia el centro, impulsando para las elecciones de 1937 la fórmula integrada por el Dr. Roberto Ortiz, radical antipersonalista y Ramón S. Castillo, conservador.

Llegado al poder en 1938, el Presidente Ortiz, pese a haber sido electo por medios fraudulentos, pretendió cambiar las políticas vigentes y gestar

un nuevo movimiento con jóvenes conservadores y radicales no salpicados por la corrupción. El nuevo ministro de economía, Federico Pinedo, elaboró un plan de industrialización y una nueva alianza social, que no contó con la aprobación de la oligarquía. En 1940 intervino la provincia de Buenos Aires gobernada por el Dr. Fresco.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra respaldó la posición neutralista del gobierno con el objetivo de proteger los abastecimientos de materias primas indispensables para los aliados.

El Presidente Ortiz, afectado de una severa retinopatía diabética, delegó el mando en julio de 1940 en el Vicepresidente Ramón Castillo, ex magistrado y político conservador, quien se rodeó de elementos nacionalistas. Su inclinación hacia el “Eje” fue combatida por el movimiento “Acción Argentina”.

Por entonces los militares se alinearon en tres grupos: “pro aliados, nacionalistas y profesionalistas”. Castillo, presionado por los generales Molina y Menéndez, implantó el estado de sitio, clausuró el Concejo Deliberante e ilegalizó a “Acción Argentina”. Si bien mantuvo la neutralidad, el país sufrió el bloqueo económico de los Estados Unidos debido a su inclinación hacia el “Eje”.

Entre tanto en el ejército se organizó una logia militar secreta fundada por el entonces coronel Juan Perón, constituida por oficiales nacionalistas. Sus propósitos eran: mantener la neutralidad, terminar con el fraude político, prevenir la formación de un frente popular comunista y contener a la opinión pública democrática y aliadófila. Los militares de la logia adoptaron un activismo político que involucró a la mayoría de los miembros del ejército.

El 17 de febrero de 1943, Castillo anunció el apoyo oficial a la candidatura de Robustiano Patrón Costas, empresario azucarero, conservador y proyanqui. El ejército resistió la candidatura y el “Grupo de Oficiales Unidos” decidió dar un golpe de Estado que se efectivizó el 4 de junio de 1943. El general Rawson, que asumió como presidente provisional, fue desplazado por los nacionalistas del GOU, quienes designaron presidente de facto al general Ramírez, que ordenó medidas represivas contra los opositores políticos. Fue el momento de mayor apogeo del nacionalismo en el país.

Transcurría el año 43, cuando César cursaba los estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata. Por entonces se produjeron enfrentamientos entre miembros de la Federación Universitaria de tendencia radical y grupos nacionalistas que contaban con apoyo oficial.

Ante la amenaza de sanciones económicas por parte de los Estados Unidos, el gobierno se vio obligado a romper relaciones con Alemania y Perón, por

entonces Secretario de Trabajo y Previsión, disolvió la logia GOU. El 4 de abril se firmó el “Acta de Chapultepek”.

En 1944 Farrell y Perón desplazaron a Ramírez de la Presidencia. Asumió el gobierno el primero de ellos, siendo designado Perón Ministro de Guerra. Los norteamericanos desconocieron al nuevo dictador y bloquearon los depósitos del país en el exterior. Posteriormente Perón fue designado vicepresidente.

Pese al bloqueo la economía prosperó al crecer la producción industrial. El gobierno adoptó algunas medidas paliativas para resolver la situación social rebajando y congelando los alquileres de viviendas y arrendamientos.



# LA BONDAD MÁS ALLÁ DE LA ADVERSIDAD

---



---

Elena, la hija menor de los inmigrantes españoles Serena y Gerardo, que llegaron a Bahía Blanca a principios del siglo XX, finalizó el curso de enseñanza primaria en la ciudad de Laprida en 1933, el mismo año que falleció el ex presidente Hipólito Irigoyen; ocasión en la que se movilizó el pueblo de Buenos Aires para rendirle homenaje y Belisario Roldán, el orador y autor dramático argentino declamaba “Ensanchen las calles que va a salir el pueblo”. Efectivamente, la población de la Capital se lanzó a la calle y el féretro fue llevado a pulso por la multitud. Este suceso repercutió en todo el país y por ende en Laprida, donde predominaban los partidarios del radicalismo.

Las calificaciones de Elena la señalaron como una alumna excelente, por ello recomendaron a los padres que la enviaran a la ciudad de Olavarría a cursar estudios secundarios. Pero el fallecimiento del padre a raíz de un accidente cerebro vascular, produjo en ella un doble impacto emocional. Sufrió terriblemente por tratarse de la hija menor y se cerraron sus posibilidades de continuar los estudios, como ambicionaba.

Elena vivió modestamente junto con la madre en la quinta de un cuñado ayudando en las tareas de la granja. En los momentos libres se refugiaba en la lectura de novelas clásicas y modernas, su mayor pasión. En ocasiones se la veía sentada leyendo en un banco de la plaza principal de la ciudad, frente al monumento allí erigido en memoria del prócer que siempre le causó gracia porque parecía una torta de bodas.

Cuando Elena se refería a su niñez decía: “Pese a carecer de bienes materiales, gocé de una infancia feliz porque recibí de mi familia y de mis amigos muchos afectos, por ello nunca guardé resentimientos”.

Años después solía contar a sus hijos Julio y Ricardo, que por el año 1922, fecha en la que Alvear llegaba a la presidencia, había viajado con toda su

familia a España, oportunidad que le permitió conocer el pueblo de sus ancestros, Olmedo de Camaces, donde residían algunos tíos y primos. Elena era por entonces muy pequeña y era poco lo que podía recordar, pero gustaba aderezar la narración con testimonios nacidos de su frondosa imaginación. Los relatos atrapaban a los chicos, que le pedían siempre más. Recordaba con nostalgia el quinteto que integraba con sus íntimas amigas, en cuya compañía fue muy feliz y relataba a sus hijos anécdotas jocosas de sucesos ocurridos durante las romerías populares o de las excursiones que hacían a la Laguna del Paraíso, situada en las cercanías. Les contaba de su afición por el juego de tenis que practicaba en el Club Social y su inclinación por el teatro, que era otra de sus pasiones. Describía la alegría del padre cuando arribó al país allá por 1926, el hidroavión “Plus Ultra” que había salido de Palos de Moguer, como lo hicieran antiguamente las carabelas de Colón y finalmente acuatizó en el muelle de pescadores de Buenos Aires. Otro episodio que saboreó el abuelo Gerardo fue la caída de la monarquía española en 1931 y el nacimiento de la Segunda República con Alcalá Zamora y Azaña.

Siguiendo la tradición familiar, desde muy joven fue devota de la Virgen y practicante en las ceremonias religiosas, pero nunca discriminó a los agnósticos. Ya mayor, si bien conservaba el sentimiento religioso, no concurrió más a misa, salvo cuando acompañó a las Madres de Plaza de Mayo, que la contó entre las fundadoras del movimiento tras la desaparición de sus hijos Julio y Ricardo y su nuera Graciela.

Cuando llegados a la mayoría de edad, los hermanos de Elena, que deseaban dedicarse a tareas agrícolas y les fue imposible comprar o arrendar tierras que estaban en poder de poderosos latifundistas, abandonaron Laprida en busca de otras posibilidades de trabajo, la familia se desmembró.

La apacible vida de Elena terminó cuando tuvo que trasladarse en compañía de su madre, Serena, a la ciudad de La Plata con motivo de la enfermedad de su hermano Manuel, que determinó su internación en un hospital psiquiátrico. Para afrontar los gastos se dedicó a trabajos de lencería mientras que los momentos libres los dedicó a la lectura y a la cerámica.

Fue en 1945 que conoció a César. Un día de marzo se encontraron en forma casual en una librería cercana revisando publicaciones de su interés. A César le impresionó gratamente la muchacha y también ella tendió una línea de simpatía hacia él. Fue un hechizo muy particular producido en un momento mágico. Para ambos el tiempo se detuvo allí. Se encontraron muy alejados del mundo real y, como encerrados en una burbuja permanecieron hablando de distintos temas e intercambiando opiniones que pusieron de manifiesto la afinidad de gustos e ideas. No sólo hablaron de sus vidas y



sueños, también hicieron comentarios políticos, porque se hallaba cercana la convocatoria electoral que definiría un momento crucial en la historia nacional. En ese momento el país atravesaba un período de transición o de quiebre y se delineaban dos posiciones que respondían a distintas concepciones. Por un lado, los partidos Radical, Socialista y Comunista con el apoyo de la oligarquía agrícola ganadera y del Embajador de los EE.UU., Spruille Braden; y por el otro Perón y sus seguidores, dirigentes gremiales y grupos nacionalistas, aspiraban a conducir el país.

Entre Elena y César se estableció tal corriente de afinidad que ya nunca dejarían de verse.

Entre tanto, por fuera se producían sucesos que provocaron gran tensión en la población. El 19 de septiembre de 1945, año clave de la historia del país, la oposición a Perón concentró a doscientas cincuenta mil personas en la llamada “Marcha de la Constitución y de la Libertad”, y el 8 de octubre los militares de Campo de Mayo apresaron al líder y lo confinaron en la isla Martín García. Este hecho provocó una huelga general de los trabajadores y movilización. El 10 de octubre los medios de prensa anunciaron la renuncia del general Perón. En La Plata los estudiantes y los opositores al gobierno se manifestaron contra Perón. El general Farrell continuaba ocupando la Presidencia de la Nación.

El 17 de octubre en la localidad de Berisso, vecina a La Plata, se aglomeró gente partidaria al líder popular. Los obreros de YPF se pronunciaron a favor de dar plenos poderes al pueblo. Los participantes se desplazaron hacia la ciudad de La Plata, apedreando las oficinas de los diarios locales y la universidad. Una delegación entrevistó al ministro de gobierno del interventor militar para solicitar que una comisión intersindical pudiera hablar con Perón, amenazando con una huelga si negaban la petición.

Entre tanto en los suburbios de la Capital, Avellaneda, Lomas de Zamora y Lanús, los trabajadores paralizaron las actividades y encolumnados atravesaron los puentes que cruzan el Riachuelo para concentrarse en Plaza de Mayo. Una delegación pidió al general Ávalos la libertad de Perón, en tanto que la multitud arrojaba piedras contra la Casa de Gobierno y el Ministerio de Marina. Luego de prolongados cabildeos entre los representantes del peronismo y las autoridades nacionales, hizo su aparición Perón y dirigió la palabra a todo el país por la red oficial de difusión provocando un sensacional vuelco de la opinión pública a su favor. El nuevo proletariado industrial y los descamisados habían asumido el protagonismo en búsqueda de justicia social. Perón había interpretado las necesidades de esas masas escépticas que querían dejar de ser marginadas.

El año 1945 sería difícil de olvidar no sólo por los sucesos del país, sino también por los acontecimientos internacionales que conmovieron al mundo. Murió el presidente de los EE.UU. Franklin D. Roosevelt y le sucedió Harry Truman. Cayó Berlín y tras el suicidio de Hitler, Alemania capituló. Mussolini fue apresado y ejecutado por guerrilleros de la resistencia italiana. Los norteamericanos lanzaron bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki y el 14 de agosto terminó la Segunda Guerra Mundial. Tuvo lugar el juicio de los criminales nazis en Nüremberg. Se fundó la Organización de Naciones Unidas. Bajo la conducción del Mariscal Tito, Yugoslavia se convirtió en República, en tanto que en China se reanudaba la guerra civil.

Esta fue la época que le tocó vivir a la generación de Elena y César, plena de sucesos que se produjeron en forma vertiginosa y que dejarían huellas muy profundas en la sociedad argentina y cambiarían el devenir político del país.

En 1946 Perón contrajo enlace con Eva Duarte en la ciudad de La Plata. Posteriormente, con grupos provenientes de distintas corrientes de los partidos tradicionales y contando con el apoyo del laborismo y la CGT organizó el Partido Peronista, que reivindicaba las esperanzas de los marginados. Si bien tuvo como opositores a la Unión Democrática y al embajador yanqui, su fórmula triunfó en las elecciones de febrero de 1946.

Luego de asumir, Perón organizó una coalición política, militar e industrial para desarrollar un proyecto nacionalista burgués con justicia social sustentado en una economía keinesiana. Contando con fondos suficientes, acumulados por los gobiernos conservadores, nacionalizó todas las empresas de servicios y estableció el “Primer Plan Quinquenal”. Protagonizó una política pendular que osciló entre el cambio social con aspiraciones revolucionarias y la defensa de los intereses empresariales, actuando a la manera de los caudillos, con estilo protector.

Gobernó con autoritarismo y desprecio por los partidos políticos, reformando la Constitución para posibilitar su reelección. Integraron su partido elementos reaccionarios que impulsaron la intervención de las universidades y provocaron la expulsión de más de mil profesores. Además, modificó la Constitución de la Corte Suprema de Justicia.

Por entonces permitió el ingreso al país de muchos refugiados nazis, que estimó serían útiles para el desarrollo de la industria nacional.

Eva Perón, la mujer que lo secundó, supo llenar las esperanzas de los desposeídos y mediante la fundación que creó, ayudó en materia de vivienda, educación y salud. Sin embargo, no llegó a ser una reformista y su accionar estuvo limitado por el paternalismo del presidente.

El 51 fue también un año pródigo en acontecimientos políticos; se empezó a hablar de la reelección de Perón y la oposición preparó la fórmula Balbín-Frondevi. Se produjo un conato revolucionario antiperonista que fracasó. Intervinieron en ella los generales Menéndez, Lonardi, Lanusse, Guglielmelli y Sánchez de Bustamante, quienes fueron apresados. En noviembre se realizó la elección y Perón fue reelecto presidente.

También los acontecimientos mundiales atraían la atención de la población de La Plata. Continuaba la guerra de Corea con acciones a lo largo del paralelo 38. Estados Unidos firmó la paz con Japón. Tropas israelíes invadieron Egipto. Retornó Churchill tras el triunfo conservador en Inglaterra. Se proclamó la independencia de Libia. Murieron el mariscal Pétain y Sinclair Lewis.

Para poder organizar sus vidas, Elena y César estimaron que era necesario aislarse de la realidad política y dedicarse por entero a sus tareas. César se sumergió en la práctica hospitalaria alentado siempre por la dulzura de Elena, que constituía para él un oasis de tranquilidad. Se recibió luego de aprobar la tesis del doctorado a mediados de 1948, el año en el que fue asesinado por un fanático, el líder Mahatma Gandhi, impulsor de la no violencia. Por una disposición oficial que movilizó a los médicos de su promoción, tuvo que prestar servicios como médico en el Hospital Naval de Bahía Blanca por un año. A su regreso se casaron en un sencillo acto familiar.

Tuvieron dos hijos, Julio que nació en agosto del 52 y Ricardo cuatro años más tarde. Para Elena fue el logro más hermoso y volcó en ellos todos sus afectos y la fuerza necesaria para ayudarlos a crecer. Contribuyó a la educación de los chicos y los acompañó en la adolescencia, sin sobreprotegerlos aunque participara de todas sus inquietudes. Muy equilibrada, poseía la solvencia de una psicóloga y un sentido de la oportunidad que le permitía fijar límites en el momento adecuado utilizando siempre la persuasión.

Fue una madre excepcional y una compañera irremplazable. Pese a tener que ocuparse de las tareas de la casa, de la educación de los hijos y secundar a César en carácter de secretaria, jamás abandonó su buen carácter y el sentido del humor.

Su pasión intelectual era el teatro y César la acompañaba los fines de semana a la Capital para disfrutar obras de O'Neill, Bernard Shaw, Priestley, Ionesco, Brecht, Anouilh, Genet, Cocteau, Camus y Sartre.

En forma inteligente comenzó a darles libertad a sus hijos desde edad temprana y si bien interiormente sufría por lo que les pudiera suceder, jamás dejó traslucir esos sentimientos y poco a poco los chicos adquirieron con el desarrollo, la plenitud de su independencia sin crear conflictos familiares.

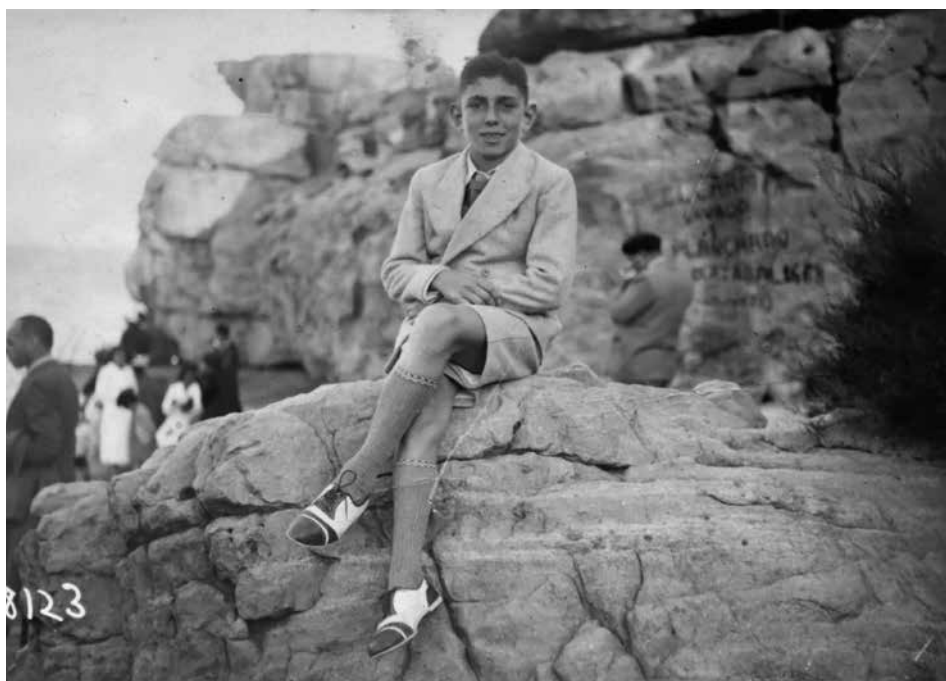
Elena, que educó a sus hijos en el amor, en el respeto hacia los demás, que interpretó sus ansias de libertad y volcó en ellos todo su afecto y confianza; jamás imaginó que años después, por el sólo delito de pensar y soñar un mundo mejor, pasarían a engrosar la lista de “desaparecidos” por obra y gracia de la Dictadura del general Videla y sus sicarios; ni tampoco que su vida cambiaría radicalmente y llegara a ser una de las fundadoras del Movimiento de Madres de Plaza de Mayo.



*Julio César Poce en la rambla marplatense. 1948.*



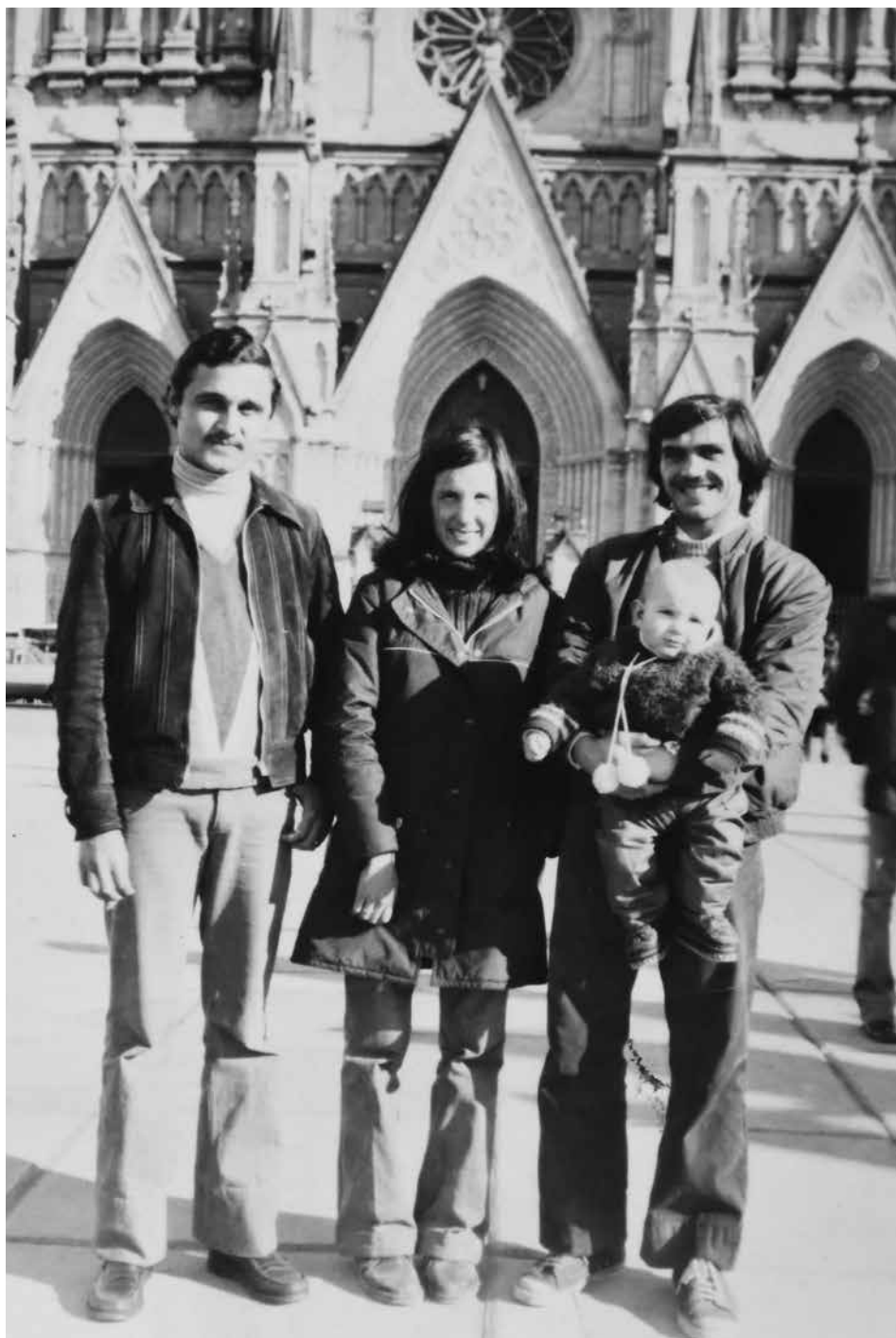
*Julio César Poce de niño en un viaje familiar por la provincia de Buenos Aires. 1935.*



*Julio César Poce de niño en Mar del Plata. 1935.*



*Familia Poce en la Costa Atlántica. Años 60.*



*Ricardo con Carmen, Ramiro y Federico Frías Alberga quien también se encuentra desaparecido. Basílica de Luján, 1977.*

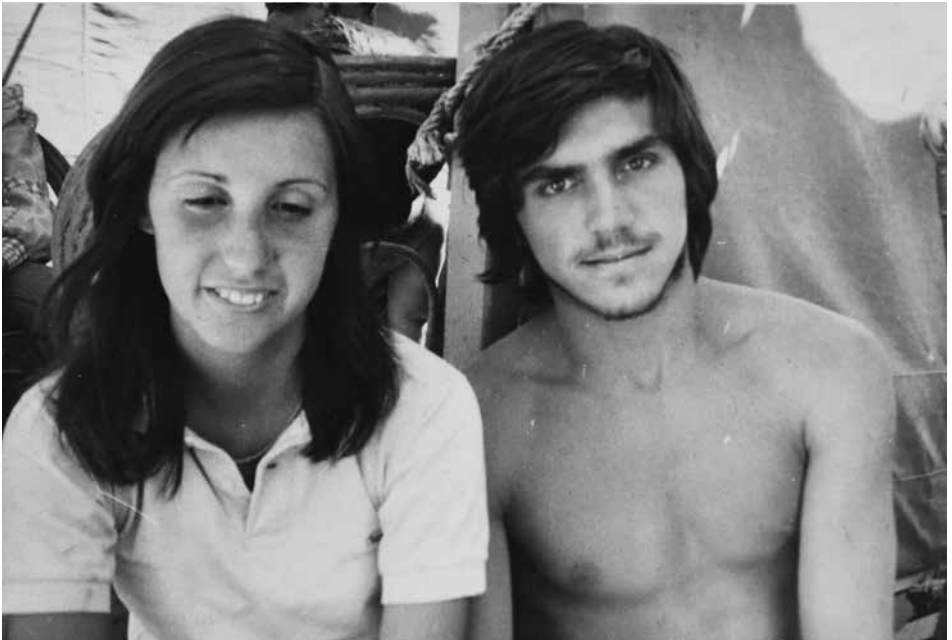




*Julio César Poce y Elena Mateos recién casados.*



*Elena entregándole una distinción a Julito al recibirse de bachiller en el Colegio Nacional de La Plata, 1971.*



*Carmen y Ricardo en Mar del Plata. Enero de 1974.*



*Julito adolescente, hablando en una actividad de carácter social en un instituto para menores de la ciudad de La Plata, diciembre de 1971.*



*Julito con equipo de rugby del club Universitario de La Plata.*



*Julio y Elena con Carmen y Ramiro poco después de la desaparición de Ricardo. En el exilio, Río de Janeiro, enero de 1979.*



*Julio César Poce hablando en carácter de presidente de la Asociación de Profesionales del Hospital de Niños. 1ero de octubre de 1974.*



*Julio César Poce con sus hijos en el Bosque de La Plata. Años 60.*



*Graciela Pernas y Carmen Segarra. La Plata 1973.*



*Julio adolescente tocando la batería en el grupo musical Matchbox. De derecha a izquierda: Alejandro Almirón, Julio Poce, Pablo Della Croce, Eduardo Zampatti. 1971.*

# **EL PODER DE LA VOLUNTAD**

---



---

César tuvo una infancia feliz que transcurrió en la ciudad de La Plata, en un barrio donde residían inmigrantes italianos procedentes de la provincia de Foggia. Su madre, Mariana, lo inscribió en la Escuela Joaquín V. González, instituto modelo de experimentación pedagógica y demostración práctica; donde la educación se convertía en aprendizaje social para transformar al niño en ciudadano, estimulando la capacidad de razonar del alumno. Egresó en 1934 siendo el mejor alumno de la promoción.

Corrían los primeros días de abril de 1935 cuando César traspuso las pesadas puertas del Colegio Nacional, en cuya construcción trabajaron sus abuelos. Le embargaba una extraña sensación mezcla de temor a lo desconocido, de la tensión propia de la adolescencia y de la ansiedad por enterarse del desarrollo de los cursos. Se tranquilizó al encontrarse con compañeros de la escuela primaria tan confundidos como él y con quienes cursaría el secundario los próximos seis años.

El colegio estaba emplazado en un predio vecino al bosque de la ciudad. Inició sus actividades en 1910, aunque su creación había sido dispuesta en el año 1884 por el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Dr. Carlos D'Amico, sucesor del fundador de La Plata, Dr. Dardo Rocha. El propósito fundacional fue no sólo brindar educación humanística y científica, sino también introducir a los adolescentes en las disciplinas técnicas para lograr su formación completa teórico-práctica. Incluía además el manejo de dos idiomas y la práctica de deportes.

A menudo César evocaba ese tiempo recordando la pléyade de brillantes profesores que lo marcaron para toda la vida; entre ellos hombres como Ezequiel Martínez Estrada, un narrador y poeta romántico, de conciencia implacable y con inquietudes sociales; Pedro Henríquez Ureña, abogado y

literato dominicano, considerado entre los mejores humanistas de América Latina y un luchador por la libertad; Enrique Loedel Palumbo, que además de físico era poeta y para quien la ciencia constituía el ideal estético; Romero Brest, agudo crítico de arte y filósofo de la estética; José Speroni, bohemio genial y pintor de excelencia, la cúpula del Teatro Argentino y Museo de ciencias Naturales exhibían algunas de sus obras; Gabriel del Mazo, principista combativo, uno de los líderes de la Reforma Universitaria de 1918; Enrique Arau, juez celoso de la ética; Roberto Martínez Solimán, abogado inquieto y curioso, viajero infatigable; Carlos Sánchez Viamonte, destacado constitucionalista; Fernando Lizarán, que desde el Observatorio Astronómico enseñaba el mapa del cielo; José Gabriel, profesor español de Literatura, republicano jugado por la libertad; Carlos Heras, historiador; y tantos otros que transmitieron a varias generaciones el respeto por los derechos humanos, la fe en la justicia, el rechazo a la discriminación y el amor por la libertad.

Por entonces gobernaban el país los conservadores de la “Década Infame”; mientras en España se desarrollaba la Guerra Civil, que suscitaba toda clase de comentarios entre los alumnos. Recordaba César cuántas discusiones generaron en 1937 el bombardeo de Guernica por la aviación alemana; las batallas de Teruel y del Ebro; así como la muerte de Durruti. Dos años después se inició la Segunda Guerra Mundial, tras el fracaso de la política de apaciguamiento anglo-francés hacia Alemania.

César obtuvo el título de bachiller con calificación de sobresaliente en 1940. Por entonces el presidente Ortiz, por razones de salud, delegó el mando en el vicepresidente Dr. Castillo.

Las informaciones periodísticas daban cuenta del avance arrollador de las fuerzas alemanas que el 14 de junio tomaron París; y en tanto el mariscal Pétain firmaba el armisticio, el general De Gaulle llamaba a la resistencia popular contra el invasor. En agosto se iniciaron los ataques aéreos contra Inglaterra; fue asesinado Trotsky en México, y reelecto en EE.UU. el presidente Roosevelt.

Al terminar el secundario, César optó por la carrera de medicina porque siempre sintió atracción por los fenómenos vitales. Pronto se encontró examinando piezas anatómicas y la intimidad de los tejidos a través del microscopio. Le apasionaban la fisiología y el desafío diagnóstico. Realizó el practicantado en el Hospital Policlínico, en el servicio del profesor Rodolfo Rossi y ya médico, fue ayudante de cátedra del profesor Egidio Mazzei. Finalmente, en el año 1951 ingresó al Hospital de Niños de La Plata, en carácter de médico concurrente.



Fue allí que el nieto de los inmigrantes italianos, el doctor César, conoció a Antonia de los Ángeles, la monja italiana inmigrante que por entonces ya era Superiora del Hospital y se llamaba Sor María Ludovica. Era una mujer mayor, de baja estatura, regordeta. Su cara, como tallada en bruto, estaba surcada por arrugas y sus ojos vivaces escudriñaban por encima de los lentes; pero la expresión de sus facciones irradiaba bondad. Estaba siempre activa, poseían una capacidad de trabajo increíble.

Corría el año 1952 y Perón accedió a un nuevo período presidencial. El agravamiento de la situación económica lo obligó a virar hacia el desarrollismo y en consecuencia las empresas transnacionales comenzaron a asumir el control de los sectores industriales. El 26 de julio murió Eva Duarte. El entierro trasuntó la tristeza de la masa popular, que la quiso entrañablemente.

El 12 de agosto nació Julio, el primer hijo de Elena y César, fue inenarrable la alegría de los padres.

En abril del 53 se produjo un atentado con bombas en Plaza de Mayo cuyo destinatario era Perón. En represalia, grupos de la derecha peronista incendiaron la Casa del Pueblo, la sede radical, el local del Partido Demócrata y el edificio del Jockey Club; sucesos que conmovieron a la opinión pública del país.

Por entonces en los EE.UU. asumía la presidencia Dwight Eisenhower; en Corea, luego de tres años de guerra se firmaba el armisticio de Panmunjom; en Cuba los guerrilleros asaltaban el cuartel Moncada; en la URSS moría Stalin, sucediéndole Kruschev. Al año siguiente se producía la derrota francesa en Vietnam. En tanto en América se iniciaba la era de los dictadores.

El ejercicio profesional puso al Dr. César en contacto con situaciones de injusticia derivadas de la desigualdad social imperante. Entendió que era indispensable la instalación de un sistema de seguridad social o por lo menos un seguro de salud que protegiera por igual a toda la población. Dado que nada podía hacer para lograrlo, tomó la decisión de participar en política médica o incorporarse a la actividad gremial para desde allí, impulsar sus ideas.

En 1955 se puso en evidencia la inestabilidad política, el gobierno de Perón derivaba hacia el caos por los enfrentamientos civiles y el conflicto entre el peronismo y la Iglesia.

El mediodía del 16 de junio, el Dr. César, cumplida su tarea hospitalaria se retiró atravesando el Parque Saavedra. En ese momento escuchó un intenso ruido de motores de máquinas aéreas. Era un día diáfano, de modo que al alzar la vista alcanzó a distinguir una escuadrilla de aviones cruzando el cielo en dirección al norte. Pensó que se trataría de un ejercicio militar de rutina y continuó su camino pensando en los casos graves que le había

tocado asistir esa mañana. Al llegar a su domicilio, las emisoras radiales daban cuenta que aviones navales habían bombardeado la Casa Rosada y la Plaza de Mayo causando pánico en la zona y provocando la muerte de muchos civiles. Al atardecer se supo que tanques leales al gobierno habían rendido el Ministerio de Marina, donde se hallaban los rebeldes; en tanto que grupos nacionalistas y de la CGT adictos al gobierno, a modo de represalia habían incendiado varias iglesias.

Si bien el intento de golpe fracasó, el gobierno quedó debilitado y el 16 de septiembre estalló en Córdoba un movimiento liderado por el general Eduardo Lonardi, que contó con el apoyo de fuerzas navales al mando del Contralmirante Isaac Rojas.

El día 19 Perón ofreció la renuncia a una junta militar que fue desconocida por los golpistas. Finalmente, Lonardi y Rojas asumieron el gobierno, en tanto Perón fugó a Asunción a bordo de una cañonera paraguaya. En noviembre Lonardi renunció siendo reemplazado por el general Aramburu, quien desencadenó una ofensiva para eliminar al peronismo de la escena política. Intervino la CGT, desarticuló el movimiento obrero, dispuso el retiro de más de mil oficiales adictos a Perón; disolvió el partido peronista y también la Confederación económica. Además, instaló comisiones investigadoras y prohibió el uso del nombre de Perón.

El gobierno de Aramburu adoptó el plan económico de Prebisch, neoliberal y monetarista y suscribió los acuerdos de Bretton Woods. Los intereses agropecuarios recuperaron sus privilegios; el IAPI fue liquidado y el peso devaluado un 130%.

Paralelamente se desarrolló un movimiento de resistencia peronista liderado por John W. Cooke, delegado por Perón, que fomentó huelgas, sabotajes e insurrecciones. Pero cuando el general Valle encabezó una rebelión, fue fusilado junto con 37 civiles y militares. Este grave episodio, que se sumó al bombardeo de Plaza de Mayo, provocaría en el futuro dolorosas consecuencias pues, a partir de estos hechos sobrevino una lucha del peronismo y la izquierda contra el régimen militar.

¿Qué sucedía por entonces en el mundo? En Nicaragua era asesinado el dictador Somoza; tropas británicas ocupaban Port Said; estallaba la segunda guerra árabe-israelí; Kruschchev denunciaba los abusos del estalinismo, en tanto que tanques soviéticos aplastaban la sublevación húngara y Castro y un grupo de guerrilleros desembarcaban en Cuba.

En 1957 ocurrieron dos hechos que la población ignoró; el cadáver de Eva Perón fue trasladado a Italia y sepultado en un cementerio cercano a Milán y

se iniciaron en el ejército los estudios de guerra contrarrevolucionaria. Nadie imaginó entonces la magnitud de la represión que sobrevendría en el país.

Ese año se abrieron los concursos de la carrera Médico Hospitalaria y el Dr. César pudo ingresar como médico estable. En los descansos de la tarea hospitalaria, en torno a una taza de café, surgían los comentarios políticos referidos a la alianza de Perón con el frondizismo lograda por Rogelio Frigerio, que aseguraría el triunfo de la fórmula Frondizi-Gómez en 1958; y se conversaba sobre los sucesos internacionales, como la caída del dictador venezolano Pérez Jiménez, la llegada de Juan XXIII al papado y la fundación de la Quinta República por De Gaulle.

Electo presidente, Frondizi puso en marcha un plan de austeridad para estabilizar la economía y un proyecto de promoción industrial. Firmó acuerdos con las empresas petroleras y devaluó el peso en 130%. Como consecuencia, los precios se elevaron y aumentó el costo de vida y se acrecentó el déficit fiscal. El descontento que provocó la crisis económica reavivó la resistencia peronista, obligando al presidente a aplicar un plan represivo denominado "Conintes".

Durante ese tiempo la actividad del Dr. César se diversificó entre el trabajo hospitalario, la cátedra, la concurrencia a congresos, la publicación de trabajos y las tareas gremiales. Pero también le apasionaba la historia política, que abordaba en los momentos libres; por ello le interesó la experiencia de la revolución cubana, suceso que movilizó a buena parte de la juventud latinoamericana, marcándole rumbos. Desgraciadamente esta circunstancia contribuyó a alertar a todos los servicios de inteligencia militar de América.

La situación política en el país se tornó inestable; Frondizi soportó treinta planteos militares y además la oposición de Perón. Finalmente fue depuesto por el general Poggi. Guido, el sucesor, presidió un gobierno débil que duró menos de un año.



# LA JUVENTUD EN LA VORÁGINE

---



---

Durante la década del sesenta, sobrevinieron en el mundo cambios fundamentales. La juventud pasó a ser protagonista y cuestionó el orden establecido, la preminencia de los intereses económicos y los factores de poder político. Influyeron en los jóvenes los sucesos internacionales tales como: el triunfo de la revolución cubana, la intervención de los Estados Unidos en Vietnam, la muerte del líder pacifista Martin Luther King, el pronunciamiento de los estudiantes de Praga y los sucesos de mayo del 68 en Francia.

En América Latina, la juventud se manifestó contra la presión de los intereses de Estados Unidos en la región; se sintió alentada por el avance sandinista en Nicaragua, el ejemplo de Salvador Allende en Chile, la figura del Che Guevara, el accionar de los Tupamaros en Uruguay, la Conferencia Tricontinental de La Habana y la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad.

A fines de la década del 60, en medio de la vorágine política e ideológica y de la inestabilidad social en el país, buena parte de la juventud argentina de estudiantes y obreros, cerradas las posibilidades de participación en la construcción de una sociedad que estuviera a la altura de sus ideales y de su generosidad, se comprometieron con las necesidades populares y se obligaron a luchar por la independencia política y económica, por la justicia social, contra la explotación y las proscripciones. En síntesis, por el imperio de la libertad y de la justicia, sin tener en cuenta los riesgos que ello implicaba.

Los medios a que apelaron no estaban en los cálculos de una juventud presurosa. Montaron organizaciones pro-peronistas y marxistas o simplemente progresistas, que contaron con muchos adherentes y crearon un vasto aparato de superficie que se insertó en villas, organizaciones estudiantiles, barriales, sindicales y en establecimientos industriales; combinando la resistencia

armada con las movilizaciones callejeras. Convencidos de la justicia de su causa, no trepidaron en enfrentar como pudieron, el enorme aparato militar y policial de la dictadura. Enfrentaron además a la denominada “Patria Metalúrgica”, representativa de la burocracia sindical oficialista y a grupos de extrema derecha, como la “CNU” y la “Triple A”.

Los jóvenes militantes ignoraban por entonces, que en la Escuela de Guerra del Ejército, se estudiaban planes represivos inspirados en la “Doctrina de la Seguridad Nacional”, desarrollada por los Estados Unidos, que luego del triunfo de la revolución cubana y temiendo que América Latina se contagiara, establecieron un plan de ayuda, mediante préstamos y créditos a los países en riesgo, a través de la llamada “Alianza para el Progreso” y la doctrina citada, presentada en 1960 en la conferencia de ejércitos americanos.

Por entonces los acontecimientos mundiales señalaban la suerte del Che Guevara, la derrota árabe ante Israel durante la Guerra de los Seis Días, y el ascenso de Nixon a la presidencia de los Estados Unidos.

Eran días de un devenir político intenso, la gente devoraba las crónicas; se discutía en todos los niveles y los temas se comentaban hasta en los hospitales. Pese a ello el Dr. César y sus colegas del Hospital de Niños enfrentaban una tarea ímproba por las condiciones sociales de la época, y no contaban con tiempo suficiente para examinar tantos problemas.

Por entonces, las fuerzas armadas se dividieron en dos bandos, los “Colorados o Gorilas”, que consideraban al peronismo la antesala del marxismo y pretendían eliminarlo, y los “Azules”, liderados por el general Juan C. Onganía, que estimaba que el peronismo constituía un freno para el marxismo y por lo tanto era útil. A fines de 1962 y en abril de 1963, se produjeron enfrentamientos armados entre los dos bandos, imponiéndose Onganía.

Los comandantes militares terminaron por derrocar al presidente Frondizi, y luego de un breve período ejercido por el Dr. Guido, quien llamó a elecciones en mayo del 63, asumió la presidencia el Dr. Arturo Illia. El nuevo mandatario trató de sanear la economía lanzando un plan de desarrollo; congeló vacantes y tarifas; fijó precios máximos a los productos de primera necesidad y estableció un impuesto global sobre el total de los ingresos.

Durante el año 64 tuvo lugar en West Point la V Conferencia de Ejércitos Americanos, con el objeto de prevenir la subversión castrista. En Brasil fue derrocado Goulart y asumió el dictador Castelo Branco; en Bolivia Paz Estensoro fue desplazado por Barrientos; Duvalier se proclamó presidente de Haití y EE UU aumentó su intervención en Vietnam.

La política nacional se complicó, Arturo Illia, carente de poder político, fue enfrentado por los empresarios, los petroleros, la industria química, la



Sociedad Rural, la GGT, el Partido Peronista, el desarrollismo, los militares de ambos bandos y parte del periodismo.

En 1965 se produjeron importantes acontecimientos mundiales, fuerzas de EE.UU. invadieron la República Dominicana; se inició la guerra de Vietnam y estalló el conflicto entre India y Pakistán.

Con el pretexto de un vacío de poder, el 28 de junio del 66, Illia fue derrocado por la Junta Militar, que designó presidente de facto al general Juan C. Onganía, autoritario nacionalista católico, que al igual que todos los dictadores, disolvió el Congreso, instaló un Consejo de Seguridad, intervino las universidades reprimiendo a profesores y estudiantes en la denominada “Noche de los bastones largos”, que provocó el éxodo de tres mil profesores e investigadores.

El Dr. César, que cursaba el segundo año de la carrera docente, renunció a ella en solidaridad con el profesor de la cátedra de Pediatría, que fue despedido.

El país soportaba la política económica liberal impuesta por Krieger Vasena, quien dispuso la devaluación del peso en un 40% y estableció un mercado cambiario libre que favoreció a los monopolios industriales y financieros asociados al capital transnacional. La corrupción se acrecentó, miles de jefes y oficiales ocuparon cargos públicos. Los trabajadores pagaron el precio de los acuerdos entre la burocracia sindical y los militares.

En 1966, Julio, el hijo mayor del Dr. César había cumplido 14 años y cursaba los estudios secundarios, en tanto que el menor Ricardo, de sólo 10 años, cursaba el cuarto grado de la Escuela Joaquín V. González, con excelentes calificaciones. Por supuesto que Elena sabía conducirlos y educarlos.

En 1967, el Dr. César fue electo secretario de la Agronomía Médica de La Plata. Los médicos jóvenes atravesaban por una difícil situación, no tenían acceso a los hospitales privados ni a las obras sociales, que contaban con sus propios planteles; de modo que tuvo que ocuparse de dos importantes asuntos: la vigencia de una carrera médica hospitalaria y del estudio de los anteproyectos de seguro de salud.

El 29 de mayo de 1969, se produjo un episodio de trascendencia nacional, el denominado “Cordobazo”; ocasión en la que estudiantes y obreros se manifestaron contra la política de la dictadura de Onganía, en los aspectos económico, social y educativo. Los manifestantes ocuparon el centro de la ciudad de Córdoba, resistiendo el accionar policial y militar durante dos semanas. El choque produjo treinta muertos y alrededor de 500 heridos; y como consecuencia el gobierno declaró el estado de sitio y la intervención a la provincia de Córdoba.

El 1 de junio de 1970, día del ejército, fue asesinado el general Aramburu. La muerte fue atribuida al grupo Montoneros, aunque surgieron dudas acerca de si sólo asumieron el rédito político y en su muerte intervinieron elementos paragubernamentales.

El aislamiento de Onganía, el “Cordobazo” y el asesinato del general Aramburu, determinaron que la Junta Militar lo destituyera, designando en su lugar al general Levingston, nacionalista, miembro del sector “Azul” del Ejército, quien se apoyó en la llamada “Generación intermedia”. A través de su ministro de economía, Aldo Ferrer, desarrolló una política liberal menos dura, se apoyó en el empresariado nacional y negoció con la CGT. Buscó la salida política para poner fin a la violencia, estimando que en un plazo de cinco años estarían dadas las condiciones para democratizar el país. Su plan no se cumplió y se acrecentó la inflación.

# **ASOMA LA VIOLENCIA**

---



---

A partir de 1970 se generalizó la violencia como instrumento de lucha política y marcó el comienzo de la resistencia armada por parte de las organizaciones FAP, FAR, MONTONEROS Y ERP.

En octubre de ese año, el Dr. César viajó a Bolivia para participar de un Congreso de Medicina Social. Por entonces gobernaba el general Torres, militar progresista que había nacionalizado el petróleo; por ello los empresarios petroleros de todo el mundo le declararon el boicot. El petróleo boliviano sólo era comprado por una compañía europea que lo pagaba a mitad de precio.

En Bolivia, el Dr. César pudo empaparse de la realidad latinoamericana, que no difería mucho de la que padecían algunas provincias del norte argentino, en lo referente a pobreza, alimentación, vivienda, agua potable y mortalidad infantil. Todo ello contrastaba con el lujo de la recepción ofrecida por el embajador argentino en su residencia y la mesa del banquete iluminada por candelabros. En ese momento pensó en la lucha de los marginados de Sudamérica y la razón que asistía a sus hijos cuando tenía ocasión de conversar con ellos acerca de los problemas sociales y lo justo de su rebeldía.

Entre tanto en Argentina, los partidos políticos buscaron una salida que Perón patrocinó a través de su delegado Daniel Paladino, quien con el político radical Arturo Mor Roig, suscribieron las bases de una solución política, en un documento titulado La Hora del Pueblo, que daba por finalizadas las proscripciones políticas y buscaba una salida a las urgencias sociales.

Levingston no supo balancear las negociaciones políticas, tampoco pudo detener la inflación ni la violencia; por estas razones la Junta Militar lo reemplazó por el general Lanusse.

El nuevo Presidente de facto levantó la prohibición de actividades políticas y se comprometió a llamar a elecciones en 1973, siempre que se lograra consenso a través de un “Gran Acuerdo Nacional” que incluyera la condena de la subversión y la elaboración de un plan de transición.

Perón, si bien aceptó el plan, prosiguió la ofensiva contra el régimen, organizando el “Frente Cívico de Liberación Nacional”. Manejó un doble discurso, mientras prometía a la juventud una revolución a la cubana, mantenía organizaciones fascistas como Guardia de Hierro, a cargo de López Rega y Milo Bogetich y por intermedio de Osinde y Licastro, mantenía contactos con el ejército. La dilatada proscripción del peronismo idealizó la figura de Perón, su residencia en Madrid constituyó la “Meca” de políticos, empresarios e intelectuales.

Lanusse retornó a la ortodoxia económica liberal, creando el mercado financiero; pero se produjeron nuevas devaluaciones, aumentó la inflación y por ende el costo de vida, con la consiguiente recesión. En consecuencia, surgieron protestas y se intensificaron las acciones de la resistencia urbana.

Durante 1971, fue el ERP la organización más activa, ejecutando más de 500 acciones directas, pero luego de un año de organizada, la mitad de su conducción fue detenida o muerta. FAR y Montoneros continuaron sus actividades; en tanto que la Juventud Peronista Regionales, realizó campañas por la vuelta de Perón, reclamando además elecciones libres.

Cintas grabadas vendieron a la juventud la imagen de un Perón revolucionario, que prometía el trasvasamiento generacional. Esta no era la realidad, Perón utilizó a la juventud como arma política; en tanto que las organizaciones estructuraron una política propia, radicalizada, que excedió a su líder y sólo por conveniencia los jóvenes peronistas no abandonaron el movimiento.

Lanusse dictó “normas antsubversivas” y puso en marcha a los “Tribunales Especiales” para juzgar a quienes violaban esas normas. El ejército inició una represión secreta para eliminar a los dirigentes de izquierda y varios fueron asesinados. La violencia continuó en 1972 con enfrentamientos de grupos de la resistencia y los cuadros represores del aparato parapolicial, que apeló a la delación, el secuestro y el asesinato.

El 15 de agosto se fugaron del penal de Rawson 25 prisioneros políticos, quienes coparon el aeropuerto de Trelew; seis de ellos lograron llegar en avión a Chile, los restantes fueron detenidos y una semana después fueron acribillados a balazos en la base Almirante Zar, muriendo 13 de ellos. Esta masacre unificó a la izquierda revolucionaria y fue repudiada por dirigentes políticos y la CGT, que convocó a un paro.

Lanusse, que confrontó permanentemente con Perón, no creyó en su anunciado regreso, pero mediante la Ley de Residencia se aseguró que no sería candidato. Personalmente apostaba a la candidatura del Dr. Balbín para las elecciones del 73.

Nunca el Dr. César estuvo tan ocupado en las tareas profesionales. Había escrito un libro sobre colagenopatías y preparaba otro sobre Inmunología infantil. Logró sucesivamente, a través de concursos acceder a la jefatura de una sala, posteriormente fue jefe de Servicio de Clínica Pediátrica y finalmente llegó a ser jefe del Departamento Clínica del Hospital de Niños; sin abandonar las tareas gremiales como secretario de la Agrupación Médica.

Los hijos de Elena y César, ya adolescentes, no podían ser ajenos a los ideales éticos y reivindicatorios, que movilizaron a la juventud esclarecida de entonces a radicalizarse y comenzar a militar en agrupaciones progresistas que desarrollaban una resistencia semi-clandestina contra el sistema político imperante. La pasión política de Julio lo condujo, a mediados de la década, a comulgar con la defensa de los intereses gremiales de las organizaciones obreras de Villa Constitución, sin abandonar por ello los estudios de medicina e inglés. Por su parte, Ricardo participó en los movimientos progresistas de la política universitaria, opositores al sistema vigente, continuando con sus estudios en la Facultad de Ciencias Naturales.

En la familia todos estaban tan ocupados que pocas veces se reunían en la mesa familiar. César lamentaría más tarde no haber tenido más contacto con sus hijos. El delicado hilo de unión estaba dado por la inteligencia, la bondad y la comprensión de Elena, que a todos contenía, sin ninguna queja ni reproche.

Los domingos almorzaban juntos en un restaurante de la ciudad y ese momento era el que más disfrutaban y del que tendrían los mejores recuerdos.





# **VOLUNTAD Y TENACIDAD**

---



---

El nacimiento de Julio, el 12 de agosto de 1952, no por esperado, constituyó un acontecimiento que cambió la vida de los padres. Para Elena era el gran logro de su vida. Y César, al tomarlo en los brazos, asumió de golpe la responsabilidad que significaba el nuevo ser y se sintió más unido a su pareja.

Julio, como su padre, cursó los estudios primarios en la escuela Joaquín V. González y los secundarios en el Colegio Nacional, ambos dependientes de la Universidad Nacional de La Plata. Posteriormente ingresó, siguiendo su vocación, a la Facultad de Ciencias Médicas. Aplicado, de gran tenacidad, cuando le interesaba un tema lo agotaba en profundidad. Le preocupaba la información especialmente referida a temas sociales y políticos y por tal motivo era gran lector, circunstancia que le confería mayor seguridad. Era circunspecto, pero en ocasiones mantenía largas conversaciones con César, quien le transmitía las experiencias relacionadas con temas de su interés. Pero además era un aventajado estudiante de inglés y de música, además de practicar su deporte favorito, el rugby.

Sano de cuerpo y alma, gratificó a sus padres por su calidad humana y por brindarles toda clase de satisfacciones a través de las actividades que realizaba. Precisamente, por su humanismo, su sentido de solidaridad y el concepto de la justicia, unido al amor a la libertad que le inocularon sus padres, no podría apartarse de la problemática de su tiempo, circunstancia que lo condujo a defender la dignidad humana, y como tantos otros jóvenes de su generación, dio de sí todo en apoyo de sus ideales.

A la edad de 19 años era un chico tranquilo, que gozaba integrando una banda musical que había formado con algunos amigos. Era la época de esplendor de *Los Beatles*, de los *Rolling Stones*, de los *Jethro Tull* y de tantos otros, cuya música interpretaban. Y viene al caso una anécdota jocosa; el

conjunto acostumbraba a ensayar en casa de Elena y César, lindante con la iglesia católica San Roque, al atardecer, justo el momento en el que tenía lugar la misa vespertina. La intensidad del sonido que conferían a los instrumentos, especialmente de percusión y los amplificadores, traspasaba la pared medianera. Esto dio lugar a que el cura párroco solicitara al Dr. César que bajaran el tono porque los fieles concurrentes a la iglesia, en lugar de prestar atención a la misa, acompañaban con los pies el ritmo de la banda.

Una circunstancia desgraciada cambiaría el rumbo de la vida de Julio, al cumplirse el segundo aniversario del “Cordobazo”, la insurrección obrero estudiantil del 69 contra la dictadura del general Onganía. Gran cantidad de jóvenes universitarios y miembros de partidos políticos progresistas, participaron de un acto recordatorio realizado en una plaza de la ciudad de La Plata. Para la policía de Lanusse se trataba de un acto subversivo, de modo que al finalizar el acto, como táctica intimidatoria, fueron apresados al azar algunos estudiantes, entre los que se encontraba Julio, y remitidos a la seccional policial correspondiente. Esto no hubiera sido más que un simple procedimiento de amedrentamiento que no hubiera significado más que un par de días de detención, ya que no habían cometido delito alguno; pero el comisario, un conocido fascista, optó por remitirlos para su juzgamiento al “Tribunal Especial” creado por la dictadura de Lanusse para juzgar actos subversivos. Un organismo que no ofrecía garantía alguna de justicia, pues los abogados defensores no podían hacer uso de la palabra, sólo podían estar presentes. Todo este trámite duró más de una semana y fue para Julio una situación humillante, al ser conducido a Buenos Aires en un carro celular, esposado y custodiado por patrulleros, como si se tratara de un criminal. Finalmente le tocó hacer su propia defensa y lo hizo de forma brillante, siendo liberado por la noche.

Este procedimiento injusto, produjo en Julio tal impacto que lo llevó a alinearse con quienes luchaban contra la injusticia reinante, adhiriendo a un movimiento de obreros independientes de tendencia socialista, donde inició su militancia.

El 17 de noviembre de 1972, Perón concretó su visita al país luego de 17 años de exilio; tenía 77 años y no gozaba de buena salud. Miles de soldados rodearon el aeródromo de Ezeiza para contener a la multitud que lo aguardaba. Se alojó en Vicente López, por donde desfilaron cien mil miembros de la Juventud Peronista. Al día siguiente se reunió con políticos de todos los partidos, encuentro que se repitió en el restaurante Nino, donde se propició la unidad nacional y se creó el FREJULI. Héctor J. Cámpora fue designado candidato a presidente. Por su parte, los radicales designaron candidato a Balbín.

Perón, luego de una estadía de 27 días, regresó a España. Quedaba plantado el dilema: Lanusse o Perón.

En las elecciones del 11 de marzo de 1973, resultó electo presidente el Dr. Cámpora. El resultado significó un rechazo al gobierno militar y el aval de las consignas de la juventud. Los Montoneros obtuvieron ocho diputados y cincuenta puestos en gobiernos provinciales. Durante ese año continuaron las acciones de las organizaciones de la resistencia, pero desistieron de atacar al nuevo gobierno. El acto de toma de posesión de Cámpora congregó a un millón de personas. El presidente rindió tributo a la juventud y se pronunció por la tercera posición en materia de política internacional.

Las juventudes peronistas y guevaristas pugnaron por liberar a los presos políticos de la cárcel de Villa Devoto. Julio participó de esa manifestación. Rápidamente el parlamento votó una amplia Ley de Amnistía para delitos políticos, que permitió la excarcelación. El gobierno de Cámpora disolvió la Cámara Federal y derogó la legislación represiva de Lanusse y el fuero antisubversivo. El ministro Righi desmanteló la "Sección Política" de la Policía Federal. La militancia peronista decretó una tregua y se volcó al adoctrinamiento barrial. El período presidencial estuvo signado por la lucha que mantuvieron la izquierda peronista, que pretendía transformaciones radicales, y la derecha peronista representada por la CGT, la Juventud Sindical y el Comando de Organización, sólo interesados en los beneficios del poder.

El 13 de julio de 1973, tras sólo 49 días de permanencia en el poder, renunciaron el presidente Cámpora y el vicepresidente Solano Lima. En su reemplazo se hizo cargo el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri, yerno de López Rega y eminencia gris de la nueva dirigencia. Con él se concretó el golpe de la derecha política y en materia económica la apertura de fronteras al capital transnacional, que conduciría a corto plazo, al control económico del país.

La juventud universitaria manifestó su desagrado durante una manifestación de la que participaron 30.000 jóvenes, entre los que se hallaba Ricardo, que expresaba la necesidad de romper el cerco tendido alrededor del líder por la llamada "Patria Metalúrgica". Lo cierto es que a Perón nadie lo cercaba, utilizaba a los sindicalistas de derecha para contener a la juventud radicalizada, que aún creía en la posibilidad de inclinarlo a su favor.

El 4 de agosto de 1973, la Convención Peronista, con exclusión de la Juventud, eligió la fórmula presidencial integrada por Juan Domingo Perón e Isabel Martínez de Perón, y pese a haber sido marginados, el 31 de agosto 150.000 jóvenes de la denominada "Tendencia Revolucionaria", concurrieron a la marcha organizada por la CGT en apoyo de la candidatura.

Perón regresó al país el 12 de octubre de 1973, luego de 18 años de su derrocamiento, con el beneplácito de los Estados Unidos, decidido a desmontar la resistencia con el apoyo de las fuerzas de derecha y someter a las “Formaciones Especiales” a la verticalidad del movimiento. Ya no le interesaban los cambios sociales, ni el trasvasamiento generacional. No era tarea fácil porque los jóvenes que él había alentado desde el exilio tenían sus propias expectativas, que contemplaban la construcción de un nuevo país con independencia económica y justicia social. Algunos pensaban que el peronismo debía ser la base de una sociedad marxista y otros, como el ERP, adherían a un proyecto revolucionario con derrocamiento del gobierno.

El 23 de septiembre de 1973 se impuso la fórmula Perón-Isabel Perón. Al día siguiente el movimiento de resistencia ERP fue declarado ilegal y el Consejo Superior Peronista declaró la guerra a los “subversivos marxistas”. Ese mismo día entró en acción una organización parapolicial derechista denominada “Triple A”, dirigida por el comisario Villar que tenía a sus órdenes 200 matones.

En un discurso que pronunció el 1º de mayo del 74, Perón atacó a las juventudes de izquierda presentes en la Plaza de Mayo. Les llamó imberbes y estúpidos, acusando a los Montoneros de infiltrados en el movimiento peronista. En respuesta, la militancia se retiró de la plaza; quienes habían dado la vida por Perón, le dieron la espalda.

Julio contrajo matrimonio con Graciela, aventajada estudiante de Bellas Artes, el 22 de marzo de 1976 en una sencilla ceremonia realizada en el Registro Civil de La Plata; luego de un almuerzo familiar la pareja se trasladó a la Capital, donde fijaron su residencia. No podían permanecer en La Plata, pues por su militancia habían sido amenazados de muerte por la “Triple A”.

Vivieron en un departamento de la calle Granaderos hasta que fueron apresados por uno de los grupos de tarea organizados por la represión militar, en un operativo relatado al comenzar esta historia.

El 9 de diciembre de 1955 nació Graciela en la ciudad de La Plata, cuando hacía menos de tres meses que se había producido el golpe militar denominado

# IDEALES COMPARTIDOS

---





---

“Revolución Libertadora” y gobernaba el general Eugenio Aramburu, que desplazó al general Lonardi, jefe del levantamiento. El padre, socialista, poseía una importante librería en la ciudad a la que concurrían muchos jóvenes estudiantes secundarios y universitarios, que se sentían atraídos por sus ideas progresistas. El local constituía un centro de encuentro y diálogo donde se exponían los ideales más utópicos. Allí se gestaban comunicados e impresos partidistas destinados a universitarios. Precisamente Julio participaba de esos encuentros, allí tomó contacto con las ideas socialistas. La madre de Graciela, abogada, también profesaba las mismas ideas. Su único hermano era aún muy chico para interesarse por los problemas políticos.

Con esos antecedentes familiares, Graciela pronto se acercó a los grupos estudiantiles del Colegio Nacional que desarrollaban lecturas políticas. Allí trabó una relación muy estrecha con Julio y ambos compartieron la militancia universitaria. Pero no por ello dejó de desarrollar la pasión por la pintura y el gusto por la poesía. Escribía versos llenos de melancolía.

Poseía una belleza diáfana en la que se destacaban los ojos celestes y los cabellos rubios y estaba dotada de una gran dulzura. Sus amigas decían que cantaba como una calandria. Había formado parte del coro de niños del Teatro Argentino de La Plata y del coro del Colegio Nacional. Ejercitaba ese don cuando en las vacaciones se reunía con sus compañeros alrededor de los fogones que celebraban en las playas de Valeria del Mar.

Se casó con Julio, a quien amaba entrañablemente, compartiendo con él ideas e ideales, un día de marzo de 1976. Tenía sólo veinte años cuando firmó el acta de casamiento en el Registro Civil de La Plata, ciudad donde vivieron, estudiaron y continuaron militando en política universitaria. Ella

con su dibujo y pintura y él en la carrera de medicina. En los ratos de esparcimiento afluía en ellos la afición por la música.

Jamás imaginaron la gravedad de los sucesos políticos que sobrevendría en el país. Dos días después del casamiento se produjo el golpe militar de Videla, Massera y Agosti. El denominado “Proceso de Reorganización Nacional” que impusieron, constituyó una sangrienta dictadura de corte fascista, que persiguió y eliminó a miles de opositores políticos, apoyándose en la “Doctrina de la Seguridad Nacional”, importada de Francia y de los Estados Unidos, que tuvo por finalidad combatir al marxismo e imponer un sistema económico de libre mercado que favoreció a las grandes empresas multinacionales.

Frente a la amenaza del grupo “CNU”, de extrema derecha, se vieron obligados a abandonar la ciudad para instalarse en la Capital Federal, en un departamento situado en la calle Granaderos, en el barrio de Flores. Graciela se empleó en una librería y Julio se dedicó a continuar sus estudios sin abandonar la militancia.

La madrugada del 19 de octubre del 76, cuando descansaban, los despertó el ruido de pasos provenientes del pasillo que comunicaba los departamentos. Graciela encendió el velador y en ese momento escucharon fuertes golpes en la puerta y que alguien, a gritos, exigía que le abrieran la puerta. Imaginando de qué se trataba, ambos saltaron a la cama y rápidamente salieron a un pequeño patio desde donde Graciela, con ayuda de una silla, alcanzó el techo de la casa vecina. Cuando Julio se disponía a seguirla, sonaron disparos de armas de fuego y varios hombres encapuchados, que habían destrozado la puerta del departamento mediante disparos desde el interior de la habitación, y al advertir el intento de fuga de Julio, le tiraron a las piernas, hiriéndolo en un muslo. Graciela, que podía haber escapado, volvió al advertir que Julio, a quien tanto quería, no podía seguirla. Ambos fueron rápidamente reducidos, golpeados y encapuchados. Finalmente los arrastraron por el pasillo hasta la calle Granaderos y los introdujeron por separado en los baúles de dos coches.

Antes de dejar el departamento, los miembros del grupo de tareas que realizó el secuestro no dejaron nada por revisar en el departamento de Graciela y Julio. Además, se incautaron de los elementos de valor, enseres y ropa, tirando en el suelo libros, carpetas, dibujos y pinturas. Finalmente, con un aerosol estamparon en la pared la leyenda: “Vivan las fuerzas conjuntas”.

Graciela ya no volvería a escribir sus tan bellos y tristes versos.

# **LAS VÍSPERAS DEL PROCESO**

---



---

El 29 de junio de 1974, por razones de salud, Juan Perón delegó el mando en su mujer Isabel Martínez, quien se hizo cargo de la presidencia pese a que no estaba políticamente capacitada para gobernar.

Pocos días después, el 1º de julio, murió Perón de un paro cardíaco. Había pedido no ser embalsamado, por lo que las ceremonias no fueron tan prolongadas como las de su mujer Eva Duarte. Luego de una misa en la Catedral, fue velado en el Congreso de la Nación. Una multitud emocionada se alineó para despedirlo en colas que ocupaban muchas cuadras, pese a la lluvia desatada. Finalmente, funcionarios, dignatarios y políticos se reunieron para escuchar las oraciones fúnebres; entre ellos se hallaba Ricardo Balbín.

La situación del país se tornó incierta, persistía la agitación política iniciada por la juventud en 1967 y la situación económica había empeorado por el crecimiento de la inflación, el déficit de la balanza comercial y la puja distributiva sectorial.

Tras una reunión de gabinete ampliada, fue designado titular del Ministerio de Bienestar Social, José López Rega. Personalidad muy extraña, ex policía, guardaespaldas de Isabel, valet y secretario personal de Perón en España, miembro de una secta religiosa esotérica creada por el espiritista brasileño Menotti Carnicelli; vinculado a la “Logia Dos”, organización internacional de ultraderecha presidida por Licio Gelli, maestro de la logia masónica italiana y traficante de armas. López Rega se convertiría en la eminencia gris del gobierno; dio apoyo a la derecha peronista y a la organización parapolicial de represión clandestina denominada “Triple A”, a cargo del comisario Villar.

Ministro de Economía fue nombrado Alfredo Gómez Morales, quien congeló los salarios y estableció el control de los precios. Además, designaron asesor económico de la embajada en Italia a Licio Gelli.

La violencia política se acentuó; quince días después de la muerte del líder, se produjeron los asesinatos del Dr. Mor Roig y del periodista David Kraiselburd, director del diario *El Día* de La Plata, atribuido a los Montoneros; aunque en el primer caso se llegó a comentar que actuaron los escuadrones de la “Triple A”.

El movimiento Montoneros, organización nacionalista radicalizada que constituyó la fuerza principal de las denominadas “Formaciones Especiales Peronistas” que enfrentaron a las dictaduras militares, llegó a convertirse en la más importante fuerza guerrillera urbana de Latinoamérica. El 6 de septiembre del 74, pasó a la clandestinidad.

El 1º de noviembre los Montoneros dieron muerte al comisario Villar, jefe de la organización criminal fascista “Triple A”. El día 7 del mismo mes, el gobierno decretó el estado de sitio y el 17 regresaron al país los restos de Eva Perón.

Entre tanto se producían en el mundo acontecimientos que concitaron la atención pública. En 1974 dimitió el presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, como consecuencia del espionaje contra el Partido Demócrata durante las elecciones presidenciales de 1972, conocido como el caso “Watergate”; asumiendo en su reemplazo Gerald Ford. En Francia fue electo Giscard D’Estaing. La denominada “Revolución de los Claveles” terminó con la dictadura de Marcelo Caetano en Portugal. En Etiopía una revolución marxista derrocó al Emperador Haile Selassie y el Mariscal Tito fue proclamado presidente vitalicio de Yugoslavia. Kramalis asumió como primer ministro de Grecia tras la terminación del régimen de los coroneles.

A partir de 1975, el deterioro de país se fue acentuando en todos los aspectos; la política económica se tornó incoherente, el aumento del valor dólar y de las tarifas públicas, con propósito redistributivo, provocó el comienzo de un proceso inflacionario grave, que oficialmente trataron de compensarlo mediante la recuperación salarial.

En enero, López Rega fue designado secretario de la Presidencia con rango de primer ministro y tuvo bajo su control las secretarías Técnicas, de Gobierno, Prensa y Difusión e Información (SIDE). Por su parte, los Montoneros crearon el Partido Peronista Auténtico.

Isabel Perón y López Rega prometieron a los militares terminar con la subversión, empleando la “Triple A”, organización que durante ese año asesinó a 597 disidentes políticos; en tanto que la resistencia efectuó numerosos atentados contra empresarios y gremialistas.

Finalmente, los militares lograron que Isabel firmara el Decreto Secreto N°261, que autorizó al Estado Mayor a ejecutar las operaciones militares

necesarias para neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actuaban en la Provincia de Tucumán. Ricardo Balbín, líder radical, acordó con ese decreto, no así su par Alfonsín, que se opuso a él.

En consecuencia, el 9 de febrero se inició el llamado “Operativo Independencia”, dirigido por el general Acdel Vilas, que tuvo por objetivo eliminar a la “Compañía del Monte”, integrada por alrededor de cien miembros del ERP. Contra ellos desplegó una fuerza militar de 4000 soldados. A este general le cupo el siniestro privilegio de inaugurar el primer centro clandestino de detención denominado la “Escuelita de Famaillá”, por el que pasaron 1500 detenidos, que en su mayoría desaparecieron.

Al deteriorarse la situación económica, el ministro Gómez Morales fue reemplazado por el ingeniero Celestino Rodrigo. El país se hallaba al borde de la moratoria, los vencimientos de intereses de la deuda externa equivalían a dos mil millones de dólares y el Banco Central contaba con sólo cien millones para afrontar las exigencias del FMI. Rodrigo dispuso una devaluación del 100% del valor del peso, shock que se denominó “el Rodrigazo” y que tendió a terminar con la sobrevaluación del peso, estimular las inversiones, mejorar los precios agrícolas, disminuir el déficit del presupuesto, mantener bajos los salarios y quebrar el poder sindical. La inflación llegó al 34,7%, el precio de los combustibles se elevó en un 175%, subieron las tarifas públicas en forma considerable y el ingreso de los asalariados sufrió una caída del 40%.

Los sindicalistas negociaron con las cámaras de empresarios correspondientes aumentos de un 100%, pero el gobierno se negó a homologar los convenios y fijó un techo de 50%. Esta política provocó la ruptura de los sindicatos con las autoridades y la CGT efectivizó una huelga de 48 horas. Las bases obreras superaron a los dirigentes y exigieron la renuncia del gabinete, la reunión de paritarias y la modificación de la política económica. Como consecuencia renunció el ministro de Trabajo, Otero, e Isabel Perón solicitó una tregua. El nuevo ministro, Condit, anunció la reanudación de las comisiones paritarias.

El 17 de julio renunció el ministro de Economía Rodrigo y fue designado en su reemplazo Bonnani, quien pronto sería sustituido por Antonio Cafiero y finalmente por Emilio Mondelli. Todos provocaron importantes devaluaciones que dieron lugar a una puja distributiva entre intereses financieros, industriales, de servicios y asalariados.

El cuestionamiento al poder por parte de los sectores populares no logró generar un proyecto alternativo, por el contrario, se organizó un nuevo bloque de poder constituido por la oligarquía diversificada hacia la industria y las empresas transnacionales.

Las organizaciones de la resistencia de la denominada “Tendencia Revolucionaria”, continuaron actuando en forma clandestina durante 1975. Sus diputados Zavala Rodríguez y Bettanin, se retiraron del Congreso a mediados de septiembre; en tanto que el Partido Comunista se pronunció contra la lucha armada y en pro de un gabinete cívico militar.

El ministro de Educación Ivanisevich y el rector de la Universidad de Buenos Aires Alberto Ottalagano emprendieron la “purificación” de las universidades, quince de ellas fueron intervenidas y despidieron a 4000 catedráticos. Mil seiscientos estudiantes fueron encarcelados. La resistencia de los trabajadores de la educación y de los estudiantes forzaron la renuncia del rector.

El 22 de agosto un grupo de la resistencia provocó la voladura de la fragata Santísima Trinidad. Seis días después Isabel Perón designó comandante en jefe del Ejército al general Jorge Rafael Videla. Desde entonces comenzaron las reuniones de jefes y oficiales, quienes acordaron efectivizar un golpe de Estado en un plazo de seis meses; entretanto elaboraban la “Doctrina Argentina de Seguridad”, la estructura de poder, el mecanismo de decisiones y las políticas a seguir para imponer su sello al país por muchas generaciones. Solicitaron a Martínez de Hoz el estudio de un plan económico y formaron los equipos de compatibilización interfuerzas.

El día que asumió Videla se produjo en Tucumán un atentado contra un avión que conducía gendarmes destinados a reprimir a los mineros de Sierra Grande que se mantenían en huelga.

A principios de septiembre, la presidenta delegó el mando en el Dr. Italo Luder y se retiró a Córdoba a descansar. Se hallaba bajo el control del almirante Massera, quien acariciaba su propio proyecto tendiente a lograr la herencia política de Perón.

El 5 de octubre, los Montoneros atacaron el Regimiento 29 de Formosa, enfrentamiento en el que hubo más de treinta muertos. Al día siguiente Italo Luder dictó los decretos reservados 2770, 2771 y 2772, por los que se constituían los “Consejos de Seguridad interna y de Defensa”, para dirigir los esfuerzos en la lucha contra la “subversión”, conviniendo con los gobiernos provinciales el control operacional de las fuerzas policiales y penitenciarias. El último decreto disponía que: “Las fuerzas armadas, bajo el comando del presidente de la Nación y a través del Consejo de Defensa, procederán ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias, a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”. Firmaron, además de Luder, todos los ministros. El 17 de octubre se reintegró a sus funciones Isabel Perón.



Del 19 al 25 de octubre tuvo lugar en el Hotel Carrasco de Montevideo, la undécima Conferencia de Ejércitos Americanos, caracterizada por el predominio de los militares duros de la región, encabezados por los chilenos. En su transcurso el teniente general Jorge Videla preanunció el terrorismo de Estado que ejecutaría la dictadura del “Proceso” al afirmar: “Para que vuelva a reinar la paz en Argentina deberán morir todas las personas que sea necesario”.

En diciembre fue muerto en un atentado el general Cáceres Monié y militantes del ERP atacaron el destacamento de Arsenales en Monte Chingolo; infiltrados por los servicios de inteligencia fracasaron en el intento, sufriendo doscientas bajas. El mismo mes fue prohibido el Partido Auténtico. A fines del 75, los Montoneros asaltaron la fábrica de armas Halcón de la localidad de Banfield.

Según un estudio que dio a conocer el Centro de Estudios Legales y Sociales de Buenos Aires, las organizaciones de la resistencia sólo contaban con dos mil hombres, de los que tan sólo el 20% tenía adiestramiento y contaba con armas; en tanto que las fuerzas represivas disponían de 200.000 efectivos. Ya en enero el propio Videla había señalado la incapacidad de los grupos subversivos para trascender al plano militar. Para él, la guerrilla estaba vencida. La supuesta guerra contra un enemigo poderoso fue una falacia para realizar un frío genocidio de los disidentes políticos.

El país padecía de un vacío de poder. El gobierno de Isabel Martínez de Perón no actuaba como tal y los políticos nada hacían para hallar una solución o enjuiciar a la presidente. La crisis económica se palpaba y había un alto grado de corrupción. La opinión pública se manifestaba proclive a cualquier cambio político que pudiera evitar un nuevo shock devaluatorio y el agravamiento de los conflictos sociales.

Reinaba la violencia por el accionar de la organización parapolicial “Triple A”, que amenazaba y asesinaba a opositores y a gente de pensamientos progresistas. Las disidencias gremiales concluyeron en huelgas y se produjeron disputas dentro del Partido Peronista.

Existía un gran protagonismo político por parte de la juventud, especialmente universitaria. Muchos jóvenes pensaban que la revolución social estaba a pocos pasos y se hallaban esperanzados en el cambio.

Los dirigentes del ERP se encontraban muy preocupados porque se daban cuenta que los estaban utilizando para precipitar el golpe, en tanto que los Montoneros buscaban el colapso del gobierno y el golpe militar, pues suponían que ello empujaría a las masas a sumarse a la guerra revolucionaria.

El año 75 fue pródigo en acontecimientos mundiales. En España murió el caudillo Francisco Franco, accediendo al trono el príncipe Juan Carlos I, que inició el proceso de democratización del país. En Vietnam cayó Saigón, finalizando la guerra civil. En Camboya los khmers rojos instauraron una dictadura sangrienta. En Marruecos se creó el Frente Polisario. Estados Unidos perdió sus últimas posiciones en Indochina. La Conferencia de Helsinki aprobó el Acta de Protección de los Derechos Humanos. La OEA levantó el bloqueo económico a Cuba y en Perú fue derribado el régimen populista de Juan Velasco Alvarado.

Al comenzar 1976, dimitieron los ministros de Interior, Defensa y Justicia. En febrero se produjo un ataque guerrillero al cuartel de Coordinación Federal. El 15 de marzo Videla se salvó de un atentado con explosivos efectuado contra su comando. El mismo mes fue muerto el secretario general de FOTIA y a causa de la represión se produjeron movilizaciones obreras.

El frente golpista, articulado por los militares preocupados por el avance del movimiento obrero, la resistencia, la crisis económica y por la alergia que sentían hacia el peronismo, orquestó una enorme campaña política y propagandística, impulsó el sabotaje económico mediante el desabastecimiento y la especulación, agitó en el movimiento obrero los problemas reales no resueltos y estimuló el terrorismo de derecha, aprovechando las limitaciones y contradicciones del gobierno de Isabel.

# **SE ABATE LA TORMENTA**

---



---

El 23 de marzo de 1976, la presidente fue apresada por el ejército y enviada a la provincia de Neuquén. Al día siguiente se produjo el golpe militar y tomaron el gobierno los comandantes de las tres Armas. Se inició así un nuevo gobierno dictatorial, el denominado “Proceso de Reorganización Nacional”.

La existencia de restos de la guerrilla no constituyó el motivo real del establecimiento de la dictadura militar. Existió un objetivo corporativo fundado en la pretensión de las fuerzas armadas de constituir la única élite capaz de gobernar el país, terminando con la oposición de la gente esclarecida y progresista, que para ellos simpatizaban con el marxismo, y preservar lo que denominaban “el ser nacional, occidental y cristiano”.

Pero el objetivo principal consistió en la necesidad de aplicar una política económica, pergeñada por Martínez de Hoz, de tipo liberal, monetarista, basada en la apertura de la economía para combatir los “vicios” del Estado benefactor, adoptando un modelo exportador, con bases en la agroindustria, la manufactura y la venta de petróleo, transformación adaptada a los intereses de los grupos empresariales transnacionales. El Estado sólo tendría función subsidiaria, intervendría donde no lo hicieran las empresas privadas.

Los militares, como fuera su estilo en otros golpes institucionales, emitieron una proclama en la que hacían referencia al vacío de poder; hablaban de orden, trabajo, justicia y carencia de valores éticos y morales; discurso que emplearon las cinco dictaduras que se sucedieron a partir de 1910. Las normas a regir fueron establecidas en actas, estatutos, reglamentos, disposiciones, resoluciones e instrucciones.

El golpe contó con el apoyo de gran parte de la sociedad civil, de los partidos políticos, de la Iglesia y de parte de la prensa.

El radicalismo declaró antes del golpe que no tenía soluciones para la crisis institucional, los peronistas anti verticalistas estimaron agotado el sistema institucional. Para los peronistas ortodoxos el golpe constituía un alivio frente a la inoperancia del gobierno de Isabel. El Partido Comunista propuso la constitución de un gabinete cívico militar. Los partidarios de la derecha reclamaban el golpe. Los Montoneros sostuvieron que el golpe agudizaría las contradicciones del sistema. El diario *La Opinión* fue el vocero de los golpistas y los dirigentes sindicales, totalmente sumisos, no se opusieron al golpe.

Una vez más una dictadura militar ensombrecía al país, inaugurando la represión más sangrienta de la historia nacional.

La ejecución de una política de semejante calibre importó la negación de las tradiciones libertadoras de San Martín y Bolívar y colocó a la cúpula castrense al servicio de una trama de intereses internacionales y locales, que exigieron cada vez más represión.

La instauración de la dictadura constituyó un violento golpe contra la democracia y los sectores esclarecidos del país se conmovieron porque intuían la represión que sobrevendría. Los jóvenes militantes de las agrupaciones de la resistencia sufrieron un rudo choque, pero convencidos de la justicia que los asistía y de los ideales que sustentaban, pese a tener que enfrentar tamaño poder, no bajaron los brazos; ya estaban jugados e hicieron lo que pudieron para oponerse a la dictadura. En esa tesitura se hallaban Julio y Ricardo, los hijos del Dr. César.

La dictadura militar creó la situación más grave, caótica y amenazante que el país conoció: medios de comunicación social clausurados; ausencia de justicia, destruido en la capacidad productiva; sumido en los más bajos niveles de educación, salud y trabajo; con los habitantes sometidos a exilio en su propia tierra; sufriendo las consecuencias de la guerra de Malvinas e hipotecado por una fabulosa deuda externa, acrecentada por la nacionalización de la deuda externa privada. Un pueblo herido por el terrorismo de Estado, con 30.000 desaparecidos y miles de presos políticos.

Víctimas directas fueron los militantes de la resistencia, los intelectuales, los estudiantes universitarios, los profesionales y, entre los trabajadores, los dirigentes sindicales de base y los delegados de fábrica, muchos de los cuales desaparecieron; con ello quitaban sustentación a los sindicatos, permitiendo disciplinar a la clase obrera y someterla a reducción de empleos y salarios.

Miles de jóvenes, parte de la juventud esclarecida de la década de los 70, fueron secuestrados y desaparecieron por la aplicación de la “Doctrina de la Seguridad Nacional”, adoptada por los militares en base a las directivas

estratégicas de los Estados Unidos, para evitar que en los países del Tercer Mundo prosperaran los movimientos filo marxistas y proteger los intereses imperialistas. Los ejércitos de los países latinoamericanos oficiaron de guardia pretoriana de esos intereses.

Los desaparecidos no eran delirantes ni tampoco providenciales, pero sí tenían bien en claro el papel que debían jugar contra la injusticia, la desigualdad y la marginación, y pusieron toda la pasión en la defensa de sus ideales.





# LA CIUDAD DE LA PLATA EN EL OJO DE LA TORMENTA

---



---

La madrugada del 24 de marzo, atendiendo órdenes de los sectores del poder militar, fuerzas del Regimiento 7° de Infantería tomaron la casa de gobierno de la provincia de Buenos Aires, situada en la ciudad de La Plata. El entonces gobernador Calabró, perteneciente a la derecha peronista, transmitió el mando al general Sigwald, en una actitud poco republicana.

Las universidades fueron consideradas focos subversivos potenciales, por ello la dictadura designó rectores militares o adictos a ellos para poder “reorganizarlas”.

Las autoridades de facto dispusieron que la represión sería ejecutada por la Policía provincial con sus recursos. Designaron jefe policial al general Camps, quien eligió un equipo de asesoramiento integrado por un coronel y cinco tenientes coroneles. Estos militares llevaron adelante el plan de exterminar la “subversión”, y para ello crearon el “Comando de Operaciones Tácticas” a cargo del comisario Miguel Etchecolatz, quien dirigiendo operaciones de terror, comenzó a detener a activistas, dirigentes sindicales, estudiantes y sospechosos, que fueron conducidos a Centros Clandestinos de Detención.

En el mes de septiembre del 76, decidieron terminar con la agitación de los estudiantes secundarios. Muchos de ellos fueron detenidos, torturados y muertos durante la denominada “Noche de los Lápices”.

La represión contó con la colaboración de efectivos del Regimiento 7° de Infantería, Batallón 3 de Infantería de Marina y los servicios de ambos, Brigada de Investigaciones de La Plata, Guardia de Infantería, Comando Radioeléctrico y las Comisarías 1ª, 2ª, 5ª, 7ª y 8ª de La Plata. Además, intervinieron las Brigadas de Lanús y comisarías de la zona oeste de la provincia de Buenos Aires. Operativamente se apoyaron en la Central de Inteligencia del Regimiento 3 de Infantería de La Tablada.

En su macabra tarea, la dictadura militar utilizó los campos de concentración de “Arana”, “La Cacha”, “Puesto Vasco”, “Pozo de Quilmes”, “Pozo de Banfield”, “la 205” y “Omega”. Además, dispusieron de los campos de concentración “Vesubio” y “Sheraton” de La Tablada.

El propio coronel Camps, en declaraciones formuladas al diario madrileño *Pueblo*, reconoció haber cobrado unas cinco mil víctimas. De su autoría se conocen hechos resonantes, además del ya citado de la “Noche de los Lápices”, los casos de Sajón, periodista asesinado y los del profesor Bravo y de Jacobo Timerman, también periodista; ambos torturados que salvaron milagrosamente la vida.

La ciudad de La Plata y las localidades vecinas de Berisso, Ensenada, Gonnet, City Bell y Villa Elisa, fueron sometidas a operaciones de rastrillaje y toda casa sospechosa fue allanada. Se sucedieron los controles a los medios de transporte y a los automóviles particulares; y la ciudad fue permanentemente patrullada por automóviles militares y policiales.

El control de los universitarios fue estricto, miembros del SIN revisaron los legajos de los alumnos y muchos de los lugares donde se alojaban fueron allanados. Hasta el Hospital de Niños de La Plata fue revisado palmo a palmo.

Obreros de YPF y de los Astilleros, fueron detenidos o secuestrados. Se calcula que en La Plata y localidades vecinas desaparecieron 2500 personas, desconociéndose su paradero.

Tanto en la cárcel de Olmos como en la Unidad 9 se contaron cientos de detenidos políticos, entre los cuales algunos también desaparecieron.

# TRISTE PRESAGIO

---



---

Una tranquila y soleada tarde de mayo del 76, el Dr. César se dispuso a atender el consultorio de medicina pediátrica en su domicilio, cuando escuchó fuertes golpes provenientes de la entrada. Pensando que se trataría de un caso de urgencia, acudió presuroso y abrió la puerta de entrada. De inmediato la sorpresa lo inmovilizó. Un hombre joven, de tez pálida y nariz aguileña, muy delgado, vestido de civil, le apuntó con un arma de fuego, al mismo tiempo que, a gritos, preguntaba dónde estaba Julio.

César alcanzó a ver a otros hombres armados, que se colocaron detrás del primero, provistos de Itakas, a quienes no pudo definir con nitidez pues de inmediato le ordenaron pararse contra la pared, donde lo encapucharon y sintió el frío del caño de un arma aplicado en la sien derecha.

Los pensamientos se agolparon en su cerebro en forma vertiginosa, le preocuparon la situación de su mujer y de su madre, que descansaban en las habitaciones de la planta alta y lo confortó el saber que sus hijos se hallaban ausentes.

Desde la entrada lo obligaron a caminar hasta el rellano de la escalera, manteniéndolo en pie, de cara a la pared y siempre encapuchado. La voz de uno de los intrusos comenzó a interrogarlo acerca del paradero de Julio y de sus actividades, amenazándolo de muerte si mentía.

Sin vacilar respondió que los hijos habían partido en excursión a las cataratas del Iguazú, como había combinado con su mujer Elena, si alguien preguntaba por ellos; que aún no tenía noticias de cómo les iba el viaje, ni sabía que día regresarían.

Abandonaron el interrogatorio y pudo escuchar los ruidos de personas que se desplazaban por todas las habitaciones, ruidos de puertas que se abrían, conversaciones ininteligibles, gritos y órdenes. Tomó conciencia

de la indefensión en la que se hallaba y del peligro que corría, porque si encontraban a sus hijos, seguramente los detendrían. En pocos minutos acudieron a su mente todos los recuerdos desde su juventud, a la vida de estudiante, cuando conoció a Elena; lo que había luchado por conseguir cierto prestigio en la especialidad; la crianza de los hijos; los sacrificios y la ayuda de su mujer y de sus padres, las conversaciones de sobremesa con sus hijos Julio y Ricardo, cuando los domingos, distendidos todos de las tareas semanales, almorzaban fuera de la casa.

Cuando pudo borrar todas esas imágenes, perdido por perdido, atinó a elevar la voz para que Elena pudiera oírlo y comenzó a darle indicaciones para que avisara a los amigos más influyentes y les solicitara ayuda. Lo interrumpió una voz que ordenaba cortar el cable telefónico.

En ese momento sonó el timbre de la puerta de entrada y de inmediato se produjo un silencio interrumpido por el llanto de un niño, seguramente un paciente que traían a la consulta. Alguien se dirigió a la entrada, abrió la puerta e hizo pasar al niño y a los padres, a la sala de espera, donde los obligaron a sentarse de cara a la pared.

Continuó oyendo el ruido de las puertas de los placares al ser abiertas y un sonido metálico presumiblemente provocado por el deslizamiento del fichero del consultorio. Pensó que no habían hallado ningún indicio que vinculara a sus hijos con la resistencia. Imaginó que sería conducido a alguna repartición policial para ser interrogado.

Pese al cuadro de las circunstancias, el Dr. César se mantuvo sereno, estaba acostumbrado en su profesión a enfrentarse con situaciones límites.

Habrían transcurrido poco más de dos horas, cuando el interrogador le susurró al oído: —Mirá, sabemos que estás mintiendo, pero te salvás porque estás limpio; sólo buscamos a Julio y te advierto que cuando lo encontremos lo matamos.

Luego de insistir con las preguntas le ordenaron caminar y de un empujón lo introdujeron en el consultorio y cerraron la puerta, para evitar ser reconocidos. Previamente, de un manotazo le quitaron la capucha.

César se sentó frente al escritorio para recuperarse y respiró profundamente. Había vuelto a la libertad, le parecía mentira y todo lo sucedido, una pesadilla. La tensión nerviosa lo mantenía despierto. Giró la mirada en derredor y pudo apreciar el desorden reinante. El fichero había sido violado y muchas historias clínicas yacían en el piso; los libros de la biblioteca estaban removidos o tirados, los cajones de los muebles abiertos y el contenido diseminado en el suelo.



De inmediato se recompuso y se dirigió hacia la sala de espera donde se encontraba la pareja que llegó con un niño durante el allanamiento. Ambos estaban de pie, la mujer con el niño en brazos, dormido, sollozaba. Se dirigieron al Dr. César con una mirada de interrogación pues no entendían qué había sucedido. Se hallaban atónitos, como galvanizados.

César los tranquilizó, les pidió que aguardaran unos minutos y al regreso les explicaría y atendería al niño enfermo. Rápidamente trepó las escaleras y buscó a Elena y a su madre, Mariana. Ambas se encontraban bien y bastante serenas.

Elena refirió que se hallaba recostada en su cama, cuando la despertó un hombre que la apuntaba con un arma y le preguntó dónde estaba Julio.

—Viajando a las cataratas. —respondió, coincidiendo con lo expresado por César. Por su parte, Mariana, cuando la interrogaron, respondió que no era miembro de la familia y sólo concurría a prestar servicios. Era la más tranquila de todos, pese a su avanzada edad.

Por las habitaciones parecía haber pasado un vendaval, los placares abiertos y la ropa revuelta y esparcida por el piso. El contenido de los cajones de los escritorios de Julio y Ricardo y sus libros se encontraban desparramados por el suelo. Las fotografías habían desaparecido. Robaron todos los objetos de valor y el dinero existente.

Elena y César, más que dolidos estaban indignados por la violación del domicilio, efectuada con total impunidad; el atropello a la privacidad y la humillación sufrida; pero además aumentó el nivel de ansiedad y angustia de la pareja por el porvenir incierto de sus hijos y rogaban porque no regresaran en ese momento, pues suponían que la casa estaba vigilada. Afortunadamente recibieron más tarde una llamada de Julio, al que pidieron que no regresara y que se comunicara con los padres a través de amigos comunes.

El Dr. César bajó a su consultorio, ordenó un poco el lugar, atendió al paciente y explicó brevemente a los padres lo que había sucedido. Estaban tan nerviosos que abrazaron al médico y se retiraron apresuradamente.

De nuevo trepó las escaleras y ayudó a Elena y a Mariana a poner en orden las habitaciones. Pensando que la patota podría retornar por la noche y llevarlos, reunieron algunas ropas y al atardecer partieron hacia la Capital, donde un colega muy querido les cedió un departamento. Desde allí lograron ponerse en comunicación con sus hijos, a quienes aconsejaron abandonar cuanto antes la ciudad de La Plata.

Cuando días después, serenados los ánimos, retornaron a la ciudad de La Plata, previo un cuidadoso reconocimiento para constatar si la casa tenía vigilancia; se reinstalaron en la propiedad y pudieron hablar con algunos vecinos. Por ellos se enteraron de que, durante el allanamiento, fuerzas policiales y militares se habrían desplazado para rodear la manzana, cerrando las calles adyacentes al tránsito de vehículos y que a la casa habían ingresado alrededor de diez hombres, vestidos de civil y portando armas de todo tipo. Algunos de ellos habían subido a los techos. Estacionaron en la calle varios vehículos entre los que se contaba un camión de caja cerrada. Era frecuente que utilizaran ese medio para llevarse hasta los muebles de las casas allanadas, en carácter de botín de guerra; método que no emplearon en este caso.

Luego de varios días de permanecer en el domicilio y cuando lo creyeron prudente, Elena y César se mudaron con todo sigilo a un departamento cercano al Paseo del Bosque.

Durante el período transcurrido entre los años 76 y 78, en la ciudad de La Plata, se produjeron muchos allanamientos, secuestros y asesinatos. Había un estricto control de todo tipo de vehículos; a la entrada de la ciudad, fuerzas militares detenían a los ómnibus, hacían descender al pasaje, todos debían identificarse, controlaban los bultos y pertenencias de los viajeros y recién entonces podían continuar el viaje. Operativos de control similares eran efectuados en distintos puntos de la ciudad. El Dr. César, cuando visitaba enfermos en horas de la noche, era obligado a identificarse a punta de pistola. La ciudad de La Plata, por tratarse de una ciudad universitaria, fue uno de los blancos preferidos por la represión. Los habitantes vivieron muchas horas de zozobra y temor.

# EL CAUTIVERIO

---



---

Luego del operativo realizado en su domicilio, Julio, esposado y con los ojos vendados, se encontró de pronto encerrado en el baúl de un automóvil que se desplazaba velozmente. Pese al dolor provocado por una herida de bala en el muslo, los pensamientos fluían aceleradamente. Sentía un gran pesar por la forma en que fueron apresados y se culpaba por la imprevisión en la que había incurrido; pero por momentos se preguntaba quién lo habría denunciado. El disgusto y el temor de lo que pudiera sucederle a Graciela lo embargaba.

Luego de aproximadamente media hora de marcha, el vehículo aminoró la velocidad y tras un corto trayecto por lo que parecía ser una calle de tierra, se detuvo. Escuchó el ruido de un portón de hierro que se abría; la marcha se reanudó por un minuto, se apagó el ruido del motor y alguien levantó la tapa del baúl; en ese momento pudo aspirar una bocanada de aire puro.

Lo sacaron entre dos a empujones y lo introdujeron, luego de abrir una puerta, en lo que presentía por el olor a encierro, era un local cubierto. Finalmente lo arrojaron al piso. Poco después lo sacaron del lugar y lo trasladaron a otra habitación, donde lo sentaron en una silla, quitándole la venda que le cubría los ojos. Se encontró en una oficina escasamente iluminada; de pronto fue cegado momentáneamente por una potente luz, luego comenzó a distinguir que lo rodeaban varias personas, pero no pudo distinguir los rostros. En medio de los insultos recibió una lluvia de golpes de puño en la cara y en la cabeza. Cuando cesó el castigo, uno de ellos dijo:

—Colaborás o te reventamos ¿Qué preferís? Está en juego tu vida, si te negás a hablar, de aquí no salís vivo, te hacemos boleta.

Alguien, que tiempo después supo que era un colaborador de un grupo de tareas, trató de convencerlo.

—Hay que evitar más muertes —le dijo—. Hací como yo que estoy con vida, decí los nombres de tus amigos y de los responsables, de lo contrario te torturarán hasta la muerte. Resistir es una tontería —añadió.

Otro de los represores expresó:

—Nadie sabe dónde estás, desapareciste, no existís entre los vivos ni entre los muertos, aquí decidimos nosotros.

Julio vislumbró el final, pensamientos contradictorios se agolparon en su mente. Estimando que estaba perdido, se afirmó en sus convicciones y atinó a contestar: —Hagan lo que quieran.

Rápidamente, encapuchado, lo trasladaron a otro lugar. Le quitaron las ropas y lo acostaron sobre un colchón metálico, sujetando los miembros con correas. Lo conmovió el agua fría que arrojaron sobre su cuerpo y comenzaron a torturarlo mediante choques eléctricos, utilizando una picana que le aplicaban en los lugares más sensibles. Por efecto de las descargas eléctricas, el cuerpo se arqueó, el dolor era insoportable. Periódicamente le cubrían la cabeza con una bolsa de polietileno, que lo asfixiaba. Cada golpe de corriente sacudía todo el cuerpo; percibió cómo el ritmo cardíaco se alteraba y tuvo la sensación de que le arrancaban la piel a pedazos.

De pronto cesó la tortura y alguien dijo:

—Decí la verdad y no te equivoques, porque las preguntas las vamos a repetir cincuenta veces. ¿Cuál es tu nombre de guerra? ¿A qué organización pertenecés? Rápido, dame nombres de compañeros, lugares de reunión, fechas, horas, códigos que emplean. Colaborás o vas muerto —y agregó—. Si no hablás te reventamos, no existís, sos un número. No te hagas mierda al cuete, porque a la larga todos cantan.

Una persona, presumiblemente un médico, lo examinó, puso un estetoscopio sobre la zona cardíaca y le tomó la presión. Luego indicó a los torturadores que podían continuar. Uno de ellos dijo:

—Me llaman “Colores”, da gracias que estás en mis manos, porque si te agarra “Julián”, te mata a cadenas.

Julio, entre gritos de dolor, rogaba que cesaran de torturarlo, no podía soportar la sed y estaba agotado. La misma voz insistió:

—Si decís lo que sabés no te jodemos más, de lo contrario vas a sufrir hasta morir. Nosotros somos como Dios, dueños de la vida y de la muerte.

Cesó el tormento, pero al no haber respuesta, Julio volvió a recibir choques eléctricos. Sintió que le introducían una sonda rectal conductora que le produjo terribles dolores de vientre. El propósito de los torturadores era el de quebrar, en el menor tiempo posible, la resistencia moral del prisionero, lacerando su cuerpo. Habían sido entrenados en las técnicas de tortura utilizadas en la guerra de Argelia y Vietnam, en el marco adoptado por la dictadura para reprimir la resistencia civil.

—Habla o matamos a tu mujer, que la están tratando en el quirófano de al lado—. Julio escuchó los gritos de Graciela, que le afectaron más que el tormento. Comenzó a sentir mucho frío. Estaba destruido. Tuvo la impresión de que moriría allí.

Lo interrogaron nuevamente y dio pistas falsas sobre viviendas desocupadas, nombrando a compañeros que sabía que habían abandonado el país y luego perdió el conocimiento.

Al despertar se encontró en un ambiente que parecía ser una enfermería; tenía el cuerpo cubierto de mantas y le habían colocado una bolsa de agua caliente. Una joven prisionera que oficiaba de enfermera le suministró suero. Le pidió agua, pero la chica le respondió que no era conveniente luego de la tortura, pues podría provocarle la muerte y se limitó a mojarle los labios con un algodón húmedo.

Al día siguiente lo trasladaron a un hospital militar, donde le practicaron curaciones en la herida de bala del muslo, que no revestía gravedad, por lo que fue devuelto al campo de concentración.

Los miembros del grupo de tareas, que habían partido a corroborar las denuncias y retornaron con las manos vacías, trasladaron a Julio nuevamente al “quirófano”. No podía mantenerse en pie, había perdido los reflejos y comenzó a vomitar. Le dieron unos golpes, pero obtuvieron muy poca información y con los ojos vendados, fue arrojado en una celda.

En la mañana lo despertaron con golpes, era la hora del relevo de la guardia, que pasó lista celda por celda, nombrando a los prisioneros por el número asignado. Un preso colaborador lo ayudó a llegar al único baño.

El alimento de los detenidos consistía en harina de maíz blanco o una sopa con recortes de carne. Una vez por semana los bañaban con agua fría

y había sólo una toalla para que se secan quince compañeros. La ropa que usaban era producto del “botín de guerra”.

Los secuestrados, totalmente aislados del mundo exterior, habían pasado a la categoría de “desaparecidos”. Se iniciaba entonces el tratamiento para desintegrar sus identidades. Con los ojos vendados y esposados, limitados en los movimientos, los prisioneros perdían la noción del tiempo y del espacio y hasta el sentido de ubicación del propio cuerpo. Sólo la memoria permanecía activa, era capaz de almacenar los ruidos internos y externos del recinto; mediante ella, algunos presos que fueron liberados pudieron reconocer posteriormente los lugares de detención.

Pese a que los torturadores empleaban grabaciones musicales para ahogar los gritos de las víctimas, los mismos eran oídos por los demás detenidos, entre quienes provocaban gran angustia porque revivían los momentos de su propio martirio físico. La única defensa consistía en tratar de conciliar el sueño, que tampoco lograban. La soledad, el aislamiento y la desprotección les provocaba intenso miedo; se renovaba en ellos el temor de volver a ser torturados, situación que se tornaba irresistible. Estos procedimientos inhibían, además, el pensamiento y la acción, conduciéndolos a la pérdida de confianza en sí mismos y a estados depresivos.

Sin embargo, muchos detenidos, amparados en acendradas convicciones y elevada estatura moral, resistieron los suplicios con gran estoicismo, excediendo la pequeñez y cobardía de los psicópatas sicarios de la dictadura.

Estas técnicas de tortura fueron adquiridas por las fuerzas represoras en la “Escuela de las Américas” del ejército de los Estados Unidos, en Panamá. La historia se remonta a años anteriores a la década del 70, cuando investigadores científicos de Manitoba, recibieron subsidios de organismos norteamericanos para efectuar estudios acerca de los efectos en seres humanos de la “privación sensorial” en situaciones límites. Por entonces los especialistas desconocían la aplicación y el destino que se daría a estos métodos, que luego se enseñaron en los centros de instrucción de oficiales de inteligencia para su empleo en los denominados “conflictos de baja intensidad”, desarrollados en distintos países de Asia y América.

Una práctica psicológica secundaria fue practicada por oficiales superiores, que visitaban los campos de concentración, quienes dedicaban horas enteras a hablar con los secuestrados acerca de las respectivas familias y los planes que tenían para cuando fueran liberados. Les prometían que serían enviados a granjas de recuperación o a un penal legal y hasta los autorizaban a escribir cartas dirigidas a la familia, que nunca eran enviadas. Tan mal se



sentían los detenidos, que muchos creían en esas falsas promesas, que sólo tendían a obtener más información y a evitar los intentos de fuga o suicidios.

En ocasiones, los prisioneros eran obligados a participar en los operativos de patrullaje, con el objeto de señalar a militantes.

Las mujeres padecieron las mismas torturas que los demás presos y sufrieron iguales condiciones inhumanas de hacinamiento y mala alimentación.



# EL BANCO

---



---

Tiempo después, Graciela y Julio se enterarían que se encontraban en el campo de concentración denominado irónicamente “El Banco”. Se hallaba situado en la intersección de la autopista Ricchieri, que conduce al aeropuerto de Ezeiza, y el camino de cintura de la Capital. Funcionó en un local del destacamento Güemes de la Policía de la provincia de Buenos Aires.

Se trataba de una antigua construcción en forma de chalet, de dos plantas, rodeada de otras edificaciones. El lugar estaba circundado por eucaliptus. Estos datos se conocieron por declaraciones de algunos prisioneros que fueron liberados. Los detenidos presumían que se hallaban en el medio de un bosque, porque en horas de la mañana escuchaban el canto de los pájaros, y fueron ubicando la zona por el ruido de los aviones que llegaban o partían de Ezeiza, y el provocado por el tránsito de vehículos en una carretera próxima.

El lugar contaba con 46 celdas o tubos, de reducidas dimensiones, que carecían de ventilación; por este motivo dejaban abiertas las puertas, mientras los presos permanecían engrillados a una pared de la celda.

Como todos los campos de concentración creados por la dictadura, contaba con tres salas de tortura denominadas “quirófanos”, una enfermería, la oficina de inteligencia, la denominada “leonera”, a la que iban destinados los recién llegados; un lugar para los guardias, un laboratorio fotográfico, un baño con ducha, piletas y letrina; la cocina y el lavadero.

Como campo de concentración comenzó a funcionar en diciembre de 1977, con el ingreso de alrededor de cien “desaparecidos”, provenientes del campo de concentración “Club Atlético”, que fue clausurado. “El Banco” operó dentro de la jurisdicción del Comando I de la zona I del ejército, subzona 11, Área 114 y fue base de operaciones de varias fuerzas: ejército, policía, gendarmería y penitenciaría. El jefe era un coronel del ejército.

Los jefes dispusieron en cada campo la formación de un “Consejo” compuesto por alrededor de veinte secuestrados colaboradores, tomando como criterio su experiencia y carácter técnico utilitario, que cumplieran funciones de mantenimiento, enfermería, cocina, mecánica, electrónica y tareas en la “Sala de Situación”. Además, ejecutaban operaciones especiales y se ocupaban de prensa, impresiones y documentación. Las obligaciones que descargaban sobre los detenidos les permitía ahorrar personal y presupuesto, facilitando la tarea de obtención de datos sobre las organizaciones de resistencia que luego volcaban en la sección de inteligencia. Los miembros del “Consejo” se hallaban destabizados, es decir, sin capucha. Tenían un comedor aparte y luego de cumplir sus tareas, gozaban de una hora para leer, conversar o jugar a las cartas. Algunos integraron los equipos de torturadores. Los campos eran inspeccionados por personal jerárquico del ejército.

Cuando en los operativos de secuestro mataban a algún “subversivo”, el cadáver era llevado al campo, donde lo fotografiaban, le tomaban las impresiones digitales, datos que luego eran volcados en el informe mensual. Los cadáveres eran enterrados en cementerios próximos como N.N. o arrojados al río o al mar desde aviones. En muchos casos, este último procedimiento se ejecutaba con desaparecidos aún con vida, que eran anestesiados previamente mediante inyecciones de Pentotal.

# EL POZO DE BANFIELD

---





---

El 25 de noviembre de 1976, Graciela y Julio fueron trasladados a otro campo de concentración, denominado “Pozo de Banfield”, situado en la localidad del mismo nombre en el partido de Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires. Allí funcionaba la Brigada de Seguridad, inteligencia e Investigaciones de la policía provincial, en la esquina de las calles Siciliano y Vernet.

Dependía de la Jefatura del Área Metropolitana y se hallaba dentro de la Zona I, subzona 11 y Área 112 del esquema militar establecido por la dictadura. Ocupaba un edificio de tres plantas, de 25 metros de frente por 20 de fondo. En planta baja se hallaba la jefatura, la sala de torturas y otras dependencias. Los vehículos accedían a un amplio patio. En el primer piso estaban los calabozos, oficinas, comedor, cocina, baños y el casino del personal. En el segundo piso también había calabozos y baños precarios.

Graciela y Julio llegaron en un carro celular, esposados a la espalda y con los ojos vendados. Ignoraban cuál sería su destino, pero ya nada les importaba después de las torturas sufridas en “El Banco”.

Luego de atravesar el portón de entrada, el vehículo se detuvo en el patio. Ambos fueron sacados violentamente y advirtieron que entraban a un local. Allí los obligaron a subir por una escalera interna al segundo piso, donde fueron aislados en diferentes celdas y con puertas de hierro. Por la noche escucharon, como en el campo anterior, gritos de torturados que pedían que los mataran antes de seguir sufriendo los tormentos.

Días después se enterarían de lo que sucedía allí, porque los bajaron al quirófano. No los picanearon pero los golpearon con palos, y utilizando agujas, los pincharon en las zonas más sensibles del cuerpo. En ese lugar era común que las mujeres fueran violadas por los guardias.

En Banfield pasaron varios días sin comer, hasta que un día les llevaron un plato de guiso con grasa. En las celdas había ocasiones en las que los mantenían con las muñecas atadas y con una soga al cuello.

Los detenidos, cuando podían, cantaban para mantener la moral, esto lo hacían generalmente mientras eran conducidos a las duchas, vendados y con la soga al cuello. Había seis embarazadas que eran cuidadas por los propios presos.

En Banfield fueron recluidos los protagonistas de la “Noche de los lápices”, denominación referida a un grupo de estudiantes secundarios que fueron detenidos una noche por el sólo hecho de petitionar la reducción del valor del boleto escolar. De ellos sólo dos salieron con vida y pudieron relatar los horrores padecidos.

Elena y César nunca supieron cuánto tiempo permanecieron los chicos en Banfield. Sólo supieron que habían estado allí tiempo después, por versiones de sobrevivientes que declararon haber visto a la pareja.

Ignoraron, además, si desde allí pasaron a Campo de Mayo, según algunas versiones no muy creíbles, o si fueron “trasladados”, palabra que significaba la desaparición física, desde el campo clandestino de Banfield.

# UN NOBLE CORAZÓN

---



---

El segundo hijo de Elena y César, Ricardo, nació el 14 de febrero de 1956, durante la dictadura del general Pedro E. Armburu.

Ricardo era un chico brillante, por su inteligencia, bondad y alegría. Tenía, para quienes lo conocieron, un atractivo especial, surgido probablemente de la simpatía que irradiaba a través de la franqueza y gracia de sus expresiones. Aún en circunstancias amargas le sobraba ánimo para confortar a los más débiles. Daba de sí todo lo que poseía en beneficio de los demás, desde el apoyo moral hasta el desprendimiento material, tal era el grado de solidaridad que confería. Por estas cualidades era muy querido y considerado un excelente compañero, tanto en el estudio como en los deportes que practicaba con entusiasmo.

Al igual que su padre, el Dr. César, y su hermano Julio, cursó los estudios primarios en la escuela Joaquín V. González de La Plata. Por entonces el país sufría numerosas convulsiones políticas. Guido presidió un gobierno débil que duró poco más de un año. El Estado se hallaba al borde de la bancarrota por la fuga de capitales y la merma de reservas; fue entonces que el ministro de Economía, Federico Pinedo, aplicó en el 62 un plan de austeridad, devaluando el peso a 138 por dólar, en tanto que el salario real descendió veinte puntos.

Al egresar de la primaria, por haber logrado el mejor promedio de calificaciones durante todos los años, Ricardo fue galardonado con medalla de oro por el Club de Leones.

Ingresó al Colegio Nacional de La Plata en 1969, año en el que se produjo en Córdoba una insurrección obrero estudiantil denominada “El Cordobazo”. En el secundario realizó una tarea sobresaliente.

Desde muy joven captó la importancia de los problemas políticos y sociales, por lo que volcó su sentido de solidaridad hacia los desposeídos, con quienes se sentía muy cómodo, dada su humildad y sencillez.

Mientras cursaba el bachillerato vivió intensamente el torbellino de acontecimientos sociales y económicos que se produjeron en el país. El 69 fue un año de violencia política; la agrupación nacionalista “CNU” sembraba el terror entre los simpatizantes peronistas y marxistas.

A la edad de 17 años, cuando concluyó el bachillerato, Ricardo tenía bien en claro la necesidad de respetar los derechos humanos y de tratar de acceder a un mundo más equitativo, sueño que lo condujo a ingresar, en carácter de militante a la Juventud Universitaria Peronista.

Por entonces se anunció el regreso de Perón, quien llegó al país el 20 de junio de 1973. Para recibirlo se dirigieron a Ezeiza miles de jóvenes integrantes de la UES, la Juventud Peronista y Montoneros. Entre ellos se encontraba Ricardo, que al igual que los demás compañeros, sentía que el esfuerzo realizado por la resistencia no había sido en vano.

Los jóvenes no contaban que en el palco de recepción se hallaban apostados grupos de la derecha peronista, armados, secundados por tres mil policías privados a las órdenes de Osinde, un militar fascista.

En un momento del acto, que pretendía ser una fiesta, éste fue interrumpido por disparos provenientes de los grupos de la derecha, apostados estratégicamente, que atacaron con armas de guerra a la multitud allí congregada. Hubo muchos muertos y más de cuatrocientos heridos, y hubiera sido peor el balance si los jóvenes no se hubieran defendido. Algunos respondieron al ataque, y otros, como Ricardo, se salvaron milagrosamente arrojándose a tierra detrás de los árboles de la zona.

El avión que conducía a Perón se vio obligado a cambiar de rumbo y se dirigió al aeródromo de Morón. Al día siguiente, el líder fustigó a la juventud, que desde ese momento ya nada podía esperar; Perón se había desenmascarado.

Los sucesos de Ezeiza constituyeron el prolegómeno de la represión que se produciría más adelante, desencadenada por los grupos parapoliciales de la “Triple A”.

Durante el año siguiente, la militancia de la Juventud Peronista se volcó al adoctrinamiento barrial; pero durante el período de gobierno de Raúl Lastiri, yerno de López Rega, el organizador de la “Triple A”, continuó la lucha política entre la juventud y los reaccionarios. Ese año 73, Ricardo manifestó con sus compañeros de la Juventud Peronista contra el gobierno de Lastiri. El 1° de mayo de 1974 lo encontró en la Plaza de Mayo, cuando

Perón pronunció el discurso que criticaba a las juventudes de izquierda, y abandonó la plaza con sus amigos militantes.

Ricardo, que en ese año 1974 contaba con 18 años, ingresó a la Facultad de Ciencias Naturales. Allí afianzó su relación sentimental con Carmen, compañera del secundario. Nunca abandonó la militancia, pese a los peligros que ello significaba y a los temores de los padres. Pero él siempre confió en las medidas de seguridad que adoptaba. Cuando le ofrecieron ausentarse del país lo rechazó porque no podía dejar de luchar por su hermano Julio y los compañeros desaparecidos.

César, su padre, le hacía notar lo difícil que era enfrentar a semejante poder económico militar, contando sólo con ideales y tan escasos medios. Pero Ricardo se hallaba plenamente convencido de la justicia que le asistía. Tanto él como sus compañeros querían esclarecer al pueblo para que no se dejara conducir como ganado y evitar que la demagogia de dirigentes corruptos lo engañara. Alentaban a la gente para que luchara por su derecho a la vida, a la salud, a la educación y a tener trabajo y viviendas dignas. Luchaban por una justicia independiente, contra la política económica vigente que servía a los grandes intereses financieros trasnacionales y contra un poder militar subordinado a ellos. En fin, se consideraban los adalides de la justicia y la libertad. Semejantes convicciones dejaban sin argumento a su padre, quien tampoco podía alentarle en una lucha tan desigual en la que podría perder la vida.

Durante uno de los encuentros con Ricardo, que los padres efectuaban tomando todos los recaudos de seguridad necesarios, Elena y César le informaron acerca de las múltiples gestiones que realizaban para dar con el paradero de su hermano, pues por algunas versiones creían que Graciela y Julio se hallaban con vida.

Siempre recordarían Elena y César el último encuentro que tuvo la familia por última vez, cuando se reunieron con Graciela, Julio, Carmen y Ricardo en un bar céntrico de Capital; oportunidad en la que concurrieron a un cine de la calle Lavalle para presenciar la película de Ettore Scola *Nos habíamos amado tanto*. Nunca imaginamos que pocos días después desaparecería Julio y dos años más tarde correría igual suerte Ricardo, emboscado en Ezpeleta por un grupo de tareas del campo de concentración "Olimpo" en diciembre de 1978.





# ERAN MUY JÓVENES

---



---

Ricardo conoció a Carmen cuando cursaban los estudios secundarios en el Colegio Nacional de La Plata. En oportunidad de presenciar una función teatral de alumnos del colegio le llamó la atención la desenvoltura de una de las jóvenes alumnas. Después supo que se trataba de Carmen, una chica delgada, de cabello castaño y ojos vivaces. No transcurrió mucho tiempo hasta que se presentó la oportunidad de abordarla, y no le fue difícil a Ricardo, que era un joven sociable y comunicativo, lograrlo. A partir de entonces nació una gran amistad que se transformaría más tarde en profundo afecto.

Durante las vacaciones, en compañía de chicos y chicas de su edad veranearon en un campamento cercano a las playas de Monte Hermoso. Era un lugar primitivo e idílico, poco frecuentado, con amplias playas de arena muy fina. Allí acamparon también Graciela y su hermano Julio.

Desde entonces podría decirse que Carmen y Ricardo crecieron juntos y compartirían desde pequeñas cosas hasta grandes dolores. Sus convicciones lo llevaron a abrazar la militancia en la JUP y tiempo después ella lo siguió formando parte de la agrupación.

Durante los primeros años de la facultad estudiaron juntos, pero cuando cursaban tercer año, Carmen continuó sola los estudios. Ricardo corría más peligro por haber participado de la lista del centro de estudiantes y argumentaba que las cosas cambiarían y podría reanudar los estudios; para él lo más importante era el futuro del país.

No habían llegado aún a la mayoría de edad cuando decidieron casarse. Lo hicieron durante una ceremonia civil, con toda sencillez, en presencia de familiares y allegados. Luego se trasladaron a Mar del Plata.

Cuando regresaron Carmen recordaba que lo más lindo fue la llegada a su casa, una pequeña propiedad situada en la periferia de la ciudad de La Plata. Para ella fue como tener un juguete nuevo.

Pero la ciudad de La Plata constituía un peligro para los militantes políticos, por ser el centro del aparato represivo provincial y territorio de acción de los grupos parapoliciales fascistas, que desplegaban gran actividad en el seguimiento y control de los centros estudiantiles. De modo que la pareja, por razones de seguridad, optó por trasladarse al gran Buenos Aires. Ricardo tenía que conseguir un trabajo, pero como universitario carecía de conocimientos técnicos prácticos para desempeñarse, de modo que se inscribió en una escuela de oficios donde aprendió lo necesario para trabajar como soldador. Con ese título, en Berazategui consiguió trabajo en una empresa metalúrgica. Se encontró doblemente gratificado, tenía trabajo y se hallaba en contacto directo con obreros, él, que siempre se preocupó por los problemas sociales y laborales.

A Carmen le dolió mucho tener que dejar los estudios, pero aunque no estaba muy de acuerdo con la militancia de Ricardo, lo secundó, pues estaba muy orgullosa de él, de la firmeza de sus convicciones y del renunciamiento a la vida cómoda.

Pero las cosas no eran tan fáciles, Julio, el hermano de Ricardo y su mujer Graciela se vieron obligados también a dejar la ciudad de La Plata, ante las amenazas de muerte de los asesinos de la "Triple A". Fue recién entonces que los hermanos, algo distanciados por militar en diferentes organizaciones políticas comenzaron a acercarse.

Refería Carmen que el encuentro de ambos había sido hermoso, Ricardo estaba orgulloso de Julio, por quien tenía admiración; desde entonces las diferencias políticas fueron cada vez menores.

La detención de Graciela y Julio por los sicarios de la dictadura y su posterior desaparición constituyó un gran golpe para ellos. Carmen sufrió una profunda tristeza y a Ricardo le costó mucho recuperarse. Lamentaba el escaso tiempo que habían pasado juntos, aunque agradecía el haber podido reencontrarse con el hermano y recomponer los afectos.

Carmen, que se hallaba embarazada, temía por la vida de Ricardo y su futuro hijo. Cuando nació Ramiro, en una maternidad de la Capital, pudieron encontrarse los padres de Carmen y Ricardo, contentos por el acontecimiento, pero angustiados en cuanto al futuro de los jóvenes y del recién nacido.

Comenzó para Carmen y Ricardo una vida distinta, no tenían la menor idea de lo que significaba un bebé. Ambos fueron aprendiendo a ser padres a medida que el niño crecía. Ya no eran aquellos jóvenes alegres y románticos

de cinco años atrás. La vida en la clandestinidad era muy dura y no se atisbaba una pronta salida política; por el contrario, la dictadura parecía afirmarse y miles de jóvenes militantes, algunos de ellos amigos, fueron desapareciendo. Ya se comenzó a tener conocimiento de la existencia de campos de concentración y del siniestro fin que aguardaba a quienes caían en ellos.

El sábado 9 de diciembre de 1978, en horas de la mañana de un hermoso día de primavera, Ricardo aprovechó para obtener algunas fotografías del hijo; Carmen guardaba cama por hallarse afectada por una parotiditis que la tenía a mal traer.

Por la tarde, Ricardo tenía que encontrarse con una compañera de militancia en la vecina localidad de Ezpeleta, y pese a que la cita no había sido confirmada, como normalmente se hacía para evitar riesgos, decidió concurrir. Cometió un error de procedimiento, confiando en su capacidad para sortear los peligros, pues llevaba ya más de dos años escapando de las fuerzas de tareas de la dictadura y se sentía invulnerable. Si tuvo alguna duda no consultó a su mujer, aunque sentía mucho dolor por dejarla en ese estado.

Salió con cautela del dormitorio de su hijo, para evitar que lo viera, besó a su mujer y para animarla le aseguró que todo iba a ir bien. Finalmente saltó la verja de la casa para no utilizar la oxidada puerta de hierro y evitar que el rechinar de la misma alterara la tranquilidad del niño. Pero nunca regresó.

Fue inenarrable la angustia y la desesperación de Carmen al comprobar que no regresaba. La enfermedad y la espera contribuyeron a que se sintiera muy débil. Hubiera querido tener la fortaleza de Ricardo. Sintió un profundo dolor y un gran vacío. Cada vez que él salía pensaba en la posibilidad de su caída, pero al verlo regresar se tranquilizaba. Ahora era distinto. Esperó hasta la llegada de la noche; juntó todo el valor que pudo, llenó un bolso con ropas y pese al estado febril que padecía abandonó la casa y tomó el primer ómnibus con destino a la ciudad de La Plata, lo que también implicaba un riesgo, dado el despliegue de las fuerzas de seguridad en la zona.

En el trayecto rememoró lo acontecido previamente a la partida de Ricardo. Le parecía estar en una pesadilla que se disiparía al despertar. Nunca le había tocado atravesar una prueba tan dura. La acosaba el remordimiento de no haber insistido para convencerlo de que se fuera del país, tema que nunca se había animado a tratar por temor a una separación. Aunque por otra parte pensaba que no hubiera podido convencerlo, ya que él tenía arraigados principios, y la desaparición de su hermano Julio lo impulsaba aún más a continuar en el movimiento de la resistencia a la dictadura. Se sentía perdida, las imágenes giraban en su cabeza una y otra vez, como piezas de un rompecabezas que no lograba articular. Buscaba el porqué. Se preguntaba

si valía la pena tanto sacrificio; porqué era tan duro el camino de la vida y tan difícil el logro de la felicidad.

Le era imprescindible saberlo vivo para poder vivir y hubiera querido creer en Dios, para poder encontrarlo al final de la vida. Pero ni aún en eso podía creer. Se preguntaba si valía la pena sacrificar el amor de la pareja y del hijo de una manera tan brutal. Pero recordaba también, cuando en momentos de debilidad, Ricardo le decía: “Tenemos que seguir adelante”. Y agregaba: “Cuanto desprecio a los que no tienen un ideal en la vida”. También la tranquilizaba diciéndole: “Vamos a llegar juntos al final”.

Se sobrepuso al pensar en su hijo, al que estrechaba entre sus brazos y a quien Ricardo tanto amaba.

Al caer la tarde el Dr. César retornó a su domicilio, luego de la atención del consultorio. Cuando tomaba una taza de café con su mujer, sonó el timbre de la puerta de calle. César se levantó, fue hacia la puerta y al abrirla se encontró con la figura de Carmen con su hijo en brazos. No fue necesario pronunciar palabras, al mirarla a los ojos presintió lo peor. Se abrazaron mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Elena ya estaba junto a ellos y experimentó la misma sensación y estrechó a Carmen y al niño en sus brazos; muy entera, pese a que por dentro estaba destrozada; tranquilizó a Carmen que lloraba amargamente. Acostó al niño en tanto la madre se reponía e iniciaba el relato de lo sucedido previamente a la desaparición de Ricardo.

Lamentablemente no podían permanecer allí pues la casa estaba vigilada y en cualquier momento podría sobrevenir un allanamiento. Afortunadamente Carmen contaba con amigos que podían albergarlos y rápidamente cargó con su hijo y se retiró con la promesa de mantener el contacto.

Solos, Elena y César se abrazaron y dieron rienda suelta a los sentimientos de dolor. La familia que con tanto esfuerzo lograron formar, había quedado destruida con la desaparición del único hijo que les quedaba. Era como si hubieran padecido un terremoto, todo se había hundido a su alrededor. Perdieron hasta la noción del tiempo. La angustia que venían padeciendo ante la posibilidad de que esto ocurriera cesó, para ser reemplazada por la ansiedad surgida ante la posibilidad de hacer algo lo más rápidamente posible. ¿Y si sólo hubiera sido detenido y estuviera con vida? La experiencia lograda tras la desaparición de Julio les indicaba que debían moverse rápidamente y acudir a los amigos influyentes.

# EL NIDO DE LAS VÍBORAS

---





---

Cuando desaparecieron Julio y Graciela, el Dr. César, tras un largo peregrinaje para determinar el paradero de estos jóvenes, obtuvo una entrevista con el subsecretario del Ministerio del Interior, un coronel. El día que le asignaron la audiencia, concurrió con su mujer, Elena. Expuesto el caso con objetividad surgió en él una fibra de conmiseración. Tomó el teléfono y se comunicó con el coronel Rolando, de la zona I y le solicitó que recibiera a César.

El día señalado para la audiencia, César se dirigió al I Cuerpo del Ejército, sito en Palermo, el principal centro neurálgico de la represión de la Zona I. Cuando se anunció le permitieron la entrada al regimiento y se dirigió, atravesando unos bien cuidados jardines, al edificio central. En ese momento llegaron al cuartel un jefe importante, que luego supo se trataba del general Suárez Mason, la mayor autoridad de la zona. Viajaba en un vehículo acompañado por otros oficiales. Lo precedían dos automóviles con custodios y era seguido por otro automóvil ocupado por guardias armados. Pensó en ese momento que ni Hitler llevaba semejante custodia.

Luego de transponer la amplia entrada del edificio, penetró en un hall donde se hallaban instaladas varias mesas que oficiaban de escritorios; frente a ellas estaban sentados varios suboficiales. En torno a ellos circulaban soldados fuertemente armados. Allí declaró el motivo de su presencia. Luego, previa consulta telefónica, le indicaron que pasara a una habitación contigua, donde se identificó y dejó los documentos. Por el lugar entraban y salían uniformados de distintos grados del ejército: marina, ejército y policía. César creyó hallarse en la central de la Gestapo. Luego le asignaron un soldado para que lo acompañara al primer piso.

En el pasillo de la planta alta había un escritorio frente al que se hallaban policías federales femeninas, a quienes tuvo que repetir el motivo de la visita.

Le señalaron un banco situado en el extremo del pasillo para que se sentara y aguardara. Allí esperó más de media hora. En el interior vio entrar y salir de distintas oficinas a uniformados y a individuos camuflados, con pelucas de distintos colores y anteojos oscuros, presumiblemente pertenecientes a los temibles grupos de tareas.

Finalmente se abrió una puerta y un soldado lo invitó a pasar a una oficina, cuyo mobiliario consistía en un escritorio, un fichero y una biblioteca con biblioratos. En las paredes colgaban insignias militares y banderines, como así también croquis, presumiblemente de acciones operativas.

Le llamó la atención que, sobre el escritorio, además de algunos papeles y lapiceras, había una metralleta. César pensó que se trataría de un elemento para amedrentar a los visitantes o era un símbolo representativo del poder.

Luego de una espera de quince minutos, se abrió una de las puertas de la oficina e hizo su aparición un hombre de baja estatura, de aproximadamente cincuenta años, canoso, de aspecto desagradable, con uniforme de coronel del ejército, bastante desprolijo; quien, un tanto ceremonioso, invitó a César a sentarse frente a él. Los separaba un escritorio y el arma. César no podía concebir que ese individuo pudiera disponer de la vida de tanta gente.

Explicó que el motivo de la visita era el de recibir información con respecto a la desaparición de su hijo y la esposa. Habló de la calidad humana de los jóvenes, de los estudios que realizaban, de sus proyectos e ideales, que entendía no entrañaban peligro alguno para la vida de nadie, sino que eran sinceros demócratas preocupados por la realidad del país.

El coronel expresó que le había hablado del caso el subsecretario del Interior. Preguntó por las ideas políticas de los chicos y si militaban en alguna organización o tenían relación con subversivos.

César le respondió que ambos habían sido educados en el ejemplo de los principios de libertad, democracia y solidaridad que señalaron los próceres de nuestra independencia.

El uniformado, con gran cinismo, le habló acerca de la subversión, los problemas que entrañaba; y que ellos defendían a la patria, al sistema occidental y cristiano y al orden establecido. Que la subversión debía ser eliminada porque empleaba la violencia.

César pensó qué paradoja, que tamaños represores hablaran de moralidad. Le hizo notar al coronel que su hijo nunca había manejado un arma, ni conocía su manejo y que se le achacaban ideas de tendencia progresista, ello no justificaba la desaparición.

El coronel le ofreció una taza de café, que César rechazó y a continuación cuestionó la metodología empleada, lo injusto de las desapariciones y

expresó que si alguien cometía un delito debía ser juzgado de acuerdo con las leyes vigentes, ya fueran civiles o militares. Que la desinformación y el manto de niebla que cubría las operaciones, a la larga provocaría reacciones de la opinión pública nacional e internacional contra los militares y que la historia juzgaría los hechos aberrantes.

Luego de formular semejante crítica frente a un represor del “Proceso”, estimó que ya nada podría esperar de ese hombre. El coronel, impasible, se levantó y expresó que iba a tratar de averiguar sobre el caso y que retornara en el término de una semana.

Cumplido el plazo, César ingresó nuevamente al Cuerpo I del ejército, cumpliendo el mismo ritual que la primera vez. El coronel lo recibió y esta vez habló muy poco, le comunicó que entre sus expedientes no figuraban los nombres de esos jóvenes. Y lo despidió sin hacer ningún tipo de comentario.

Por supuesto el Dr. César, que profesionalmente estaba entrenado en reconocer a primera vista quién era veraz o no en sus dichos, advirtió que el individuo mentía con un gran cinismo. No obstante, reiteró lo injusto de la situación, pero ya nada quedaba por decir.

Cuando salió temblaba de indignación por la impotencia de no lograr información alguna por parte de quienes presumían ser señores de la vida y de la muerte. Su sufrimiento se acrecentó al pensar que los chicos estuvieran en manos de semejantes psicópatas. Pero no se deprimió, los buscaría con más ahínco aún.

De regreso confortó a Elena, que lo aguardaba con impaciencia y alguna esperanza y se dispuso a planificar los pasos a seguir.



# EL FIN DE UN LARGO CAMINO

---



---

Los personajes de esta novela son reales y los hechos que se relatan en ella, verídicos.

Jamás hubieran imaginado los inmigrantes que llegaron al país en busca de nuevos horizontes de paz y de libertad, que casi un siglo después, los descendientes de sus nietos padecerían cárcel, torturas y muerte por soñar con un mundo mejor y otros tuviesen que emigrar para salvar sus vidas.

La generación de la década del setenta, que luchó por lograr equidad, justicia social y libertad, enfrentando a la dictadura militar más cruel e inhumana que padeció el país, sobrellevó muchos padecimientos; treinta mil hombres y mujeres desaparecieron por efectos de la represión ilegal; muchos miles fueron encarcelados y muchos más tuvieron que abandonar el país.

La novela expone la trayectoria de vida y los obstáculos que debieron afrontar un grupo de inmigrantes italianos y españoles, que se conocieron y unieron sus familias en el país. Desarrolla el cúmulo de acontecimientos que sobrellevaron los descendientes hasta afirmarse en la ciudad de La Plata, y finaliza con la tragedia que se abatió sobre los últimos miembros de la línea familiar. Todo esto como el telón de fondo de los acontecimientos políticos que sacudieron la nación.

Pero no puede concluir esta narración sin dar cuenta del postrero destino de los protagonistas.

De Graciela y Julio resultaron inútiles los esfuerzos que realizaron los padres y familiares para conocer su destino. Los últimos testimonios brindados por ex detenidos los ubican en el campo de concentración denominado "Pozo de Banfield"; presumiblemente allí concluyó su vida. Seguramente yacerán en una fosa común de algún cementerio cercano a Banfield o los

cuerpos fueron arrojados al mar, según el procedimiento adoptado por los militares occidentales y cristianos.

Con respecto a Ricardo, presumiblemente asesinado cobardemente en una calle de la localidad de Ezpeleta, se ignora en qué valle de las sombras yacen los restos.

Carmen logró exiliarse en Francia con su hijo Ramiro. Sobreponiéndose a la adversidad, con gran entereza y fuerza de voluntad logró completar en París los estudios universitarios. En las postrimerías de la dictadura, regresó al país, donde actualmente reside y trabaja, sin dejar de colaborar con las asociaciones de Derechos Humanos.

Elena luchó veinte años por conocer el destino de sus hijos Julio y Ricardo y de su nuera Graciela, a quien quería como una hija. Fue una de las fundadoras del movimiento de Madres de Plaza de Mayo. Desde allí siempre bregó por la verdad, la justicia y la aparición con vida de los desaparecidos.

Además, manifestó contra la Leyes de Obediencia Debida, Punto Final e Indulto de los militares genocidas, juzgados por la Cámara Federal como autores de desapariciones, torturas y asesinatos y luego desprocesados por conveniencias políticas.

Ella y César, su marido, efectuaron cientos de gestiones en todos los niveles en la búsqueda de sus hijos, participando en un sinnúmero de reuniones y marchas, tanto en la Capital Federal como en La Plata, exigiendo castigo a los culpables de la dictadura por crímenes aberrantes de miles de jóvenes.

Juntos viajaron en tres oportunidades a Europa para formalizar denuncias ante las organizaciones de Derechos Humanos y de los gobiernos de la Comunidad Europea; además de realizar gestiones ante las Naciones Unidas.

Elena siempre recordó con gran emoción el apoyo recibido por los actores franceses Yves Montand, Simone Signoret y Perrin, a quienes conoció manifestando frente a la embajada argentina en París, portando petitorios por los desaparecidos. En esa oportunidad también se hallaban presentes el Dr. Hipólito Solari Rigoyen, exiliado que salvó milagrosamente su vida tras un atentado en Buenos Aires, y el afamado pianista Miguel Ángel Estrella, también exiliado en París luego de haber padecido torturas y cárcel.

Pese a tantos sinsabores, Elena jamás transmitió el dolor que padecía, conservando siempre su carácter bondadoso y solidario.

Murió el 4 de marzo de 1997, sin haber podido ver cumplido el mayor anhelo, reencontrarse con sus hijos.

El Dr. César se retiró de la práctica de la medicina, contando así con mayor tiempo para seguir buscando a sus hijos y conocer la verdad acerca del destino de todos los desaparecidos. Lo hizo desde el Consejo de Presidencia



de la APDH de la ciudad de La Plata, asociación que contribuyó a fundar y además, presidió.

Por su trayectoria en la Universidad, en el Hospital de Niños, en el gremialismo médico y en la APDH, el Concejo Deliberante de La Plata lo designó ciudadano ilustre de la ciudad

Continúa, luego de más de veinte años de los sucesos acaecidos, colaborando en la Comisión de Asesoramiento de la APDH local. Ha efectuado presentaciones ante la justicia italiana y española, que llevan adelante juicios internacionales contra los genocidas del “Proceso”. Declaró además, ante la Cámara Federal de La Plata que, en el “Juicio por la Verdad”, procura determinar el paradero de los desaparecidos, que lleva más de un año de sesiones.



# LAS PALABRAS QUE NOS HABITAN

---

*“La ausencia es una realidad material, como un pozo en el pasto.”*

Ricardo Piglia

Tardé veintiún años en leer este libro. Mi abuelo lo terminó en el año 2000 y murió en 2003. No llegó a publicarlo. Fueron tiempos vertiginosos los del comienzo del segundo milenio. Mientras terminaba la facultad el país atravesaba una crisis económica feroz que desencadenaría en la rebelión popular de diciembre de 2001. Meses después, inicié un viaje por el mundo sin rumbo claro ni muchas expectativas de futuro. Me encontraba en Dublín cuando mi abuelo paterno murió. No llegué al velorio, pero de alguna manera, ya nos habíamos despedido varias veces. Julio Poce, consciente de su finitud, me había encomendado su biblioteca: *“Pase lo que pase, esto te lo quedás vos, es mi mayor patrimonio”*. Ya había arreglado cuestiones administrativas de la herencia y me había mostrado dónde se encontraban todos los documentos importantes vinculados con las desapariciones de sus hijos, Julio Gerardo (*Julito*) y Ricardo César. También me había dado el original mecanografiado de esta novela y algunas copias.

Cuando mi abuelo enviudó, lo seguí visitando con frecuencia en su casa de la calle 17. Mi abuela, Elena Mateos de Poce, había fallecido en 1997 luego de convivir con un Alzheimer que había deteriorado su memoria y su conexión con la realidad. Muchas veces salíamos y almorzábamos juntos en algún lugar “paquete” de la ciudad, nos tomábamos un vinito y charlábamos mucho: de nuestras cosas, de la vida, de viajes, del mundo, de política, de sus hijos *Julito* y Ricardo. Mi abuelo Julio tenía una idea persistente, y era

que viajáramos juntos a China a recorrer la inmensa muralla, siempre decía que los chinos iban a dominar el mundo del futuro. No pudimos cumplir con ese plan.

También solía mencionar que si alguna vez volvía a París, me subiera a un barquito por el Sena y bebiera algo contemplando el paisaje. Me decía: “*Hacelo por mí, porque no sé si voy a volver*”. Era, como suele decirse, un verdadero *bon vivant*.

Julio fue un apasionado de la medicina, profesión a la que dedicó gran parte de su vida. Se especializó en pediatría y llegó a ser jefe del Departamento de Clínica Pediátrica del Hospital de Niños de La Plata. Además, atendió mucho tiempo en su consultorio privado y cuando la gente no tenía dinero, simplemente no les cobraba. Era muy solidario. En la familia circulan varias anécdotas que lo describen, como cuando junto a su hermano Jorge (cirujano) atendió en un hospital público a un compañero de militancia de *Julito* que había sido baleado por los milicos: lo ingresaron como un paciente en plena dictadura y le salvaron la vida. Era un hombre valiente también. Cuando se jubiló, Julio dedicó mucho tiempo al estudio de la historia, la política y la economía. Además, ejerció el periodismo; condujo y produjo un programa de radio con su amigo Isidoro Peña, cuyos hijos también están desaparecidos; y terminó un libro sobre las características sociales y económicas de la última dictadura, antes de comprometerse con la escritura de esta obra.

Después de la desaparición de mi viejo Ricardo, mi mamá y yo nos exiliamos en Francia. Después ella conoció a Gabriel, el padre de mi hermana Ana Clara, que nació en 1983 ya de regreso a la Argentina, a la democracia y a una ciudad de La Plata llena de ausencias. Durante los años parisinos, recibimos varias veces las visitas de los abuelos, tanto paternos como maternos. Recuerdo la emoción que generaban esos encuentros. Julio no escatimaba en gastos a la hora de pasear y hasta nos organizó algunas vacaciones europeas. Ahora entiendo el esfuerzo que hacían todos para construir algo feliz en medio de la tragedia.

Cuando cursé la primaria, a la vuelta del exilio, mi abuelo se aparecía en la puerta a la hora de la salida, como un superhéroe o como un prócer; de hecho, lo encontraba muy parecido a un retrato de San Martín ya adulto, que ocupaba la pared de uno de los pasillos de la Escuela 45. En esa época Julio usaba una gomina que le estiraba el pelo blanco hacia atrás y le redondeaba un jopo sobre la frente. Tenía la cara angulosa y una nariz romana, icónica de su amada Italia. Su cuerpo se mantenía fuerte: la práctica del remo en la juventud lo había dotado de brazos robustos y una ancha espalda. Su rostro emanaba carácter. También amabilidad y simpatía. Siempre

andaba de buen humor y dispuesto a la charla. Muchísima gente lo saludaba. Personas adultas que habían sido sus pacientes lo reconocían, e intentaban hacerle algún favor. Se negaban a cobrarle en los negocios. Lo hacían pasar primero en las filas. Lo paraban en la calle y se repetía una escena:

–¿Usted es el doctor Poce? Me atendía de chico, ¿se acuerda? soy fulano de tal.

Mi abuelo a veces se acordaba y a veces no, pero siempre contestaba con seguridad:

–¡Pero claro! ¡Cómo creciste, nene!

Era tal el compromiso de Julio con la medicina que quizás por eso, el protagonista de su novela sea el doctor César, narrador omnisciente en tercera persona. Imagino en esta decisión una manera de tomar distancia de la historia. Un artilugio emocional para atravesar el dolor que implica contar, con riguroso detalle, lo que sucedió en nuestra familia. Y es que el dolor está allí, agazapado. Lo sabemos. A veces más, a veces menos; a veces empuja y puede ser un motor; otras, angustia; a veces lo enfrentamos, a veces lo escondemos, a veces nos evadimos. Pero siempre está ahí. Creo que ese dolor fue lo que postergó mi lectura, porque se trataba de atravesar el cúmulo de ausencias y circunstancias que conforman nuestra historia. La primera barrera emocional era, real y simbólicamente, el capítulo inicial, el cual describe los secuestros de *Julito* y su mujer, Graciela Pernas, y de Ricardo, mi padre.

Decidí (y pude) leer este libro en 2021, cuando me llamaron para declarar en la causa del “Pozo de Banfield”, último lugar donde vieron vivos a mis tíos. Necesité ese empujón, una causa, y no solamente judicial. Quedamos pocos parientes de *Julito* y Graciela, y sabía que había información valiosa aquí en este libro. Valiosa a tal punto, que algunos pasajes de su versión original forman parte de la declaración. En el testimonio también leí una poesía de Graciela Pernas, del libro *Pájaros Rojos*, editado con el esfuerzo de su madre Alba *Ñeca* Martino, en 2008. De alguna manera, la literatura unía a la familia en un evento histórico muchos años después.

En el comienzo, las lágrimas acompañaron el abordaje a *Artífices de dos mundos*, y abrieron luego, paso a una lectura sin pausas. Me sumergí en un texto atrapante, no sólo por el interés que despertaba la historia familiar sino por dinámicas temporales, descripciones y un relevamiento detallado

del contexto nacional e internacional. Dialogan generaciones con sus marcos políticos, sociales y hasta interpretativos del mundo. Desde la Italia y la España de fines del siglo XIX hasta la Argentina de Videla; la fundación de La Plata y la construcción del Colegio Nacional (espacio compartido por los protagonistas de esta historia); las guerras mundiales y las distintas circunstancias políticas argentinas: los conservadores, los liberales, el movimiento obrero, el socialismo, el surgimiento de los partidos populares como la UCR y el Peronismo, la revolución del parque, el 17 de octubre, las tendencias revolucionarias.

A partir de la desaparición de sus hijos, mi abuelo Julio hizo incansables investigaciones y gestiones, se entrevistó con sobrevivientes y también con funcionarios de la dictadura. Militó en el espacio de los derechos humanos, fundó y presidió varios años la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (A.P.D.H) de La Plata y acompañó a mi abuela Elena, Madre de Plaza de Mayo, en cada actividad que lo requiriera como colaborador. Parte de la información recopilada y de las experiencias de esos años, aparece en este libro.

El doctor Julio Poce no fue peronista ni conservador: le atraía más el socialismo, el progresismo. Muy crítico de Perón, solía decir: *“El Banco Central estaba tan lleno de oro que no se podía caminar por sus pasillos, por eso Perón pudo hacer lo que hizo”*. Esa perspectiva también forma parte del relato, y resulta interesante porque reproduce la mirada sobre la militancia, de un padre un poco gorila, como tantos padres y madres de aquella juventud maravillosa. A pesar de las diferencias políticas, Julio acompañó a sus hijos sin condiciones. *Julito*, más de izquierda, militó en la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO); Ricardo, más peronista, lo hizo en la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y otras organizaciones de base. A ambos los ayudó en todo lo que pudo, tanto humana como materialmente, sobre todo en los años de plomo.

Paradójicamente en el 2003 Julio votó a Néstor Kirchner. Le había echado el ojo mientras era gobernador de Santa Cruz: *“Este tipo es muy vivo, mirá cómo salvó los ahorros de la provincia en medio del caos”*. Le tenía fe. Por esas cosas del destino, murió el 14 de junio de 2003, antes de la reanudación de los juicios por delitos de lesa humanidad, acontecimiento histórico que lo hubiera hecho feliz. Había participado activamente de los “Juicios por la Verdad”, que si bien no tenían carácter punitivo, sirvieron para recopilar mucha de la información que luego se usarían en los tribunales, a partir de la derogación de las leyes de impunidad, obediencia debida y punto final. Casi veinte años después, su libro se utilizó como documento en la causa del “Pozo de Banfield”.

El día de mi declaración en ese juicio, coincidió con el testimonio de una compañera de H.I.J.@.S. La Plata, Mariana Busetto. Allí, ella dijo que la vida de los hijos de desaparecidos es como un rompecabezas, vamos buscando piezas en distintos lugares tratando de *(re)construir* nuestra historia, nuestra identidad. Sin duda este libro constituye una clave para interpretar nuestra trama y la de nuestro país. La importancia de este material (y de la literatura) radica en parte, en su poder de trascendencia. De llenar vacíos. De recuperar y mantener la memoria. De articular vínculos. Hay aquí una analogía con la máquina de Macedonio, descrita en *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia, un dispositivo que narra y que aprende mientras narra: “*Aprender quiere decir que recuerda lo que ya ha hecho y tiene cada vez más experiencia. No hará necesariamente historias cada vez más lindas, pero sabrá las historias que ha hecho y quizás termine por construirles una trama común.*”

En *Artífices de dos mundos* habita la idea de la literatura como un espacio para hablar de las cosas pendientes. Las cosas que debemos resolver. Esa urgencia movilizó la publicación. La posibilidad de seguir contando, mientras existan las palabras.

Ramiro Poce  
Diciembre de 2022





## AGRADECIMIENTOS

---

Al “Gitano” Matías Moreno, por escuchar mi propuesta y brindarme todo su apoyo desde la primera charla (en el mítico estadio UNO), y a la Subsecretaría de DDHH de la Provincia de Buenos Aires por hacerlo posible. A Pablo Roesler y Ramón Inama, por el seguimiento del proceso y el trabajo; puntualmente a Ramón le agradezco también la lectura del material, las sugerencias y la edición. A Amanda Alma, por darme ese empujón inicial a partir de la convicción de que este libro tenía que publicarse y además por prestarme el scanner. A mi querida madre Carmen Segarra, por acompañarme en todo el proceso tanto material como emocional. A Perla Medina, por haber contribuido a la edición digital a partir de la versión mecanografiada. A Bárbara Gasalla, por haber realizado una primera y minuciosa corrección de la versión original. A Pinti Lenci, por buscar y obtener la información de varias de las fotos que se presentan en el libro. A Silvina Allegretti por la edición de esta introducción. A mi compañera Vero, por las sugerencias literarias y bancarme en todo. Y a mis hijos Juana y Manu, por iluminar el presente y auspiciar el futuro.



# ÍNDICE

---

Primeras Palabras .....	7
PRÓLOGO por Julio C. Poce.....	15
El operativo .....	17
El Olimpo .....	23
Esperanzas a través del océano .....	29
Un largo camino por recorrer.....	35
El conventillo .....	41
La misión .....	45
Forjando su destino.....	51
El tablero de ajedrez.....	57
Los inmigrantes y el Régimen.....	63
Una vida entre el canto y el trabajo.....	69
Un soñador.....	75
Inteligencia, decisión y capacidad de trabajo .....	79
El autoritarismo y la Década Infame .....	85
La bondad más allá de la adversidad .....	93
El poder de la voluntad.....	109
La juventud en la vorágine .....	117
Asoma la violencia .....	123
Voluntad y tenacidad .....	129
Ideales compartidos .....	135
Las vísperas del Proceso .....	139
Se abate la tormenta .....	147
La ciudad de La Plata en el ojo de la tormenta.....	153

Triste presagio .....	157
El cautiverio .....	163
El Banco .....	171
El pozo de Banfield.....	175
Un noble corazón .....	179
Eran muy jóvenes .....	185
El nido de las víboras .....	191
El fin de un largo camino .....	197
EPÍLOGO por Ramiro Poce .....	203
Agradecimientos.....	209

**Axel Kicillof**  
Gobernador de la Provincia  
de Buenos Aires

**Verónica Magario**  
Vicegobernadora de la Provincia  
de Buenos Aires

**Julio Alak**  
Ministro de Justicia y Derechos Humanos  
de la Provincia de Buenos Aires

**Matías Moreno**  
Subsecretario de Derechos Humanos  
de la Provincia de Buenos Aires

DERECHOS  
HUMANOS

MINISTERIO DE JUSTICIA Y  
DERECHOS HUMANOS



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE  
**BUENOS AIRES**

# Artífices de dos mundos

Novela histórica

Esta novela refleja la historia de un grupo de inmigrantes que llegaron al país a fines del siglo XIX, y de sus descendientes hasta nuestros días; cuyas vidas transcurrieron teniendo como telón de fondo, una nación convulsionada por los desencuentros políticos, inmadura por falta de integración, y con un destino incierto.

Marginados por las dictaduras militares que tomaron el poder en Argentina con harta frecuencia, sufrieron una represión inhumana que dejó un saldo de treinta mil desaparecidos. Si bien la identidad de los protagonistas no se consigna en esta obra, los hechos que padecieron y aquí se relatan, fueron reales y deben conocerse.

Espero que el conocimiento de estos testimonios contribuya a fortalecer nuestra democracia, a mantener la memoria histórica apoyada en la verdad y la justicia, y apuntalar los procesos espirituales del hombre.

Julio C. Poce



MeVeJu



ISBN 978-631-90009-0-0

